



## PRÓLOGO

El día en el que mi hermanita nació fue uno de mis favoritos. Verla llegar en brazos de la enfermera, envuelta en una manta rosa con olor a bebé impregnado en ella, fue lo mejor que vi en toda mi vida.

La amé desde el primer instante.

Sin embargo, no fue lo mismo con el nacimiento de Kyle, mi hermano menor por dos años. Yo ni siquiera tenía la capacidad de entender lo que era aquel bulto que mi madre tenía en los brazos, tan solo supe que no quería que me dejaran de prestar atención por aquella cosa desconocida para mí. Yo solo tenía dos años, nada más. No entendía lo que pasaba a mi alrededor, solo seguía a mi padre por todo el hospital sin saber qué hacer, queriendo llamar su atención extendiendo los brazos para que me alzara.

Pero aquel día en el que Mía llegó al mundo no pude detener las lágrimas de felicidad. La emoción de por fin tener a alguien a quien pasarle mis juguetes de pequeña, toda la ropita que yo usé en un momento de mi vida y tener la posibilidad de, cuando ella creciera, enseñarle cosas que podrían servirle de mucho, así como peinarse para su primer día de colegio. La alegría en ese momento no se podía comparar con nada. Mis nervios se encontraban ahí, bullendo en mi interior a fuego lento. No quería que nada le pasara a esa pequeña cosa bonita, pensaba que a la enfermera se le iba a caer de las manos cuando nos la mostró, o que posiblemente ella no se lavó las manos antes de tocar a mi pequeña y recién nacida hermanita.

Kyle, al contrario, la odiaba. Estaba en esa etapa en donde tener una hermanita menor lo iba a desterrar de su puesto del más querido de mis padres, lo cual nunca me importó mucho, solo esas veces en las que yo tenía que hacer tales cosas porque él —en sus horas de caprichos y gritos ensordecedores— tenía que ordenar, limpiar y arreglar todo lo que había destrozado.

Aunque tengo que admitir que decir que solo una sola cosa fue la mejor que me pasó en la vida es mediocre o estúpido. Podría haber dicho que gané algún campeonato de vóley en la escuela junto con mis compañeras de equipo en un torneo o que fui la mejor en actuar el día en que la obra *Romeo y Julieta* de Shakespeare se estrenó.

Pero no, nada de eso me sucedió a mí. ¿Ganar un campeonato de vóley junto con mis compañeras de equipo? Eso es algo muy idiota. Para ello necesitaba amigas, algo tan básico como eso, y yo no las tenía; no porque fuera una chica tímida con grandes lentes y estudiosa —aunque la parte de lentes grandes y estudiosa sí la tengo—. Solo que no necesitaba amigos. Aparte de que muchos del colegio me aborrecían por el hecho de echarlo a perder todo. Sinceramente, no los culpo. Pero nada lo hago con esas intenciones, la cosa es que nunca me doy cuenta de mis actos.

Como por ejemplo la vez que le rompí la nariz e hice desmayar al capitán del equipo de fútbol americano en segundo año de secundaria. No fue mi culpa del todo. Yo qué iba a saber que cuando abriera la puerta de mi taquilla su nariz iba a estar en esa trayectoria, y que cuando la abriera se me caería el agua embotellada y se rompería la tapa, derramándose en el piso y haciéndolo resbalar. Él se desmayó por el fuerte golpe en la cabeza que se dio contra el piso al caer. Así es como casi se fractura el coxis al caer también de culo al suelo. Por lo que, con solo abrir una miserable taquilla de secundaria, le causé tres cosas que tenía que sumar a mi lista de «momentos echados a perder».

Sin mencionar que media hora antes de todo ese incidente yo me propuse mantenerme alejada de todo lo bochornoso que podría hacer con cada cosa que me pasaba por al lado. Pretendía cuidar todos mis actos por las dudas de, con siquiera moverme, poder causar una revolución o un incendio en los pasillos.

Desde ese día no me propuse nada.

Aparte de que por mi culpa perdieron la temporada por falta del capitán, el único que jugaba bien en todo el equipo.

Como ya dije, soy todo lo contrario a un trébol de cuatro hojas.

Todo eso hasta que hoy esas palabras que salieron de la boca de mis padres hicieron que fuese el segundo mejor día de mi vida. Creo que fui la única que se emocionó por aquella idea tan espectacular.

Nos iríamos a otro país. ¡Nos mudaríamos!

Me alejaré de aquellas personas que hicieron del instituto un infierno para mí, a las que odiaré por siempre y no volveré a ver. No volveré

a este asqueroso lugar en donde todos los recuerdos malos se encuentran enterrados. Las burlas, el maltrato de ellos hacia mí iba a quedar atrás y me olvidaré de todo, voy a dejar atrás los malos momentos y comenzaré de nuevo.

Estoy tan emocionada ahora mismo que hasta tengo las maletas y todo lo demás preparado para nuestra partida. En cambio, mi hermano no está tan eufórico como lo estoy yo, todo lo contrario. A sus quince años, su actitud ya no es como la del niño de siete años que envidiaba que Mía tuviese toda la atención de nuestros padres, una bebé recién nacida necesitaba mucha atención y cuidados. Ahora, Kyle es todo un adolescente rebelde que se queja por todo, no hace caso y se escapa, sin mencionar que odia la idea de irse de aquí y empezar de nuevo.

Pero bueno, está dejando a sus amigos atrás, con quienes pasó su infancia y la mitad de su adolescencia, lo entiendo en parte. Si yo tuviese amigas de las cuales despedirme estaría con su misma actitud gruñona. Pero como no las tengo, no puedo decirle nada.

Mía, quien ahora coloca sus muñecas en su pequeño bolso, ya tiene siete años, diez menos que yo, y es todo un amor de niña. Es algo tímida, pero cuando se enoja es el diablo en vida. Con sus rizos castaños y sus ojos grises azulados, color característico de la familia, enamora a todo aquel que se le cruce en frente. Si pudiese decir que una Barbie lograra tener vida y convertirse en una niña de siete años, diría que esa es Mía. Toda una princesita con una belleza extraordinaria.

Al contrario de ella, soy rubia rojiza, pálida como si de un fantasma se hablara y con sus mismos ojos grises, aunque los míos los cubren unos lentes lo suficientemente grandes como para ocupar un cuarto de mi rostro. Se pueden encontrar sobre mis pómulos algunas pecas esparcidas que casi nadie de mi familia tiene, un hecho que me encanta.

Volviendo al ahora, paso junto a mi hermanita y me encamino por el largo pasillo que junta todas las habitaciones del segundo piso de la casa. Estoy a punto de bajar las escaleras cuando la voz de mi madre, Tessa, resuena por todas las paredes desde la planta baja.

—¡Kyle Connor Probbet! Si no tienes todas tus cosas empacadas en menos de cuarenta minutos las dejaremos todas aquí, no hay excusas. ¡Se pudrirán junto con las ratas!

Mi madre es una mujer pequeña, pero que cuando se enoja pude hacer que la Tercera Guerra Mundial apareciera y que los muertos

tiemblen en sus tumbas. Hasta mi padre, Connor, le tiene miedo de vez en cuando. Lo que es raro, ya que no le tiene miedo a nada. Él fue un soldado, pero su carácter fuerte y dominante no sirve cuando la furia de mi madre de hace presente.

Conteniendo una carcajada, me aproximo a la puerta de la habitación de mi hermano. El letrero que advierte de no pasar se encuentra inclinado y a punto de caerse. Doy dos toques y espero a que me deje pasar, pero no lo hace.

Con un suspiro, ya harta de estos comportamientos idiotas de Kyle, abro la puerta. Su cuerpo largo y en estado de madurez se encuentra tirado en la cama mientras el sonido que sale de los auriculares sobre sus oídos resuena levemente por la habitación, siendo el único sonido audible entre estas cuatro paredes.

Al parecer no escuchó a Tessa y me da lástima que se lleve la bronca de mamá por no escuchar lo que dijo. Recorro con la mirada toda la habitación. Las cajas que mamá nos dio a cada uno para guardar las cosas están completamente vacías y tiradas por cualquier lugar.

Resoplo. Con todo esto de no hacer caso y con su rebeldía piensa que va a hacer cambiar de opinión a nuestros padres de quedarse. Está mal si piensa eso. Mi padre no rechazará el ascenso que le dieron en el trabajo. Estuvo esperando muchísimo tiempo por esta oportunidad, y ni él ni nadie se lo va a impedir. Si Kyle quiere comportarse así sin pensar en nuestro padre, que lo haga, pero yo no permitiré que le saque la ilusión de su vida a Connor.

Camino con el semblante serio hacia mi hermano y le quito de un tirón los audífonos. Instantáneamente sus ojos se abren y me miran con puro enojo y sorpresa. No me importa cuán enojado esté, mi temperamento lo saqué de mamá, por lo que no se tiene que meter conmigo cuando no le conviene.

—Comienza a empacar todo porque si no la furia de Tessa caerá sobre tus hombros —le digo cruzándome de brazos, adoptando una postura de hermana enojada.

—No me importa. No me iré de aquí. —Intenta agarrar de nuevo los audífonos, pero se lo impido al quitárselos por completo y colocándolos a mis espaldas—. ¡Ei, dámelos! ¡Estaba escuchando música!

—Si no te importa comportarte como lo haces ahora, pues a mí no me importa que quieras escuchar música. Quieras o no tendrás que irte con nosotros.

—No lo haré, no quiero.

—¿Por qué solo piensas en ti mismo? —pregunto. Mi tono de voz cambia de repente a uno más serio y triste, reflejando cómo me siento al respecto. Esta es la única cosa buena desde hace años que le pasó en el trabajo a papá. Quiso tanto este ascenso desde hace años que no lo perderá por la culpa de Kyle.

—No quiero dejar a mis amigos aquí para irme a un lugar al que no quiero, Mackenzie.

—Pues lo harás. No creas que permitiré que le arruines esto a papá. ¿No te importa lo mucho que se esforzó por esta oportunidad? Días y noches sin dormir por poder ascender y no te importa nada de lo que haya tenido que pasar. No solo lo hizo por subir de puesto, sino que también por nosotros. Ganará más dinero, pagará los impuestos pendientes... —Estoy temblorosa y sin poder decir nada más al recordar cómo mi padre llegaba a las tres de la madrugada con ojeras bajo sus hermosos ojos grises. Si sigo hablando, me derrumbaré. Por más que quisiera adoptar una postura autoritaria, soy muy sensible, y más con respecto a mi familia.

Apretando la mandíbula, le tiro los audífonos en el pecho y me dirijo a uno de sus cajones para comenzar a empacar sus cosas. Ya tengo todas las mías empacadas y listas en el camión que lo llevará a nuestro nuevo hogar desde hace muchas horas atrás. Mi entusiasmo no aguantó más que tuve que comenzar a hacer algo para distraerme, y qué mejor que empacar para ya partir de una vez.

Abro el cajón y coloco sus bóxeres en una de las cajas más cercanas. No me da asco tocarlos, ya que soy yo quien se los lava y los pone a secar. Él no sabe ni siquiera cómo se prende el lavarropas.

Escucho su suspiro de derrota y sus pasos acercarse a mí. Su cuerpo se coloca junto al mío, pero no me giro a mirarlo, sigo con mi trabajo de empacar.

—¿Es tan importante para ti irnos? —pregunta luego de unos minutos en silencio. Mientras él se encarga de guardar el resto de su ropa interior, yo doblo sus remeras.

—No solo es por mí, sino por papá. Me importa mucho. Trabajó tanto tiempo y con tantas energías, sin quejarse ni una vez, que me da lástima que su único hijo varón quisiera arruinarle esto que tanto esperó, Kyle —respondo con pena.

—Lo sé, lo entiendo, pero no quiero irme —se queja en voz baja con vulnerabilidad, igual que un niño pequeño. Dejo de hacer lo que ya estaba haciendo y lo abrazo, llevando con suavidad su cuerpo hacia el

mío hasta que queda con la cabeza apoyada en mis piernas cubiertas por unos pantalones anchos de gimnasia.

—Lo entiendo, Ky. Pero no arruines esto, ¿sí? Por favor, conseguirás amigos nuevos en nuestra nueva escuela.

—Pero...

—Por favor, nada de excusas. Todos querrán ser amigos del niño lindo y nuevo de la ciudad. Y estoy segura de que no solo los chicos querrán ser tus amigos. Al parecer tendré que alejar a las acosadoras. —Se ríe con nerviosismo. Puede que la mayoría del tiempo se haga el duro, el hombre de la casa, pero el niño tímido y relajado que antes era sigue estando presente detrás de este disfraz.

—Yo... no creo que las mujeres...

—Oh, sí. Te querrán y las tendrás en la palma de tu mano. —Le acaricia su gran espalda con una mano mientras que con la otra acaricia su cabello. Ama que pase mis dedos por él y a la vez masajearlo. Eso lo tranquiliza demasiado.

—Bueno, y al parecer yo tendré que alejar a los hombres que se te tiren encima... —dice. Una mueca sale de mis labios cuando dice aquello. Dudo que alguno llegue a hablarme, y mucho menos que se tiren encima de mí. A duras penas podrían querer hacer un equipo conmigo para un trabajo del colegio. Ante mi silencio, levanta la cabeza y lleva sus ojos iguales a los míos para que estos se encuentren en una mirada muy penetrante—. ¿Por qué piensas que no eres linda?

—No pienso eso, sino que las personas lo piensan. No me importa lo que digan, Ky, tranquilo. No me importan los chicos y no quiero un novio por ahora...

—Pero tienes diecisiete años. ¿Cómo no te importan los chicos?

—Simplemente no quiero una relación ahora con alguien que puede acabar rompiendo mi corazón. Sabes al igual que yo que los chicos de ahora son todos unos jodidos idiotas que solo piensan con la cabeza entre sus piernas. —Suelta una carcajada mientras me lanza una mirada divertida—. Es cierto, no lo niegues.

—De igual manera, estoy más que seguro que tendré que alejar a muchos chicos de ti. Tengo ese presentimiento de que me convertiré en el típico hermano sobreprotector.

—No será necesario, con mi idiotez ya se alejarán con el tiempo. Con lo patosa que soy, romperé alguna que otra nariz sin querer y joderé todo —aseguro inclinándome y besando su cabeza. Dejo que se aparte de mí para seguir empacando.

—Mmm.... Tienes razón. Tendrás que aprender a ver por dónde vas para no causar daños.

—Ejem... no me recuerdes nada. Solo quiero dejar todo atrás, Kyle. Sigamos empacando. —Le sonrío ampliamente y le guiño un ojo.

—Bien. —Sin más fuerzas de replicarme nada, suspira y sonrío levemente, dándose por vencido al fin.

—Te la pasarás bien. —Y eso es lo último que decimos.

Media hora después, la habitación de mi hermano se encuentra desolada y sin rastro de que alguien estuvo viviendo aquí toda su vida. Se llevaron la cama y los muebles junto con las cajas llenas de la ropa que no entra en las maletas.

Bajo las escaleras luego de despedirme de aquella hermosa casa, que de seguro no querré acordarme mucho. Olvidar todo lo que una vez pasó aquí y dejar pasar el tiempo y la mente, sacarlo de allí y que nunca más apareciera.

Con un suspiro de alivio, bajo los últimos escalones, llevando en la mano derecha la última maleta que Mía se dejó en su habitación. Mi madre, que es la única que se encuentra en la casa aparte de mí, vestida con unos pantalones pegados a sus piernas y con una campera gigante que evita que el frío viento y la nieve que cae afuera vaya a hacerla enfermar, pasa sus ojos por las paredes desnudas y el techo, posiblemente recordando todo lo que vivió aquí. Nuestros primeros pasos, nuestros cumpleaños, las peleas, los gritos.... Todo.

Y es allí cuando me pongo a pensar en lo que ella piensa sobre mudarnos. Había pensado tanto en papá que no me puse a pensar lo que ella sentiría y lo que quería. La nostalgia se refleja en sus ojos grises azulados, aún más azulados que el de todos nosotros. Es sorprendente la similitud del color de ojos que tiene mi padre con los de ella. Son casi idénticos. Solo que el de Tessa es de un azul mucho más intenso.

Me acerco a ella con lentitud y poso mi mano en su hombro, sacándola de su ensimismamiento y volviéndola al mundo real. Me sonrío con cariño y se seca una pequeña lágrima que logra escaparse de su ojo.

—¿Estás bien? —pregunto, preocupada porque dé un paso atrás y decidiera no mudarse. Aunque no creo que le vaya a hacer eso a papá.

—Sí, tranquila. Solo que voy a extrañar esta casa.

—¿Estás de acuerdo con todo esto de la mudanza?

—Totalmente, ya tenía ganas de irme de aquí, pero no había suficiente dinero. Ahora que se nos dio la oportunidad no pienso

desperdiciarla. Solo que nunca pensé que extrañaría mucho pasar aquí los días. Todo será tan diferente —admite con voz temblorosa.

—Intentaremos acostumbrarnos al nuevo entorno, ma. No te preocupes —le aseguro envolviendo mis brazos a su alrededor, confirmándole que estoy cuando ella lo necesite.

—Gracias por hablar con Kyle. Sé que no le entusiasma la idea de mudarse y cambiar de amigos, pero no había otra. Necesitamos el dinero para pagar cuentas...

—Lo sé, ¿nos escuchaste?

—Sí, gracias. No los quise interrumpir. Hace bastantes días que no los veía así de cómodos al hablar. Siempre están a punto de discutir o pelearse por cualquier cosa.

—Yo también me alegro de haber hablado con él. —Con una sonrisa y un último suspiro, caminamos abrazadas hacia la puerta de entrada.

Ella, por más que se esfuerce en parecer dura algunas veces, es tan sensible como yo. Lloro por una mínima cosa cuando está sola detrás de cuatro paredes. Cuando le salen mal las cosas o cuando se pelea o discute con papá, su escondite para dejarse llevar es el ático, con todos esos recuerdos guardados en cajas, en los cuales fueron capturados los momentos más lindos con Connor antes de tenerme a mí. Hasta que a mi padre se le pasa el enojo y vuelven a arreglarse.

Nos aproximamos al auto y nos montamos en él después de guardar la maleta de Mía en el baúl. Kyle escucha música mientras mira por la ventana hacia el paisaje que vamos pasando, Mía juega con sus muñecas y yo, como no sé qué más podría hacer, comienzo a jugar a uno de los juegos que tengo en el celular hasta que me canso y me pongo a escuchar música.

Cuando me aburro, dejo caer mi cabeza en la ventanilla fría para mirar el paisaje que vamos dejando atrás. La nieve de diciembre rodea de a poco el auto y las calles. Es a los pocos minutos que lo único que se nota es ese hielo blanquecino que cubre todo lo que hay fuera. Los árboles, las casas, las veredas, el asfalto. No hay nada de color reflejado que no sea ese blanco pacífico y frío.

Comienzo a pensar en cómo será no vivir en un lugar en donde la nieve no existe y lo que más hay son playas. Un sol arrasador que bronceará mi piel un poco al fin, para finalmente no ver más mi pálida piel blanca. O eso espero que pase.

Nunca pasé las Navidades en lugares que no haya nieve, siempre estuve alrededor de esta manta blanquecina en estos días de fiestas.



Pero ahora que nos mudamos voy a acostumbrarme a pasar la Navidad sin nieve. La extrañaré, pero no tanto. Falta muy poco para que sea el gran día de Navidad y todavía tengo que ir a comprar los regalos. Oh, y no solo los regalos, sino también los libros que necesito para el nuevo colegio al que entraré. Por más que entrara a mitad de año a esa escuela, estoy más que emocionada por comenzar. ¿Cómo serán mis compañeros y compañeras? Ruego por que no sean como los que tengo aquí. Maldita sea, esos pensamientos me disgustaron.

Con el pasar de los minutos, mi aburrimiento va en aumento de una manera muy rápida.

Miro alrededor del auto y concentro la vista en mi padre.

Por lo que entendí, mi padre, al ser ascendido, es trasladado a otro país —en este caso Estados Unidos— por la misma agencia para que trabaje en la sucursal que tienen allí y que puede ser que necesiten su ayuda. Mi padre hace de todo, puede arreglar cualquier problema ocasionado por cualquier razón y sin quejarse. Le gusta su trabajo. Su jefe ahora es uno de los más importantes dueños de los mejores hoteles de todo el mundo, Jamie O'Melley. Por lo que ver que él necesita la ayuda de mi padre es algo espectacular. Mi padre es diseñador, arquitecto y puede manejar muy bien la labor de electricista. Es todo un multifacético. Está orgulloso de hacer toda esa variedad de cosas, ya que ahora consiguió un verdadero puesto de trabajo.

Participará de la construcción de la nueva cadena de hoteles que Jamie O'Melley tiene pensado comenzar. Al parecer se conocieron en una reunión en la que mi padre estaba invitado y Jamie logró ver su trabajo con admiración. Lo ascendió y le propuso aquella oferta sin pensarlo dos veces. La mente de mi padre puede ser muy útil cuando nadie tiene muchas ideas para un proyecto nuevo e importante.

Y es por eso que estamos a punto de abordar el *jet* privado de la agencia para la que trabaja Connor. Todas nuestras maletas están siendo llevadas al avión y nuestro auto también. Al parecer este *jet* puede llevar de todo.

Mía salta de alegría junto a mí por la emoción de subirse por primera vez a un avión. Su mano está fuertemente entrelazada con la de mi madre y la de esta con la de mi padre. Kyle y yo somos los únicos que no estamos tan eufóricos por subirnos a un avión. Sinceramente, le tengo miedo a las alturas. Y estar en un avión a millones de metros sobre el cielo me hacer encogerme con terror. Esta parte no estuvo en

mis planes del mejor día de mi vida. Pero bueno, si quiero salir de esta vida que tengo ahora, el primer paso es subirme al avión.

Pero cuando pretendo dar un paso, mis pies no cooperan. Se quedan estáticos en el lugar. Están horrorizados, al igual que todo mi cuerpo y mi mente. Ignoro el pensamiento de que vamos a morir en el mar por alguna falla mecánica y respiro hondo con tal de tranquilizarme.

Kyle se aproxima a mí cuando ve que soy la única que no comenzó a caminar. Su pelo vuela por el aire cuando recorre el poco camino que acorta nuestra distancia. Su campera se pega a su pecho, que se está comenzando a formar y delinear a la perfección mientras que su mirada proyecta la preocupación que tiene por mí.

—Que no te entre el pánico, hermanita. No va a pasar nada.

—Cuanto más digas eso, más me convenceré de que algo grande pasará. —Ruedo los ojos cuando su risa burlona aparece. Pasa un brazo por mis hombros y me estrecha contra sí. Escondo mi cara en el hueco de su cuello y respiro. Desde que creció unos centímetros más que yo, ese fue el lugar en el que me encanta enterrar mi rostro, como si fuese mi escondite. Bueno, eso solo pasa cuando él está de buen humor o tiene esos días de locos en los que le da por abrazarme. Pareciese que él fuese el mayor cuando nos ponen uno al lado del otro. Por más de que no soy ni muy alta ni muy pequeña, estoy orgullosa de mi metro sesenta y siete. Y aun así lo consideran a él el mayor de los dos. Pero no, aquí la más grande por dos años soy yo, y tengo el poder sobre algunas cosas que él no. Eso me encanta.

—Bien, entremos, estoy muriéndome de frío y ya quiero comer lo que sea que nos darán en el avión de cenar.

Mientras caminamos con pasos cortos, ya que estoy cagada hasta las patas y también muerta de frío, veo a mi alrededor. El avión es blanco y gigantesco, con el nombre de la compañía hotelera pintado en una letra cursiva, fina y dorada sobre el costado izquierdo: *O'Melley Company*.

El atardecer va desapareciendo en el horizonte, dando llegada a la totalidad de la noche oscura y fría, pero aun así la mejor de mi vida. El viento azota mi cara y me junto más contra el cuerpo caliente de mi hermano menor.

El sonido de la monstruosidad del *jet* al acercarnos se hace mucho más fuerte, tanto que tengo que taparme los oídos. O quizá solo yo lo escucho así por el terror que le tengo.

Cuando llegamos a la cima de las escaleras, una azafata bien vestida y muy delgada nos da la bienvenida con una sonrisa espléndida

y brillante. Se la devolvemos los dos y ella nos dice que nos sentemos donde queramos porque estamos a punto de despegar.

Mierda, allá vamos.

Adiós, escuela estúpida.

Adiós, jodidos alumnos y compañeros de aula.

Adiós, antigua vida.

Adiós, Canadá.

Hola, Estados Unidos.

Hola, Miami.





# CAPÍTULO 1

Tres días después, el domingo, todo estaba casi completamente en su lugar. Tan solo faltaban algunas cosas de la sala de estar, como los cuadros de la familia y los jarrones de mi madre, y la cocina, como rellenar los estantes con los platos, los cuencos y los vasos.

En mi habitación hacía ya un día que estaba todo listo y bien ordenado. En sí, la casa no era gigantesca; solo de un tamaño normal. De dos pisos con varios cuartos disponibles, en donde, para nuestra desgracia, no se encontraban baños en ninguna de estas. Dos en el piso de arriba, uno en el pasillo y otro en la habitación de mis padres, y luego en la planta baja otros dos.

Al entrar, me había sorprendido enormemente del tamaño de mi cuarto, porque era el más grande de la casa. En estos momentos agradezco ser la más grande, eso a veces me da privilegios espectaculares, de los que Kyle se queja constantemente. Las paredes se encuentran pintadas en un color crema que no me disgusta para nada, en el centro de la habitación hay mi cama gigante con la colcha azul que tanto me gusta y que es tan calentita como para pasarme todo el día y toda la noche bajo ella. Junto a la ventana hacia la derecha se encuentra mi escritorio con todos los libros del colegio, que fui a comprar ayer junto con mi hermano y mi mamá para el comienzo de lo que resta del período de clases después de Navidad y Año Nuevo, y luego mi armario, en donde todas las prendas se ubican perfectamente. Para cubrir el frío suelo de madera, una alfombra de piel blanca, que vaya a saber de qué animal es, en las paredes colgué las fotos que más me gustaban y que tenía guardadas hace años. Son de cuando era bebé y de cuando tenía no más de siete años.

Y la parte más importante de mi querida habitación es mi pequeña biblioteca, que está muy bien remodelada: unos estantes de madera a cada lado de una ventana medianamente grande al costado izquierdo de la habitación, llenos con mis libros favoritos y, frente a ellos, a pocos

centímetros, un columpio improvisado de madera que cuelga del techo, y que, para mi suerte, el asiento tiene respaldo para leer cómodamente frente a la ventana.

Es ahí donde me paso la mayoría de las horas libres. No solo porque mi pasión es leer, sumergirme en ese mar de palabras que te crean un mundo alrededor que tiene mucho más sentido que la propia realidad, en donde puedo visualizar a los personajes por las descripciones y enamorarme de ellos completamente, con la certeza de que él, el personaje principal masculino más adelante también lo hará conmigo, sino porque el resfriado que se me pegó me impidió salir y conocer la ciudad. Ayer de suerte pude ir a comprar los libros que se requieren para el comienzo de las clases sin caerme de bruces al suelo.

Por lo que ahora, bueno... tengo la nariz roja, y sorprendentemente ese rubor cubre toda mi cara pálida, los ojos hinchados, el pelo revuelto y el pijama puesto desde que me levanté. Varios pañuelos de papel están esparcidos por el suelo alrededor de la cama y el columpio, mientras que varias cajas de Kleenex están a la espera de ser atacadas.

Tendría que recogerlo todo y tirarlo a la basura, pero por ahora me mantendré calentita en el calor espectacular de mis frazadas. El frío viento no hace más que empeorarme. Por más que las ventanas estuviesen cerradas, la habitación está más que congelada, o puede ser que la fiebre se me haya subido completamente.

Las nubes grises cubren completamente el cielo y lo bañan en sombras oscuras, creando la ilusión de que ya son horas tardías, pero la verdad, apenas son las cuatro o cinco de la tarde. Las gotas de lluvia se estampan con rapidez, una tras otra, contra la ventana y crean el único sonido de la habitación. Cuando pensé que ni bien tocara Miami el clima estaría soleado y con un calor sofocante, me desanimé mucho por encontrarme con el cielo avisando de que una tormenta llegaría. Maldita sea, amo el frío, pero un par de meses con calor y muchas horas de playa no me hacen daño. Y en tres días ese clima no paró ni un segundo.

Sí, estoy enferma, pero de igual manera estoy completamente aburrida. Quiero leer, pero hace más de una hora que mis ojos están medio abiertos y medio cerrados. Estoy peor que ayer, aunque no quiera admitirlo.

La sopa de pollo que mi madre me trajo en el almuerzo me ayudó a dormir, ya que en la noche no pude pegar ojo. Tuve mucha fiebre y el dolor de cabeza no paraba. Era como si me estuviesen pegando en la cabeza con millones de martillos gigantes.

Ahora, de vez en cuando, la habitación me da vueltas y la vista se me nubla, efectos que me hacen saber que los estornudos están por venir. Hasta que ocurre. Todos esos microbios salen de mí con un simple estallido de saliva y un «¡Achís!».

Mierda, odio estar en este estado tan deprimente en donde lo único que puedo hacer es rezar para que se me pase. Mi piel logra tener un tono rojizo que ni con maquillaje podría tener. Pero en estas ocasiones no necesito maquillaje, tan solo resfriarme. Estar malditamente enferma y parecerme a un zombi.

El sonido de la puerta siendo tocada llega a mis tapados oídos en un leve y bajo sonido. ¡Oh, vamos! ¡Maldito resfriado!

La incito a pasar con otro estornudo, seguido de otro y luego otro. Mi madre entra junto con una taza de algo que no puedo ni ver ni oler. Acorta la distancia con pasos largos y se sienta en mi cama. Mi madre es una de esas mujeres que, por más que tengas lepra, se te acerca para ayudar. Es solidaria con los enfermos y los ayuda con todo lo que puede para que mejoren. Por lo que no le presta atención a que le haya estornudado casi en la cara, ya que no pude llegar a tiempo de taparme la boca.

—Lo siento. —Me disculpo limpiándome con lentitud la cara con un pañuelo. Mis defensas están bajas y no tengo fuerzas para moverme casi nada. Me pasa la taza y tomo un sorbo de té.

—No hay problema. ¿Cómo te sientes? —pregunta con cariño tiñendo su voz mientras lleva una de sus finas y delicadas manos a mi frente. Hago el intento de encogerme de hombros y hacer una broma sobre mi estado, pero el ardor que tengo en la garganta y la poca fuerza me lo impiden.

—Lo mejor que puedo... —respondo con la voz ronca y casi inaudible. Ella hace una mueca graciosa, pero evito reírme.

—Bien. ¿Estás segura de que te podrás quedar aquí sola por un par de horas? Si pudiese faltar, lo haría, pero soy su esposa y no puedo... —Es ahora cuando me acuerdo de qué habla. La fiesta de presentaciones de proyectos de mi padre es hoy. Las familias tienen que ir para ver cómo progresa la empresa y bla, bla, bla. En esta ocasión, mi padre va para conocer a los socios y los comités. Presentará el proyecto que viene preparando hace más de dos meses y hoy lo expondrá frente a todos. Por suerte, Jamie O'Melley le dio el visto bueno a su trabajo, por lo que está más que confiado, lleno de esperanzas de que lo aceptarán. Dios, le deseo suerte. Hasta yo estoy nerviosa y emocionada por él.

—Tranquila, lo único que necesito es descansar. Creo que no despertaré hasta que ustedes lleguen —aseguro.

—Bien, pero llámame si pasa algo. Lo que sea. Yo volveré lo más rápido que pueda —asiento y bostezo con cansancio.

—Que la pases lindo.

—Eso espero, estoy muy nerviosa. ¿Sabes qué? ¡Vendrá a buscar-nos una limusina! ¡No lo puedo creer! —Aplaudes con emoción, dando un grito agudo de felicidad junto con una sonrisa amplia. Me alegro mucho por ella.

—Qué envidia. —Siempre quise estar en una limusina, por lo que sé es espectacular.

—Tranquila, algún día irás en una a algún lado, puede que en tu graduación te consiga una.

—Bien.

—Iré a cambiarme. Antes de irme te traeré un poco más de sopa —avisa levantándose de la cama y yendo a la puerta, desde donde me tira un beso antes de salir.

Por más que odie estar enferma, la mejor parte de esto es la sopa de pollo de Tessa. Es simplemente perfecta. Creo que son las únicas veces que como esas delicias. Puede que a mucha gente no le guste, pero es mi segunda comida favorita.

Media hora después, mi hermano entra por la puerta, llevando consigo un vaso lleno de Coca-Cola. En ese momento ya había terminado mi deliciosa taza de té, tomándola poco a poco, disfrutando su calor y sabor que había pasado por mi garganta. Por fin calentándome, pero ahora que ya la terminé, estoy comenzando a enfriarme de nuevo.

—¿Qué haces todavía en pijama? —pregunto sin notar ninguna mejora en mi voz.

—Los hombres tardan cinco minutos en arreglarse, todo lo contrario a las mujeres. Mamá hace media hora está metida en el baño y apenas terminó de pintarse un ojo. Creo que no nos iremos de aquí en una hora y media. Me queda tiempo todavía. —Se burla tomando un sorbo del líquido oscuro que hay en su vaso.

—Quiero verte en traje... —murmuro con cansancio reflejado en las palabras. Cierro los ojos mientras lo escucho aproximarse a mí.

—¿No quieres que me quede contigo y te haga compañía? —La esperanza suya se hace evidente. Al parecer no le agrada la idea de salir.

—Ve y diviértete lo que más puedes, Ky. —Escucho cómo bufas—. Aparte, seguro habrá mucha comida allí. No te perderás eso, ¿o sí?



—No.

—Entonces, ve. Come el doble por los dos, ya que como verás yo no puedo comer más que sopa de pollo.

—Como si para ti fuera la muerte comer esa sopa... —Se burla. Sonríe ligeramente.

—Mmm.... Amo esa sopa...

—Lo sé, ¿quieres que te traiga más? —pregunta justo cuando siento que su peso de la cama se va.

—Mamá me traerá cuando se vayan, no te preocupes.

—Bien.

—Al menos ve a bañarte, lo necesitas urgentemente y es mejor que te prepares pronto, sabes cuánto se desespera mamá cuando hay alguna fiesta importante. —Escucho cómo gruñe.

—Maldita sea, tienes razón. Se vuelve toda una bruja...

—Sip, ahora vete. —Lo echo mientras me acurruco en una mejor posición en la cama y me sumerjo en un profundo sueño. Como tantas veces me pasó, sueño con unos ojos avellana que me miran pidiendo auxilio, con un terror inmenso reflejado en su mirada mientras el dolor va cubriendo sus aureolas.

Hace unas cuantas semanas, de alguna manera que no sé explicar, esos ojos me persiguen. En cada uno de mis sueños su estado de ánimo y sus sentimientos varían. Pero lo único que no veo es felicidad. Es como si la alegría nunca estuvo en aquellos ojos. La frialdad con la que mayormente la veo y la imagino hace que un escalofrío me recorra completamente. No puedo ver su cara del todo, pero algo me dice que es muy atractivo. Una sensación tan rara me invade el cuerpo cada vez que lo intento imaginar con una cara fea y toda llena de granitos. Pero es por eso por lo que estoy completamente segura de que no es feo, sino que es una especie de hombre espectacular nunca visto por mis ojos. Lo que sí puedo distinguir a través de toda esa neblina que le cubre la cara y el cuerpo es su pelo castaño oscuro revuelto que dan ganas de despeinarlo mucho más, y en el cuello un lunar en su lado izquierdo. Ni muy grande ni muy pequeño.

Pero cada vez que me acerco a tocarlo, o siquiera a hablarle para preguntarle por qué siempre sueño con él y su mirada penetrante, me despierto.

Y esta no fue la excepción, solo que cuando abrí los ojos, sobresaltada, mi madre se estaba aproximando a mí, vestida con un muy lindo vestido elegante negro hasta el suelo, con un escote en V que le hace

parecer tremendamente *sexy* y en la cintura una franja de tela, haciendo como si fuese un cinturón, solo que este tiene muchos diamantes brillosos azules que lo decoran por completo.

El pelo se lo recogió delicadamente en una cola de caballo. La juventud que no veía en mi madre hace varios años, en los que ella se escondía en ropas no dignas de su cuerpo esculpido, aparece ante mí con esta imagen de una diosa. El maquillaje sutil y fino hace que sus ojos iguales a los míos brillen con satisfacción.

Le intento sonreír, pero en vez de eso, me sale una fea mueca. Ella se sienta junto a mí y deja un cuenco con olor a sopa en la mesita de noche que tengo a mi lado y un vaso de agua, los cuales nunca vi desde que entró.

—Te traje sopa y una pastilla para que tomes —dice. Junta sus manos en el regazo, pero luego me tiende una pequeña pastilla blanca. Mis ojos siguen pesando y puedo asegurar que están mucho más rojos que antes de dormirme.

Con lentitud, intento ponerme en la mejor posición para tomarme la pastilla que espero que me cure rápido. No me gusta estar enferma. Me enfermo tan fácilmente que más de veinte veces al año estoy en este estado. Es tedioso.

Me tomo la pequeña cápsula milagrosa junto con unos pocos sorbos de agua para luego volver a mi anterior posición en la cama.

—Gracias —le digo.

—Cuando quieras puedes tomar la sopa, la calenté mucho para que no se te enfríe muy rápido. Descansa y cuídate. No te levantes. Hace frío y el suelo está congelado. De igual manera, cerraré todas las ventanas y prendí la chimenea en la sala. ¿Quieres que te traiga un libro para que leas o descansarás?

—No, voy a descansar, que la pases lindo. Y procura que Kyle no se muera atragantado por la comida... —bromeo aun en este estado miserable.

—Está bien. Me iré a buscar el abrigo y ya nos iremos. Le diré a Connor que te venga a saludar. Sácate los anteojos para dormir porque ya rompiste muchos dejándotelos puestos —avisa parándose y alisando las pocas arrugas de su vestido, causadas por sentarse de tal manera en la cama. Me río. Sí, muchos lentes fueron destrozados por dormir con ellos. Pero no es mi culpa no darme cuenta antes de tirarme en la cama y dormirme al instante de que llevo los malditos lentes puestos.

—Ok, me los sacaré ni bien salgas por la puerta. Dile también a Kyle que venga, quiero verlo en traje.

—Bueno, vendrán todos para saludarte, pero no les estornudes en la cara, no quiero otro enfermo por aquí —se ríe.

—Ok.

Cuando sale de la habitación, tomo otro trago de agua. El frío líquido pasa rápidamente por mi garganta y una picazón comienza a aparecer. Tal y como siempre me pasa cuando me enfermo. Mi garganta se cierra y no permite que casi nada de comida o líquido pase. Agradezco mucho que le dé el visto bueno a la exquisita sopa de pollo de mi mamá y al agua. De eso sí que no me salvo, la picazón siempre va a estar allí si sigo enferma. Aun así, me termino gustosa la sopa.

El resto de mi familia se despide de mí a una distancia considerable para no enfermarse, excepto Tessa y Kyle, quienes siempre fueron inmunes a mis resfriados y enfermedades. Mi padre y Mía no tienen mucha suerte.

Con las pocas fuerzas que me quedan, me burlo de mi hermano y su vestimenta, sin querer admitir que le queda de muerte ese traje negro sin la corbata. No puedo creer que, por más que le lleve dos años, él sea más alto que yo y más corpulento. Bueno, eso último también se debe a que hace como cinco años comenzó natación y fútbol americano. Mi madre ahora que ya sabe que en la nueva secundaria a la que entraremos en unos días hay ambas cosas, se ahorró mucho dinero y también tiempo, ya que antes ella lo llevaba a todas las prácticas.

Mi hermanita me tira un beso mariposa, de esos que juntan los dedos pulgares entrelazados y mueven todos los otros dedos sobrantes de cada mano, creando así una ilusión de una mariposa en movimiento. Ella se vistió tal y como le gusta, con una falda rosa pastel con brillos, una remera de *La Cenicienta* metida debajo de la falda y unas botas muy lindas y tiernas. Lo que a ese atuendo no tenía que faltarle es la tiara de princesa con plumas pequeñas en la base y diamantes en las puntas. Se ve totalmente adorable.

Mi padre va vestido perfectamente como un empresario ejemplar y serio, con un traje negro igual que el de mi hermano, solo que él sí tiene una corbata.

Mi madre llega a los minutos con toda una pila de abrigos en los brazos y se los pasa a cada uno el correspondiente. Vuelvo a despedirme con un «Adiós» y veo cómo salen por la puerta de mi habitación antes de escuchar cerrarse la de entrada. La tentación por dirigirme a

la ventana y asomarme para ver la limusina que los lleva a la fiesta es enorme. Pero las reprimo cuando me doy cuenta de que apenas puedo moverme.

Me estiro lo más que puedo para agarrar mi celular de la mesita de noche, el cual sonó ni bien mis padres salieron de mi habitación, y veo el mensaje de mi prima, Michelle.

«El maldito hijo de puta me dejó por la zorra de mi mejor amiga. Mejor dicho, exmejor zorra-amiga. Estoy tan enojada que, si no hablo con la mejor prima que tengo, estallaré e iré a partirle la cara al cabrón de Jackson.»

Me río un poco hasta que la tos me supera. El carácter de mi querida prima es... muy... explosivo. No hay que meterse con ella si no quieres quedarte rengo<sup>1</sup> por toda tu miserable vida. Por más que por fuera ella sea todo un ángel caído del cielo, por dentro es toda una diabla en ebullición. Pero es la única a quien puedo considerar amiga.

Ella vive en Italia, por lo que nunca la veo. La extraño tremendamente y la necesito la mayoría de las veces cuando no tengo nada que hacer ni con quien hablar. Los mensajes son nuestra solución.

Por lo que hace unas semanas me dijo, su novio se estuvo comportando distante y extraño. Ahora las dos sabemos por qué lo hizo. Y ni hablar de su “mejor amiga”, que es una zorra en vida. Pobre chico el que se acostó con ella, por lo que me dijo Michelle todo aquel que esté una noche con esa chica se lleva una gran sorpresa al poder contraer sida. Es mejor no acercarse. Aunque no sé si ella lo dice por el enojo que tiene por lo que ella hizo o lo dice en serio. No quiero preguntarle porque sinceramente no me importa.

«Ve y patéale el culo si no quieres que lo haga yo», le respondo. Con ella puedo bromear, hacer chistes y también contar secretos íntimos sin tener ni mínima sensación de que ella los dirá.

¿A cuál de los dos? ¿A la zorra o al puto?

«Mmm... Los dos se merecen la furia de mi prima. Creo que tendrás que hacerlo doble. No estoy contigo para mandarlos a la mierda. Así que descárgate por dos. Con la zorra y el puto. Oh, también grítale todo lo que quieras a esa pendeja. No te dejes nada guardado.»

«Lo haré ya que tú me lo dices, señora conciencia. Siempre la necesito en las decisiones importantes.» Carcajeo cuando leo ese mensaje. Sip, ella dice que soy su voz de la razón. Lo más gracioso es que si

---

1 Cojo.

tuviera a su exnovio y exmejor amiga, yo no podría siquiera tocarles un pelo, ya que tengo miedo de pegarle a la gente. Pero me gusta hacerme la fuerte cuando estoy hablando con mi prima. «Y ahora, ¿cómo estas con todo esto de la mudanza?»

«Bien, creo. Con la mudanza estoy muy feliz, lo malo es que estoy enferma y en la cama. ¿Puedes creer la mala suerte que tengo?». Ella sabe que ya quería mudarme de una vez por todas y alejarme. Sabe todo sobre lo que sufro en la escuela y lo que causo sin querer a los demás.

«Recupérate. Mantente en la cama y aprovecha estos días para comer toda la sopa de pollo de Tessa. Con respecto a lo de la mudanza y querer cambiar para no causar problemas, quiero que te saques de la cabeza eso. Eres como eres, Mackenzie.

«Las cosas que hago me avergüenzan. Soy tonta e idiota. Arruino todo lo que toco, Miche.»

«Y amo todas tus locuras. Me encanta que hagas la vida de las personas más interesante. Tendrás amigos a los que no les importarán tus imperfecciones o tu idiotez, que sinceramente tienes mucha y de igual manera te quiero. Hazme caso, no finjas ser alguien que no eres.» Aconseja y me derrito ante sus palabras. Sé por lo que ella pasó al querer ser alguien que no era. Por suerte, lo superó y ahora es totalmente ella misma.

«Gracias, lo tomaré en cuenta.»

«Ok, descansa todo lo que quieras y come hasta reventar. Yo me encargaré de que mis puños lleguen a su destino. La zorra y el puto se llevarán una buena... TE QUIERO, PERRA. Saluda a mis tíos.»

«¡Nos hablamos luego!» Y, con eso, silencio mi celular para poder descansar sin interrupciones hasta que mis padres lleguen y me quito los lentes.

Con el pensamiento y la esperanza de poder sentirme mejor al día siguiente, me quedo dormida de nuevo. Aquellos ojos aparecen de nuevo en mi sueño, solo que ahora los siento mucho más cercanos. Su mirada quema mi piel y me calienta de todas maneras. Quiero acurrucarme en él, olerlo y sentirlo contra mi piel pálida y fría. Tenerlo a mi lado para verlo, fijarme en si es tan lindo como pienso que es, tocar aquel lunar que tanto me tienta cuando sueño con él.

Sentir que es real y no solo alguien que inventé.

Un ruido. Luego otro y otro más. Fuertes y a la vez diminutos sonidos provenientes desde abajo me despiertan. Son ruidos que apenas puedo escuchar con mis oídos tapados. Primero pienso que es la lluvia

que hay fuera, esa tormenta que no para desde hoy y que choca con la ventana con aires repentinos y estruendosos silbidos. Los truenos que ahora se sienten cercanos antes no estaban tan pronunciados, solo eran lejanos y silenciosos, algo muy extraño en Miami.

Otro ruido. Otro más. Y luego otro más. Parecen desesperados. Y es allí cuando me doy cuenta de que es la puerta de entrada. Los golpes son de ahí. Quiero gritar para que mi mamá vaya a abrir, pero luego me doy cuenta de que estoy sola en casa y que todos se fueron a la fiesta del trabajo de papá. Por lo que con lentitud y mucho cuidado, me levanto de la cama, meto los pies en mis pantuflas de pato, las cuales cada vez que doy un paso suena con el sonido típico de los patos, y me coloco los anteojos.

Bajo uno por uno los peldaños de la escalera, con mi postura encorvada y desanimada, sin ningún rastro de felicidad porque alguien interrumpió el sueño tan preciado que tenía hace unos segundos. Solo espero que no sean esos niños insoportables que van de casa en casa tocando las puertas para luego salir corriendo sin que los descubras. Malditos sean ellos.

Los golpes siguen escuchándose hasta que llego frente a la puerta. Me debato entre abrir o ir de nuevo a mi habitación a dormir, pero luego me digo a mí misma que si elijo volver a mi habitación la decisión de bajar fue tonta si no abro la puerta. Justo cuando otro ruido, ahora mucho más silencioso y desanimado, resuena en la puerta, la abro.

Un trueno resuena al momento en que la puerta se abre y me sobresalto. Frente a mí, una silueta de un muchacho encorvado en una postura incómoda aparece parado con la mano en alto, listo para tocar otra vez. El susto que me da es tremendo, pero luego me doy cuenta de que no hace nada por moverse. Frunzo el ceño al notarlo y estiro la mano hacia el interruptor de la luz que está junto al marco de la puerta de entrada.

Y la luz se enciende.

—Ángel... —murmura el chico, que ahora se puede distinguir entre las sombras de la oscura noche. Entonces, él cae. Su cuerpo se abalanza contra el mío como un peso muerto, con pocas fuerzas. Como acto reflejo, lo agarro lo más rápido que puedo e intento mantenerme en pie. Su peso para mi cuerpo enfermo es como millones de rocas gigantes intentando tirarme hacia abajo, pero no quiero dejarlo caer.

—Oh, Dios mío... —murmuro por el susto, el terror y el asombro, queriéndome paralizar.

Él deja salir un gemido de dolor y yo lo intento agarrar de otra manera en la que mi cuerpo no estuviese a punto de caer con el peso de este chico. Ahí es cuando me doy cuenta de algo.

Sangre. Espesa y roja.

Me asusto al verla, pensando que me habrá acuchillado o lastimado, pero no es así, él está herido. Mucho. La sangre mancha su cuerpo, haciendo que el miedo en mí crezca y que la gripe y el resfriado que tengo se esfumen en cuestión de segundos.

Intento pensar qué hacer, pero solo actúo con la mente en blanco al sentir el pánico aborardarme con fuerza.

Mierda, necesito llevarlo al hospital con urgencia. La sangre mancha la alfombra de la entrada y yo respiro hondo para darme valor y seguir con mi plan de salvarlo. Recuerdo lo que me dijo mi madre cuando de chiquita fui con ella al hospital en el día de llevar al hijo al trabajo. Por desgracia, ya no es enfermera. Su voz clara resuena en mi cabeza, haciéndome saber qué es lo que debo hacer en un caso donde esto vaya a suceder y sea yo la única que pueda salvarlo.

—Tienes que detener la sangre. No dejes que siga saliendo, eso es lo único que puedes hacer. Si no puede causar su muerte. Encuentra alguna remera si es que estás cerca de algún armario. Cúbrela con esa tela y apriétala para que la hemorragia cese. No te alarmes y ve a un médico lo antes posible. Si haces eso con calma y sin rastros de miedo, será mucho más fácil.

Agradezco aquellas enseñanzas que nunca pensé que me servirían ni que tendría que implementar, y vuelvo a tomar otra bocanada de aire para calmarme. Tengo que tranquilizarme y no desmoronarme. Fuera el miedo, viva la esperanza.

Miro a mi alrededor en busca de alguna prenda que me sirva en estos momentos para detener la sangre que sigue saliendo de su cuerpo, y veo una bufanda de tela blanca colgada en el perchero al lado de las escaleras. Con lentitud y cuidado, dejo boca arriba el cuerpo de este chico en el suelo, quien ahora tiene los ojos cerrados —imagino que por el dolor—, y voy corriendo tan rápido como puedo hacia la prenda que necesito. Paso al lado del tazón puesto sobre una mesita junto al del perchero y me percató de que las llaves del auto están allí. Las agarro sin pensármelo dos veces y me encamino hacia el herido.

Rompo más de lo que ya está la remera que lleva puesta, que ahora es completamente roja, y me doy cuenta de que no solo es una herida de bala, sino que son dos y varios rasguños y cortes, pero no los veo

tan trágicos como los de las balas. Corto la larga bufanda en dos con todas mis fuerzas y las coloco en sus heridas. Él gruñe de dolor con los dientes apretados, pero tiene los ojos cerrados, no puedo verlo reflejado en ellos.

—Tranquilo, te llevaré al hospital —le aseguro con voz temblorosa.

Gime nuevamente cuando aprieto de nuevo y luego agarro sus manos para colocarlas donde las mías antes estaban, manteniendo firme las telas en su pecho sangriento. Lo tomo de los hombros con cuidado, pero segura de que el agarre que estoy ejerciendo es suficiente para levantarlo sin hacerle mucho daño. Lo agarro por los hombros, estabilizándolo en sus pies temblorosos y piernas inestables, y luego paso su brazo fuerte y esculpido por mis hombros, dejando que el mayor de su peso se pose en mí.

Salimos al aire frío de la noche y a la lluvia torrencial, realmente inesperada y extraña en esta zona. Con el pie cierro la puerta de entrada y me aproximo con el chico al auto de mis padres lo más veloz posible. Mis piernas tiemblan, pero eso no impide que mis pasos no sean seguros y estables por ahora. La fe que tengo en que lo lograré supera todos los miedos y terrores.

Una vez dentro del auto, tiro el asiento del copiloto hacia atrás y bajo el respaldo para que quede acostado sobre él. Segura de que las manos pesadas de este chico serán suficiente peso como para mantener la tela en el mismo lugar, enciendo el motor y emprendo el camino mientras busco en la lista de los lugares de emergencias que mi madre escribió en un cuaderno y dejó en el compartimiento. El hospital queda a diez o quince minutos. Para mi suerte, las calles están despejadas, por lo que aumento un poco más la velocidad sin importarme nada el clima. La lluvia me mojó todo el pijama que tenía puesto. Ahora estoy yendo con mi pantalón de algodón cómodo y remera de manga larga a un hospital. Sin mencionar que tengo las pantuflas de pato que hacen ruido al caminar. Estoy congelándome. Mis dientes castañean, no solo por el frío, sino por los nervios.

—No te duermas, intenta mantenerte despierto hasta que lleguemos. No falta mucho —le digo con voz rasposa y preocupada.

¿Y si no sobrevive? ¿Quién es? ¿Cómo llegó a mi casa en ese estado? Mis manos tiemblan en el volante y mi corazón palpita fuertemente en mi pecho. Mi respiración agitada me da a saber que estoy temblando. Agradezco a mis padres por haber aceptado irse en la limusina y no en nuestro auto, ya que, si no, no tendría con qué llevarlo a emergencias.



—Por favor, ángel. Duele... —Su voz gruesa y entrecortada sale en un susurro ronco de sus labios. Respiro hondo para tranquilizarme otra vez y me digo a mí misma que no se desmayará en el trayecto. Puede hablar, por lo que está bien, por ahora.

Doblo en una esquina y me estaciono frente al hospital. Desabrocho el cinturón con tal rapidez que me sorprende y bajo aún temblando. Corro a toda prisa hacia adentro y miro hacia los lados con la urgencia de encontrar algún doctor o enfermera caminando por allí, pero no veo a nadie, por lo que me encamino hacia la puerta más cercana.

Unos hombres con batas me miran sorprendidos ante las pintas que llevo, pero luego se centran en mi cara de desesperación. No me había dado cuenta de que estaba llorando hasta este momento. Pestañeo varias veces para aclarar mi vista y me digo a mí misma que llorar no va a lograr que el chico se recupere por arte de magia.

—¡Por favor, vengan! ¡Tengo a un chico baleado en el auto! —grito, temblorosa, y todos se sobresaltan, pero luego de un segundo se ponen en acción y agarran una camilla de una habitación cercana para luego pasar junto a mí.

Los sigo corriendo hacia el auto y les destrabo la puerta en la que se encuentra recostado el chico herido, quien ahora respira con dificultad. Veo cómo los dos hombres que decidieron ayudarme la abren rápidamente, lo sacan y lo ponen en la camilla antes de entrar de nuevo al hospital. Apago el auto y saco las llaves, aún temblando por completo.

Una vez dentro de la sala de espera completamente desierta, me siento en una silla. Mi mente está bloqueada, no sabe qué pensar de todo esto. No sé qué pasó, tan solo son manchas borrosas de todo lo que hice. Todo en pocos segundos, maldita sea. ¿Quién iba a imaginar que esto ocurriría hoy, en mi puerta, en mi casa y a mí?

Nunca pensé que las palabras de ayuda que mi madre me decía cuando iba con ella al trabajo en el hospital me iban a servir de ayuda en algún momento. Pero me alegro muchísimo de que me lo haya enseñado. Si no, ¿qué hubiera hecho yo? ¿Dejarme llevar por el miedo y dejar que el pobre chico se muriera? No puedo hacer eso.

En algún momento mis lágrimas se convierten en sollozos estruendosos. Menos mal que la maldita sala está vacía, si no sería bochornoso que me vieran en este estado, llorosa y toda constipada, resfriada y con los ojos rojos. Algunas mechas de mi cabello caen sobre mi cara húmeda y yo las aparto y las escondo detrás de mis orejas. Pero siguen

cayendo sobre mi cara y la única forma de pararlo es haciéndome un moño sin una gomita elástica.

Dejo que el llanto salga de mí. Me dejo llevar por la tristeza de lo sucedido con este chico. Me temo que no lo conozco, pero lloro por todos los familiares que no se enteraron de que está aquí, por lo que le pasó y lo que está sufriendo ahora. Como dije antes, soy muy sensible.

Me desahogo hasta ya no tener fuerzas. El cansancio que se había ido cuando el chico apareció en mi casa aparece como una avalancha sobre mí. Hago una mueca. Los estornudos regresan y me siento temblar más que antes. El aire acondicionado no hace nada para mejorarme. Estoy congelándome, mucho más con el pijama mojado. No entiendo por qué con un clima como este prenden el aire acondicionado. Están todos muy locos.

Me levanto de la silla y me aproximo a la recepcionista que recién veo llegar a su puesto de trabajo tras el escritorio de color caoba. Con cada paso que doy el sonido de los patos en mis pies resuena por el lugar carente de personas.

—¿Disculpe, tendrá pañuelos de papel por algún lado? —pregunto cruzando los brazos en mi pecho para mantener el poco calor que tengo, y también para no dejarle ver que no llevo brasier<sup>2</sup>.

—Claro —responde asintiendo y buscando algo en un cajón debajo de su mesa. Me tiende unos cuantos luego de buscar en los otros dos cajones sobrantes debajo del primero.

—Muchas gracias... —me despido de ella y me doy la vuelta para ya irme de nuevo a mi asiento, pero su voz me detiene.

—¿Necesitas llamar a tus padres para avisarles de que estás aquí? Puedo prestarte el teléfono si quieres. Veo que no trajiste nada contigo y eres chica para estar sola aquí...

—¿En serio? —pregunto esperanzada. Oh, Dios, estoy ansiosa por hablar con mamá. Estar entre sus brazos consoladores y oírla decir que todo irá bien. Contarle todo lo que pasó y pedirle ayuda.

—¡Claro! Ven aquí. —Hace un ademán con las manos perfectamente arregladas hacia el teléfono que hay junto al monitor de la computadora de su escritorio y me sonrío. Veo pequeñas arrugas formándose en los bordes de sus ojos y en su frente mientras lo hace. —¿Quieres que te prepare un café mientras llamas? —Asiento, muy agradecida por su amabilidad—. Bien. Se nota que te estás congelando, dulzura.

---

2 Sostén.

Se aleja con pequeños pasos gracias a su poca altura. Por lo visto no debe tener más de cincuenta y cinco años.

Marco el número de mi mamá y, mientras espero, las lágrimas siguen derramándose por mis mejillas. La preocupación por una persona desconocida puede que no afecte a muchas personas, pero a mí sí. Es como si yo sintiese que me lo hacen a mí, y más con este chico. Es como si yo estuviese sintiendo esas balas dentro de mí. Desgarrando mi piel y marcándome dolorosamente.

Me atiende luego de tres tonos. Algo de música resuena en el fondo, ni muy alta ni muy baja. Linda, lenta, pero no deprimente. La voz de mi madre parece alegre cuando contesta, puedo notar su sonrisa cuando mi padre le dice algo y ella se ríe antes de saludar con un «Hola».

—Ma...

—Hola, cariño, ¿cómo te sientes? —Me atraganto con un sollozo cuando habla. Quiero soltarle todo lo que tengo atragantado en la boca y decirle todo lo ocurrido, pero sé que, si le digo todo eso, tiene que ser lenta y tranquilamente para que lo entienda. Por lo que respiro una gran bocanada de aire antes de hablar.

—Estoy en el hospital... un chico...

—Espera, espera un segundo... ¿Por qué estás en un hospital? ¿Estás bien? ¿Te sientes peor? ¿Fuertes vómitos? Me hubieras llamado y así hubiera ido a casa para estar contigo...

—No, mamá, no es eso, yo no soy la herida. —Sorbo la nariz y me seco las mejillas con el dorso de mi mano.

—¿Entonces quién es? —pregunta, y la confusión se nota en el otro lado de la línea. La voz de papá se nota entusiasmada detrás de la de mi madre. Al parecer está hablando con sus nuevos socios de sus planes del nuevo hotel.

—No lo sé, es un chico que tocó la puerta y se me tiró encima...

—¿Qué?! ¿Estás bien? ¿Qué te hizo? —me corta.

—Ma, déjame terminar, por favor... —le pido respirando hondo—. Tocó la puerta y se cayó encima de mí por lo mal que estaba. Lo balearon... —Lloro con esa última parte, cada vez más fuerte, y escucho cómo mi madre empieza a tranquilizarme con palabras gentiles y llenas de esperanza.

—Estará bien, Mackenzie. Tranquila. Mándame la dirección del hospital e iré.

—No, tienes que estar con papá. Es su día especial. Es importante para él y te necesita... —murmuro con tristeza antes de gritarle por impulso que quiero que venga ahora mismo y me envuelva en sus brazos.

—Lo sé, pero eres mi hija y...

—Y papá es tu esposo —la interrumpo—. Te necesita más que yo. Solo me quedaré sentada aquí y esperaré para saber qué es lo que tiene. Diviértete, ven cuando terminen. Solo quería avisarte dónde estaba.

—Está bien, cariño. ¿Quieres que le diga a Kyle que vaya? Está muy aburrido aquí, aparte puede pasar por casa y llevarte lo que necesites. En media hora te toca tomarte el medicamento.

—Bien, pásame con él, por favor. Yo le diré qué traerme.

—Está bien. ¡Kyle! ¡Tu hermana está al teléfono! ¡Tendrás que ir a casa e ir al hospital! —Escucho cómo le grita a mi hermano y luego este le responde: «¿Por qué al hospital, qué le pasó?». Tessa le cuenta lo sucedido, resumiéndolo, y luego me pasa con él.

—Bien, ¿qué necesitas? —contesta él cuando está al teléfono.

—Ropa. Estoy toda mojada. Necesito zapatillas y un abrigo, me estoy congelando. Oh, y las pastillas que mamá tiene en la cocina, sobre la mesada. Trae todo eso.

—Ok. En media hora estoy allá —confirma como si fuese una misión en donde es necesaria su presencia urgentemente.

—¿Cómo vas a llegar?

—En taxi.

—Bien. Te mando la dirección por mensaje.

—Claro.

—Te tengo que cortar, este no es mi teléfono... adiós.

—Nos vemos en un rato, adiós.

Corto la llamada justo cuando la recepcionista llega a mi lado con una taza de café. Me la tiende con una sonrisa y yo se la devuelvo de una manera triste.

—Espero que sirva el café, es lo único en lo que puedo ayudar...

—Claro, esto está perfecto. Gracias. —Tomo un sorbo de café. Agradezco que solo le haya puesto dos de azúcar, ya que con más no me gusta—. Gracias por dejarme llamar, de tanto apuro me olvidé mi celular.

—No hay de qué. ¿Quién va a venir?

—Mi hermano menor. Me traerá un poco de ropa. ¿Tiene usted su celular por allí? Necesito mandarle un mensaje con la dirección.

—Claro. —Asiento en agradecimiento, le mando el mensaje al número de mi madre, el cual sé de memoria, y me encamino a la silla en la que antes me había sentado.

Todo esto que está pasando me tiene muy confundida, y, tengo que admitirlo, muy intrigada. ¿Cómo alguien puede llegar así a un lugar y

luego caerse sobre esa otra persona? ¿Cómo alguien puede balearse a alguien? Puede que tenga motivos y puede que no. Pero, ¿no le carcomerá la culpa después de matar o herir a una persona, fuera inocente o no?

Ciertamente, cuando hago algo mal —siempre lo hago— me quedo toda la noche pensando en qué podría haber cambiado para que eso no pasara. No sé cómo alguien puede apuntar a otro ser humano con un arma y arrebatarse la vida, para luego seguir como si nada hubiese pasado. Obviamente sin pensar que el muerto podría haber dejado a su familia sin ninguna explicación y nunca volver a verlos. Sin dejar rastro ni huellas para, al menos, decir cómo fue su muerte y avisar a su familia —confirmarle, mejor dicho— que no se perdió, sino que murió, que lo mataron.

Y así es como me deprimó más: con pensamientos que toda persona con cerebro puede tener hasta que viene mi hermano.



## CAPÍTULO

## 2

Media hora después, mi hermano llega cargando una mochila en su hombro, en donde está mi ropa seca. Él sigue estando tal y como se fue de casa, vestido aún de traje. Me sonrío un poco tenso y algo confundido antes de que yo agarre todo para irme al baño a cambiarme.

Sé que está muy intrigado con lo que está pasando, yo también lo estaría. Por más que no lo demuestre, se nota que está preocupado por lo que sea que él esté pensando que sucedió.

Con un suspiro lleno de cansancio, me saco la ropa mojada y la guardo en una bolsa de plástico que impedirá que toda esta moje la mochila, y luego me cambio con la seca. No puedo creer que mi hermano haya revisado mi cajón de ropa interior. Es tan vergonzoso. Eligió unas bragas negras de encaje que cada mes me compraba mi madre en Canadá de una tienda moderna y juvenil. Todas aquellas las guardo en una caja —a la que ahora tendría que ponerle candado—. Las guardo allí porque, sinceramente, no me gusta usarlas mucho tiempo, se vuelven molestas. Es por eso por lo que las tengo bien guardadas, porque son las cómodas las que uso. Son de esos bóxeres para mujeres, que se parecen mucho a *shorts*. Pero no, mi hermano tuvo que entrar a revisar y traerme lo único que en este caso y situación en la que estoy me hace estar incómoda.

Lo mataré por revisar. Pero al menos me trajo la ropa que le pedí y el saco. Guardo mis pantuflas de pato en otra bolsa de plástico y meto todo en la mochila antes de limpiar mis anteojos con papel mojado. Una vez lista, salgo del baño y me encamino hacia mi hermano, quien está sentado cómodamente en las sillas, con una pierna encima de la otra y un brazo apoyado en el asiento contiguo. Me siento en ese asiento junto a él y le tiendo la mochila.

—Las pastillas que me dijiste están en el bolsillo —dice Kyle. Asiento y busco en donde me dijo que está mi salvación médica. Creo que con el frío que me llevé al salir de casa descubierta un día de lluvia

como este estaré en la cama toda una semana. Por lo que necesito muchas pastillas a partir de ahora.

—Gracias. —Me levanto pesadamente del asiento, pensando en ir a pedirle un poco de agua a la recepcionista para poder tomar mi medicamento, pero el brazo de mi hermano me detiene. Lo miro confusa.

—Ya le pedí el agua yo cuando te fuiste a cambiar. —Sonríe y me pasa el vaso repleto de agua, el cual no vi que tenía en la mano derecha. Le sonrío de vuelta y me siento de nuevo en el lugar a su lado, tomando el vaso de su mano y tragando la maldita y asquerosa pastilla—. Ahora cuéntame lo que pasó. No le entendí mucho a mamá.

—Luego de que se fueran, me dormí de nuevo y tocaron la puerta. Sinceramente pensaba que eran de esos niños que molestan y luego se van corriendo para que no los descubran, pero al parecer no fue así. —Comienzo a contar, bajando la mirada, recordando todo ese trágico momento—. Este chico... estaba sangrando mucho, apenas se sostenía del marco de la puerta. Se cayó encima de mí. No sé cómo logré sostenerlo... fue muy... repentino tenerlo sobre mí de un segundo al otro. No sabía qué hacer hasta que recordé lo que dijo mamá sobre algún caso que se me presentara igual a este. E hice todo lo que ella me dijo.

—¿Cómo viniste hasta aquí?

—Ustedes dejaron el auto porque se fueron en limusina a la fiesta. Esa fue mi salvación y la del chico. Por lo que conduje hasta aquí.

—¿En el camino no te dijo nada? —pregunta como si estuviese sacándome información para algún caso extraño en el que tiene que trabajar. Eso siempre me dio gracia, todo lo que pasa se lo toma como si fuese forense o detective.

—No.

—Entonces... ¿Piensas que es de esos chicos malos que roban o qué? —Se endereza en el asiento y se encorva, dejando que sus codos se apoyen en las rodillas. Junta sus manos y apoya su mandíbula sobre ellas para mirarme fijamente.

—No lo sé. No lo pude ver bien. Sé que es grande, todo su peso estuvo arriba mío, pero no creo que él se haya buscado que le dispararan.

—Tienes que preguntárselo. No quiero que te involucres con un matón —comenta de una manera muy seria para ser verdad. Lo que faltaba, mi hermanito retándome y obligándome a hacer una cosa que, de igual manera, iba a hacer.

—Lo haré, tranquilo.



—¿Te dijeron algo los médicos o las enfermeras? —pregunta luego de unos segundos de puro silencio. Niego con la cabeza y él suelta un suspiro de derrota. Sé que está preocupado, pero ahora no necesito que me presione para sacarle información a un chico que todavía no sé cómo está.

Los segundos y los minutos se hacen eternos. La sala no se llena ni una vez, de suerte puedo ver a algunas señoras ser atendidas por otros médicos, pero eso es todo. Está totalmente desierto. Con mi hermano no dirijo otra palabra más, no porque esté enojada —porque no lo estoy ni tengo intención de estarlo—, sino porque estoy muy nerviosa y triste. Con esto del resfriado los sentimientos están prendidos de un hilo muy fino. Puedo llorar por cualquier cosa si lo pretendo. Y ahora tengo una muy buena excusa para llorar. ¿Se morirá? No sé qué le pasó, no sé si las balas tocaron órganos vitales o no. No sé por qué tardan tanto los médicos en darnos un veredicto de lo que tiene.

La ansiedad está al límite. Mi pierna se mueve de arriba abajo con rapidez y la preocupación crece el doble cuando una hora pasa sin tener respuestas de las enfermeras que veo pasar.

Mi madre llamó a mi celular para preguntar cómo estaba todo. Por suerte, mi hermano se acordó de agarrarlo antes de salir de casa para venir aquí. Ella me prometió que cuando terminara la fiesta vendrían para el hospital a hacernos compañía. Se lo agradecí, otra vez intentando que las lágrimas no se derramaran por mis mejillas. Siempre me pongo sensible por cualquier cosa, no me avergüenzo de ello del todo, pero a veces siento que soy una nenita de once años cuando lloro por nada en especial.

Hubo veces en las que, de pequeña, estaba en mi habitación y de repente me ponía a llorar. No sabía por qué, pero lo hacía. Lo bueno de eso es que siempre conseguía un cono lleno de helado.

Justo antes de quedar completamente dormida sobre el hombro de mi hermano, un hombre vestido con una bata blanca abierta, que deja ver a la perfección una remera negra que resalta muy bien su torso, hace acto de presencia. Madre mía. ¿Quién diría que los doctores estaban tan buenos? Me levanto como un rayo y acorto la distancia que nos separa con ese dios griego que se hace llamar doctor.

Su voz ronca cuando habla hace que mi mente comience a imaginar toda clase de cosas que sus labios pueden realizar a la perfección, pero la preocupación es mucho mayor que esos pensamientos, por lo que me centro en sus palabras.

Pestañeo varias veces para sacar todo lo que estoy pensando sobre sus labios y me concentro en su voz.

—¿Ustedes son la familia de Ayden? —Iba a responder, pero luego me quedé pensando. ¿Ayden es el nombre del chico o se refiere a otro? Aunque no creo que esta última posibilidad sea correcta, ya que no hay ninguna otra persona en la sala de emergencias. Por lo que Ayden debe ser el baleado.

Al momento en que voy a responder que sí, ya que quiero ver cómo está, aunque si no soy familia no me dejarán verlo, mi hermano se adelanta.

—No, no lo somos. Apareció en nuestra casa de repente en el estado en el que mi hermana lo trajo. —Odio su sinceridad para casos serios. Quiero pasar a verlo, y no quería que él se interpusiera en mis planes. Maldito seas, Kyle.

—Oh, entonces discúlpenme. —Dicho esto, el médico se aleja de nosotros. Respiro hondo para no estallar en este mismo instante y regañar a mi hermanito. Aprieto los puños para no saltar sobre él y mandarlo a la mierda. Me contengo.

—Kyle... —murmuro ya con la mandíbula tensa—. No me pasé las horas aquí para que arruines mis planes de ver cómo está. ¡¿Por qué mierda le dijiste eso al doctor?!

—Yo... no podía mentirle, Mackenzie. Es un doctor.

—Sí, y gracias a ti no podré verlo —susurro enojada a punto de largarme a llorar. Sí, el enojo también hace que las lágrimas salgan de mi sistema. Pero no tengo intenciones de irme sin ninguna información, por lo que las lágrimas son lo que me faltaba para que el plan que se creó en mi cabeza en este preciso instante se llevase a la perfección. Comienzan a caer con lentitud por mis mejillas. Mi hermano se me queda mirando alarmado, sabiendo que esto es su culpa por actuar por impulso.

Me doy la vuelta, aguantando un sollozo, y me acerco a la recepcionista, la cual me mira sin saber qué hacer para calmarme. Es allí cuando rompo a sollozar.

—Querida... ¿Necesitas algo?

—Yo... —Me atraganto—. Necesito ver a mi novio. No me dejaron pasar porque no soy de la familia... pero... ¡Necesito verlo! ¡Lo amo! ¿Entiende? —Actúo con tal normalidad este personaje tan desesperado que me sorprende. Nunca actué bien, hay que admitirlo, pero ahora me doy cuenta de que estoy haciéndolo bastante bien.

—Yo... no sé qué hacer. Dime el nombre, por favor.

—Ayden... —Sorbo la nariz y seco alguna de mis lágrimas.

—Bien, tienes suerte de que no haya nadie por aquí, si no, no te dejaría pasar. No le digas a nadie que yo te di el número de su habitación. Es la 308, en el tercer piso. El doctor se llama Jason Wall. No me menciones si te pregunta, recuérdalo. —Asiento agradecida y aliviada de que mi plan haya salido más que bien.

—Muchas gracias, señora.

Y me alejo de esa mujer con una sonrisa en la cara, aun cuando las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas. Kyle me mira asombrado y con los ojos tan abiertos que me da terror e intriga por qué no se le salen de tan grandes que los tiene.

—Y ahora es cuando la hermana mayor resuelve los problemas que causó el hermano menor. Aprende a no contestar por impulso, Kyle —murmuro reprobatoriamente pasando por su lado y caminando hacia los ascensores, sabiendo que él me seguirá.

—Bien, la próxima no abriré mi bocota —protesta como un niño pequeño.

—Eso espero. ¿Y si yo no podía conseguir que ella me dijera lo que quiero averiguar? Yo haría lo que fuera por saber qué le pasó al chico, quiera o no.

—¿Por qué es tan importante para ti un chico que ni siquiera conoces? —Se detiene de repente, cruzándose de brazos para adoptar una pose intimidante, pero lo único que consigue es que me frustre más. ¡Solo quiero llegar a la maldita habitación y saber lo que tiene!

—Porque sí, Kyle. Ahora, camina. —Refunfuñando y maldiciéndome, camina detrás de mí con pasos lentos y cortos mientras que yo acelero los míos.

Subimos al ascensor sin decir nada más. Sé que él está enojado, pero... ¿Qué puedo hacer? No me quiero ir sin saber qué pasa y por qué apareció así en medio de la noche en mi casa. Necesito explicaciones, no soy de esas chicas a las que les pasa algo y luego hacen de todo por olvidarlo. Oh, no, yo me intrigo más que nadie. Y siempre quiero respuestas, de una u otra forma, y la mayoría de las veces lo consigo. Solo espero que esta no sea la excepción.

Una vez en el piso tres, miro hacia los lados siguiendo las indicaciones de unos cartelitos que me dicen entre qué habitaciones están divididos los pasillos. Por supuesto, camino por la indicada.

Fijándome en que nadie nos vea, me escabullo por esos pasillos cubiertos por paredes blancas, típicas de los hospitales, algunas muy descoloridas por los años que lleva sin ser pintada de nuevo, y me adentro en la puerta 308. Apuro a mi hermano, quien hace todo lo que yo hice, solo que con tranquilidad y sin preocupaciones de que lo pillen, y lo hago entrar en la pequeña habitación. Un suspiro de alivio sale de mi boca mientras abro los ojos, los cuales había cerrado para respirar con tranquilidad.

Para mi mala suerte, no estamos solos en la habitación. Jason, el buenorro del doctor, se nos queda mirando con frustración mientras sus brazos se cruzan en su... amplio, muy amplio, pecho. Lleva una carpeta en la mano derecha, la cual ahora está apoyada sobre su espectacular brazo.

Los nervios me atacan. No puedo creer que él esté aquí. ¿Cómo no pude pensar en esa posibilidad? Soy tan idiota.

Los nervios se esparcen por todo mi cuerpo y comienzo a temblar, no solo por el frío de la habitación, sino por la idea de ser echada de aquí sin ninguna respuesta y sin saber lo que le pasó al pobre Ayden.

—Doctor. Lo siento... yo tenía que ver... —comienzo a decir tartamudeando como una idiota. Él me detiene con una mano en alto, cerrando los ojos para tomar una respiración profunda y tranquilizarse.

—Miren, estoy agotado, no necesito problemas. Explíquenme por qué están aquí y quiénes son para ver si los puedo ayudar.

—Bien...

Comienzo a relatar la historia por tercera vez en la noche. Jason asiente en algunas partes de mi relato y en otras frunce el ceño por lo loca que está la cosa. Intento no perderme en sus ojos azules mientras doy la explicación que él necesita. Su postura se relaja visiblemente luego de unos segundos de silencio cuando termino la pequeña y perturbadora historia sobre lo sucedido. En todo ese tiempo, mi hermano se mantiene a un lado con la boca cerrada, lo cual agradezco enormemente.

—Creo que por ayudarlo y traerlo aquí puedes saber lo que tiene. Esto te lo ganas por preocuparte por alguien que no conoces, te felicito. —Le sonrío y asiento para que prosiga—. Las balas no llegaron tan lejos, se recuperará en poco tiempo. Le hicimos puntos de sutura en las cortaduras que tiene y tratamos lo mejor posible la cortadura que tiene en la nuca. Tiene moretones y raspaduras típicas de peleas. Está deshidratado y necesita comer y descansar mucho. Al parecer no se alimentó bien durante un largo tiempo. Lo único que le pude sacar

de información antes de que se quedara dormido es su nombre. Oh, y también estuvo diciendo «ángel» desde que lo recostamos en esta cama. Al parecer debe tener alguna novia y está soñando con ella. Eso es todo lo que les puedo decir.

—Gracias, eso me sirve. Solo quería saber cómo se sentía y qué tenía... me preocupé muchísimo.

—Bien, es una suerte que lo trajeras antes de que se desangrara. ¿Fuiste tú la que lo ayudó en todo? —Asiento—. Hiciste un buen trabajo, si no fuera por ti estaría muriéndose en este mismo instante.

—Muchas gracias... —murmuro medio sonrojada. Nunca recibí halagos de personas que no fuesen familiares, y ahora tener estos halagos de este Adonis es muy satisfactorio.

—Ahora les pediré que se vayan. Creo que ya tienen bastante información, ¿no creen? —Lo miro con los ojos abiertos y alarmada. ¿Pienso sacarme de aquí cuando sé que Ayden está mal? Está loco, no me iré.

—¿Podría quedarme? Solo hasta que lleguen los padres o alguien a verlo. Por favor, me pasé toda la noche aquí para estar con él.

—Las horas de visita comienzan a las nueve de la mañana, querida. Ven a esa hora...

—¿Que no ve que está enferma? En serio, ¿no nota su piel blanca, sus mejillas y su nariz rojas? No volverá hasta recuperarse. Déjela quedarse un rato y luego nos iremos... —Lo interrumpe mi hermano con una voz que da a saber cuán cabreado está.

Jason se nos queda viendo sin ninguna expresión. Pasa su azulada mirada de mi hermano hacia mí y al revés. Luego, simplemente deja salir un suspiro. Las ojeras debajo de sus ojos demuestran que no duerme muy bien, por lo que pongo mi mejor cara de cachorrito herido para que se rinda de una vez. Por lo cansado que se ve, no creo que falte mucho para verlo saliendo de la habitación y así dejarnos solos.

—Bien, solo un rato —sentencia. Mi sonrisa aparece en el instante en que las palabras salen de su boca y casi salgo corriendo para abrazarlo por dejarnos quedarnos. Mierda, esto es pura suerte. Si hubiese sido otro doctor, de esos que son malos y tediosos, nos estaría echando sin ninguna explicación.

—Muchas gracias.

Me doy la vuelta y me quedo mirando a Ayden tendido en la cama del hospital. Su piel está tan blanca como la de un fantasma, algunos moretones se encuentran esparcidos por sus brazos, y los rasguños también están allí. En la cara tiene algún que otro rasguño y

corte, pero un moretón gigante cubre su mejilla izquierda. Me asusto. ¿Cómo le pasó todo esto? No solo tenía dos balas en el pecho, sino que estaba lastimado en todo el cuerpo. ¿Cómo pudieron hacerle esto a alguien? No lo entiendo. Por Dios, es ahora cuando me doy cuenta de la suerte que tengo al tener una familia que me quiere, que no me juzga y que me trata bien. Viendo cómo de destrozado está este chico, sé que tengo que estar súper agradecida de que nada como esto me pasó.

Me siento mal por él, muy angustiada y triste. La verdad es que nunca presencié peleas porque sabía que el vómito me iba a atacar ni bien viera correr golpes y sangre. Me alejaba de los problemas que causaban otras personas, ya que yo ya causaba bastantes como para involucrarme en los que yo no hice, solo para no echarme a llorar en ese momento.

Es todo lo contrario a cuando miro películas de acción, solo porque sé que no pasa en realidad. Esas personas son profesionales y están actuando para ganarse la vida. Aun así, a veces tengo que taparme los ojos en algunas ocasiones en las que les disparan en la cabeza. Eso sí que es terrorífico.

Miro a mi hermano, preguntándole con la mirada si se va a quedar o no conmigo en la habitación, pero mi respuesta ya es respondida al notar que no se encuentra allí.

Por lo que, con el corazón lleno de tristeza y angustia, me acerco a la camilla, agarrando una silla en el camino para poder sentarme junto a Ayden. Tomo su mano fría lentamente con algo de curiosidad, queriendo saber cómo es su tacto y la suavidad de su piel.

Paso la mirada por las pequeñas cicatrices en los nudillos y en la palma de su mano, parecen ser hechas hace bastante tiempo. Mis dedos siguen un contorno invisible, haciendo círculos en su palma y en sus dedos sin ningún tipo de apuro.

Es una mano grande, muy linda a pesar de tener todas esas marcas en ellas. Me pregunto cómo se las hizo. ¿Peleando, quizás?

Subo la mirada lentamente por su cuerpo, cubierto por la sábana blanquecina del hospital, hacia su cara. Recuerdo cómo de contraída de dolor estaba cuando yo ponía las telas en su pecho para que dejara de sangrar. O cuando me suplicaba que llegáramos más rápido al hospital porque le dolía mucho. Su voz gruesa y *sexy*, con terror y alivio a la misma vez.

Quiero verlo vivo, tan fuerte y espectacular como me lo imagino, sin ninguna de estas lesiones. No me gustan, no quiero que él las tenga. Una sensación de que lo conozco se apoderó desde que se cayó

encima de mí cuando abrí la puerta. No sé por qué pensé que lo conocía de algún lado, solo sabía con certeza que no podía dejarlo en el estado en el que estaba. Lo ayudé. Me alegro de haberlo hecho. Me siento bien conmigo misma.

Vivir en un mundo en donde siempre me llamaron tonta y estúpida hace que me sienta inferior a todos, con el pensamiento de que nunca podré hacer nada bien, que siempre seré la estúpida que arruina todo a su paso con solo tocarlo o mirarlo. Pero ahora, cuando veo que gracias a mí Ayden está con vida, el pecho se me llena de algo que nunca sentí. Mucha felicidad y confianza en mí misma. Pude hacer algo sin estropearlo.

Me acerco a su mano, viendo más de cerca sus lastimaduras, recorriéndolas lentamente con la mirada, pero antes de poder hacerlo sus dedos se mueven de repente. Uno, luego otro y luego todos los demás. Encierran mi mano con delicadeza y su dedo pulgar acaricia con lentitud mi palma.

Me sorprendo, pero no me muevo. Sigo en las siluetas invisibles que dibuja y siento cómo una electricidad desconocida me recorre el cuerpo con cada toque. Su piel es fría y suave. Escucho que suelta un quejido y es allí cuando levanto la vista. Él tiene los ojos abiertos y está mirando hacia el techo. Ninguna expresión se puede notar en su cara. Sus pestañas largas tocan sus cejas cada vez que mira hacia arriba, su cabello castaño está completamente alborotado de una manera muy *sexy* y sus ojos... Sus ojos avellana... ¿avellana?

Esto no puede ser, este debe de ser uno de mis sueños en el que sí puedo verlo completamente. Él no puede ser real. ¿Cómo sueño con él y de repente está frente a mí, personificado?

Me quedo petrificada en el lugar. Puedo ver cómo sus labios se mueven cuando intenta decir algo, pero su voz no se escucha, no logra pronunciar nada. Lo miro detenidamente y sin poder entenderlo. Él sigue con su juego en mi mano, pero yo no puedo reaccionar. ¿Cómo es si quiera posible? Bueno... hay muchas personas que tienen los ojos color avellana, por lo que puede ser que él no sea el de mis sueños. Pero algo dentro de mí sabe que estoy mintiendo, que él sí lo es, solo que no quiero admitirlo. No quiero parecer una loca, no quiero ser rara y que todos piensen eso de mí. Porque si digo que a este chico lo vi en mis sueños y de repente es humano, me ganaría el título de la mejor loca del año.

Pero algo me impulsa a ponerme de pie e inspeccionar cada rincón y facción de su rostro y cuerpo. Hasta que un lunar en el cuello del

lado izquierdo llama mi atención, justo en donde yo lo recuerdo. Ahora sí me va a dar un paro cardíaco. Tengo que estar soñando. Estoy soñando...

Me pellizco fuertemente en el brazo y cierro los ojos mientras rezo para que, cuando los vuelva a abrir, esté en mi habitación sola. Pero no, cuando los abro sigo estando en el mismo lugar con el mismo chico. Él me mira con el ceño fruncido cuando suelto un quejido de dolor al sentir mi brazo arder, pero luego achina los ojos para verme mejor.

—Ángel... —susurra con una voz ronca, ahogada por la falta de agua—. ¿Hay algo para tomar? —Hace el intento de sentarse, pero gruñe por el dolor. Lo ayudo rápidamente a recostarse mucho más cómodamente en la camilla y él me sonrío con agradecimiento. Y Dios... ¡qué sonrisa! Sus ojos se achinan cuando lo hace y unos pequeños hoyuelos aparecen en sus mejillas. Creo que si me sonrío de nuevo me desmayaré.

—Claro, llamaré a la enfermera para que te lo traiga —respondo en un murmullo, avergonzada por mis pensamientos con él.

No estoy acostumbrada a hablar con chicos lindos y este es mucho más que lindo. Un leve sonrojo aparece en mis mejillas, aunque no tan oscuro como mi nariz roja por el estado enfermo en el que estoy. Salgo de la habitación y llamo a la enfermera para decirle si puede traer un vaso de agua. Ella asiente y se dirige a buscar lo que le pedí, mientras yo me doy la vuelta y vuelvo a la habitación. Ayden se encuentra en el mismo sitio, mirando todo alrededor con alegría reflejada en sus ojos. Parece estar ausente al mirar todo el cuarto, como si estuviese pensando o recordando.

—Hace mucho que no estoy en una habitación de hospital —comenta sin mirarme. Pasa inconscientemente la lengua por sus labios secos, unos que están bien marcados, que son finos y delicados. La fantasía de una chica.

—¿Por qué? —Me acerco a él y me siento en la silla que antes había usado. Se voltea y se me queda viendo sin contestar, lo que es raro, ya que no es una pregunta difícil de contestar, que yo sepa.

—No me enfermo muy seguido... —susurra incómodo, apartando la mirada cuando esas palabras salen de sus labios. Se nota que miente, no lo hace muy bien ante mí, pero no replico ni hago preguntas. No quiero ponerlo más nervioso de lo que ya está.

—Qué suerte tienes entonces. Soy todo lo contrario. Ni bien doy un respiro estoy enferma al otro día



—¿Por qué te quedaste aquí cuando ni siquiera me conoces? —pregunta un segundo después, completamente serio, ahora mirándome con sus penetrantes ojos avellana que hacen que me estremezca visiblemente y me ponga incómoda. Si en ese momento no me contenía de abrir la bocota que tengo, le hubiera soltado lo de mis sueños con él... o con alguien parecido, pero sé que me vería como alguien extraño. Y no quiero que me vean así, mucho menos él.

—Yo... no podía quedarme mirándote mientras mueres desangrado.

—Es que... no todos ayudan al que lo necesita, solo apartan la mirada para no involucrarse.

—¿Entre qué personas estuviste? No creo que haya tanta gente que te deje de lado cuando ven que te estás desangrando —comento jugando con un hilo salido de mi pantalón.

—Créeme que entonces esa no es la vida real que tú crees —asegura tomando una respiración larga y soltándola lentamente. Su pecho subiéndolo en aquel movimiento hace que la sábana que cubría su cuerpo baje unos centímetros. Justo cuando estoy a punto de decirle algo, la enfermera entra con el vaso de agua y se lo entrega, quien lo toma gustoso y luego lo deja en la mesita junto a la camilla.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto cuando la enfermera se va.

—Que no conoces casi nada del mundo real... solo piensas cómo es en realidad.

—No es cierto, puede ser que tú conozcas una parte del mundo que yo no conozco, y viceversa —replico tranquilamente, sin mostrar lo ofendida que me dejó su comentario. Él no me conoce, entonces que no me juzgue. Ya soporté bastante de eso durante mi vida de parte de mis compañeros, no necesito que pase lo mismo cuando solo pretendo olvidarme de todo.

—En eso tienes razón, aunque tampoco veo a una chica como tú en un lugar como del que vengo. —Frunzo el ceño. Él me está lanzando dagas afiladas con sus palabras. ¿Qué le hice?

—¿A qué te refieres con esto de una chica como yo? —pregunto molesta. Él suelta una risa ronca y baja.

—Una chica linda, tímida, con anteojos, que se encoje y baja la mirada cuando la ven... como tú. Aunque tengo que admitir que me sorprende que no tartamudees. —Me sonrojo ante el primer halago que me hace. Me dijo linda aun estando con estas pintas de vagabunda y con la nariz roja por el resfriado—. Pero de igual manera, gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por salvarme la vida —responde con simpleza, encogiéndose de hombros.

—No hay de qué.

—Y también por quedarte. Aunque no era necesario hacerlo, te lo agradezco.

Nos quedamos callados, unos minutos en ese silencio profundo que nos envuelve hasta que se hace insoportable e incómodo.

—Entonces... ¿vendrá tu familia a buscarte para ir a casa? —pregunto. Instantáneamente veo cómo su gran y voluptuoso cuerpo se pone rígido y el aire se vuelve frío. Confundida, pestañeo. Cambió de repente de actitud, antes era cálida y ahora es totalmente gélida, para nada acogedora. Creo que metí la pata por mi gran bocota.

—Nadie vendrá, no tengo casa. Ni siquiera tengo dinero con el que pagar un hotel. Creo que me haré el enfermo y me quedaré aquí unos días más hasta decidir qué hacer.

—¿Y tu familia dónde está? —pregunto antes de poder detenerme. No me tengo que entrometer, pero mi curiosidad mata todo lo demás—. Digo... si se enteran de que te balearon de seguro que vienen en un santiamén.

—No lo harán. No saben dónde estoy ni tampoco sé dónde están ellos. Pueden estar en cualquier lado.

—Ayden... —suspiro—, no sé qué hacer. No sé qué decir. Eso es muy feo, no tener a tu familia cuando más la necesitas.

—No te compadezcas, odio cuando la gente hace eso —gruñe como un perro loco—. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijo el doctor... —bajo la voz al decirlo. Pero cuando no dice nada, lo miro confundida—. ¿No preguntarás mi nombre? —Niega con la cabeza, ahora dejando salir lentamente una sonrisa sensual.

—No es necesario, ángel.

—¿Por qué me dices así? Ese no es mi nombre.

—Para mí sí lo es, y planeo seguir diciéndote de esa forma. —Su cara de inocente se hace presente cuando yo dejo salir un quejido de irritación.

—Bien, dime como quieras.

—Gracias.

Antes de poder decir algo más, mi celular suena, avisando de una llamada entrante. Me levanto para atender a mi madre.

—Ei, hija, estamos yendo. —En el fondo escucho una canción que no reconozco, y luego a mi padre cantándola, con su voz desafinada y aguda para imitar la voz chillona de la cantante.

—Bien, ya estoy en la habitación con Ayden —respondo.

—¿Ayden?

—El chico baleado, ma.

—Oh, bien, en unos minutos estaremos contigo —dice con simpleza.

—No creo que puedas verlo. El doctor no deja pasar a nadie que no sea familiar, y solo me dejó unos segundos ver cómo estaba.

—Bien, hablaremos con Ayden y el doctor, quiero saber cómo se encuentra. —Al igual que yo, mi madre se preocupa por todos, y ya sea que los conozca o no, los ayuda. Es solidaria y, como exenfermera, estoy segura de que de alguna manera convencerá al doctor de lo que sea que ella quiera pedirle. Porque estoy segura de que ella querrá algo, no importa si es solo información. Somos tan parecidas.

—Está bien, te veo en unos minutos.

—Claro, te quiero.

—Yo igual. —Me despido y cuelgo la llamada apretando la pantalla táctil del celular.

Me doy la vuelta para volver a ver a Ayden, pero me encuentro con unos ojos azules que me miran con seriedad mientras sostiene la carpeta que antes llevaba en la mano.

—Se acabó el tiempo. Ahora retírese, señorita.

—Yo, eh... no terminé de hablar con él. ¿Podría dejarnos un poquito...?

—No, ya le di tiempo y ahora tengo que revisar algunas cosas. ¿Podría retirarse? —Intenta no sonar muy grosero, pero, aunque le salga bien el tono amistoso, noto cómo aprieta la mano contra la pobre carpeta.

—Bien —refunfuño, cabizbaja, mientras le doy una última mirada a Ayden y salgo del cuarto hacia el pequeño y corto pasillo, en el cual mi hermano se encuentra sentado en una silla. Levanta la cabeza cuando escucha la puerta detrás de mí cerrarse con un golpe un poco ruidoso. Hago una mueca ante el sonido y me siento en la silla a su lado.

—¿Cómo te fue? —pregunta él. Me encojo de hombros.

—Fue mejor de lo que pensaba, sinceramente.

—Bien, al menos hablaste con él, ¿no?

—Sip.

—¿Supiste algo de mamá? —Cruza los brazos sobre su pecho cuando hace la pregunta y estira las piernas hacia adelante. Bosteza sonoramente sin un ápice de vergüenza, y ni siquiera se lleva la mano a la boca para tapanla mientras lo hace.

—Sí, hablé con ella. Está viniendo... —Un estornudo sale de mí sin darme tiempo a terminar la palabra. Unos tras otro explotan en la cara de mi hermano, el cual hace muecas y se queja por lo asqueroso de la situación. Me cubro la cara con los brazos para no dejar que los microbios sigan ensuciando el aire alrededor de mi hermano.

—¡Dios! ¡Mackenzie! ¡Qué asco!

—¿Pero qué está...? —La voz de mi madre suena detrás de mí justo cuando estornudo de nuevo. Para mi suerte, después de dos más, ya paran. Ella se para junto a mí, y con el brazo rodeando mi hombro me acerca a ella y me abraza, pasa su mano por mi brazo y lo sube y baja para calmarme. Siempre que estoy enferma ella hace esto cuando piensa que es necesario. Dice que nunca hacen mal unos abrazos de más—. ¿Te tomaste la pastilla? —pregunta con preocupación, dándome un beso en la cabeza para luego soltarme con lentitud. Asiento y le sonrío—. Ahora, ¿en dónde está ese doctor? —Mira hacia los lados y, antes de poder señalarle la habitación de Ayden, esa puerta se abre y de ella sale Jason, con sorpresa reflejada en sus ojos azules.

—¿Tessa? —interroga él. Mi madre se da la vuelta y sus ojos se agrandan a más no poder. Mi papá gruñe y mi hermano y yo nos miramos, preguntándonos qué está pasando.

—¡Jason! —exclama ella, caminando hacia él y abrazándolo con cariño, a lo que mi padre, quien lleva a Mía en brazos completamente dormida, vuelve a gruñir. Jason se ríe ante el acto de mi padre, pero sigue abrazando a mi madre como si fuesen los mejores amigos—. ¿Qué haces aquí?

—Me trasladaron, y bueno... aquí me ves.

—Sí, al parecer sí. ¡Qué sorpresa! ¿Eres quien atiende a Ayden?

—Sí, esta chiquilla engatusó a la secretaria para que le diera el número de la habitación. —Él me lanza una mirada de reproche, pero mi madre al escuchar cómo me llamó se pone en una posición de ataque.

¡Oh, sí, nadie se mete con la hija de Tessa, mucho menos frente a ella! ¡Vamos, mami!

—Esta chiquilla de aquí es mi hija, compórtate con ella. Y adivina de quién aprendió a chantajear a las personas. Pues sí, de mí. Y me siento orgullosa de ella. Ni tu ni nadie dirá lo contrario. —La postura del doctor cae al escuchar el tono serio de mi madre. Parece como si fuese un niño pequeño siendo retado por toda su familia y poniéndolo en vergüenza frente a sus amigos.

—Yo... lo siento —murmura él en respuesta—. No sabía que era tu hija, Tessa.

—Ahora ya lo sabes, Jason. —Rueda los ojos y suspira, dejando atrás esa fachada que usa para regañar, para luego ponerse blanda. Parece cansada y puedo decir que los zapatos de aguja que lleva puestos a conjunto con su vestido le deben doler como mil infiernos. Y bueno, como todo hombre al que le gustan un par de tetas, el doctor no desperdicia en echarle un vistazo al escote de mi madre cuando ella se gira y le habla a papá, quien no le saca un ojo de encima a Jason—. ¿Connor, quieres entrar conmigo a hablar con Ayden?

—¿También entrará Jason? —pregunta él. Ella afirma asintiendo con la cabeza—. Entonces sí. Entremos.

Segundos después todos desaparecen en la habitación, dejándonos solos de nuevo a Kyle y a mí. Quiero pegar la oreja a la puerta para escuchar de qué hablan, pero sé que mi madre me descubriría. No sé cómo lo hace, pareciera que tiene superpoderes de madre cuando yo quiero hacer algo que no debo. Maldita sea, siempre descubre todos mis planes cuando los hago.

—¿De qué hablaron? —pregunta mi hermano.

—Le pregunté por su familia y se puso borde —contesto con simpleza. No quiero hablar del tema y menos escuchar lo que mi hermano quiere decir. Si pudiese meterme dentro de su cabeza descubriría que él estaría pensando que Ayden es un criminal que roba autos o bancos. Siempre lo hace, todo es exagerado con él.

—¿No te dijo nada más?

—No. —Siento como si lo poco que dijo de sí mismo no se lo tuviese que decir a nadie. Lo escondo y no lo dejo salir, como si él en secreto quisiera que yo lo mantuviese conmigo, o puede que sea yo la que piense eso. Pero aun así no abro la boca. Aparte, sé con certeza que si digo algo que le molesta él se volverá loco.

—¿No quieres hablar de eso o no te dijo nada más?

—Las dos cosas.

—Bien, sabes que mamá me dirá todo después —contraataca mirándome con burla.

—Lo sé, ella te dirá todo lo que sepa, pero no lo que yo sé.

—*Touché* —ríe y a los segundos yo lo acompaño.

Minutos después, luego de pelearme con mi hermano con palabras, mis padres salen de la habitación junto con Jason. Mi madre ríe por algo que el doctor dice y mi padre lo mira con mala cara. Está celoso, eso es seguro.

—Bien, firmaré todos los papeles y él se vendrá conmigo mañana. Lo recogeremos a las diez, si te parece —dice ella, regalándole una sonrisa inmensa a Jason.

Esperen... ¡¿Qué?!

—Está bien. Mi secretaria Marta te dará los papeles.

—Gracias. Nos vemos mañana, Jason. —Tessa le llega a dar un beso en la mejilla antes de que mi papá la aparte del médico con rapidez mientras gruñe maldiciones hacia él.

—Hasta mañana, Tessa. Connor. —Luego nos mira—. Adiós, Mackenzie, Kyle. —Asiento con incomodidad, me levanto del asiento, y seguida por mi hermano nos encaminamos hacia los ascensores detrás de nuestros padres.

Estoy sin palabras. Muda y en *shock*. ¿Cómo es eso de que Ayden se viene con nosotros mañana? ¡Es un completo desconocido! Creo que subestimé la solidaridad de mi madre, creo que es mucho más amable y buena de lo que pensé. ¡Por Dios! ¿Quién invita a un desconocido que podría llegar a ser un ladrón drogadicto que busca matar a todos a quedarse su casa?

Creo que mi hermano me pegó su locura. Estoy delirando y exagerando mucho. Estar enferma y pensar no deben ir juntos.

—¿En serio él se quedará con nosotros? —Se queja mi hermano con su usual tono de derrota cuando está con mi madre y sabe que no la hará cambiar de opinión. Ella no le responde y sigue caminando—. ¡Por Dios! ¡Puede ser un loco que quiera matarnos! —chilla para llamar la atención de Tessa, pero no lo logra. Unos segundos después, ella le dirige la palabra.

—Sabes lo que pienso sobre ayudar, Kyle. Ahora, cállate y camina, que tengo frío y sueño —le regaña tranquilamente.

Sorbo la nariz y doy cortos pasos para llegar al lado de mi madre. No le digo nada porque sé que me contestará lo mismo que siempre nos dice: «Hay que ser buenos con las personas que no tienen. Si podemos darle una mano con cualquier cosa, se la damos sin chistar», y luego me recuerda que si estuviésemos en el mismo estado que esa persona que necesita ayuda rezaríamos porque alguien se ofreciera a darnos lo que necesitamos.

Así volvemos a casa, cansados luego de que mi madre firmara los benditos papeles.

Mi cuerpo duele como mil demonios y mi cabeza palpita el doble. Tengo sueño, estoy agotada física y mentalmente con todo lo que está

pasando. Aunque creo que no podré dormir por más que me tome cien pastillas para hacerlo. Me pasaré la noche divagando y pensando en Ayden. En lo que dijo, preguntándome de dónde vino y por qué no sabe de su familia. Estoy tan confundida.

Pero en el fondo, por más que me diga a mí misma que él me traerá problemas si se queda en mi casa, quiero que se quede. Aunque sea muy apresurado pensar esto, quiero colarme de noche a su cuarto y abrazarlo, tal como quiero en mis sueños, sentir su piel envolviendo la mía y así ayudarme a dormir cómodamente. Soñar con esos ojos avellana que ahora sí sé a quién pertenecen; alguien real.





## CAPÍTULO

### 3

A la mañana siguiente me despierto aún peor que el día anterior. La cabeza me palpita el triple de lo que antes lo hacía, mi nariz nunca deja de estar tapada y mis ojos hinchados casi no me dejan ver nada cuando los abro. Mi madre, para que se me quite la fiebre, a las cuatro o cinco de la mañana, abrió la ventana y me destapó un poco para que no me suba la temperatura. Es por eso por lo que ahora estoy muriéndome de frío, tititando y temblando.

Ya son las nueve y en las pocas horas que llevo en casa, en esta cama, no he podido dormir casi nada. Tengo tos, como ya había previsto, y esta me despierta a cada rato ni bien cierro los ojos. No sé cómo me veo, sinceramente, pero no me arriesgaré a quedarme ciega ante la espantosa vista de mí. Debo de estar hecha una zombi combinada con un fantasma. La piel de mis brazos se volvió aún más blanca, y no sé cómo es eso posible. Ya soy bastante blanca en realidad, y estarlo aun más es muy extraño. Si pudiera ver hacia abajo podría confirmar mi teoría en la que afirmo que se me ven las venas por lo pálida que me encuentro.

El frío viento que entra por la ventana casi no logro sentirlo por tan congelada que estoy. Y por más que una manta me esté cubriendo, sigo teniendo un frío espantoso.

Falta una hora para que mi madre traiga a Ayden a casa. Estoy tan nerviosa por eso. ¿Cómo podré comportarme con normalidad cuando el chico de mis sueños, literalmente, está bajo el mismo techo que yo? Sí, solo es un chico, pero... ¡Nunca había convivido con uno que no sea mi hermano o mi padre! ¡Sin mencionar que Ayden se quedará por no sé cuánto tiempo aquí!

¿Cómo mi madre pudo ofrecerle estadía a un desconocido? Apenas sabe su nombre, maldita sea. Por más que, muy en el fondo, me gustara la idea de tenerlo aquí, yo no sé quién es. No lo conozco. No sé qué hace, ni si trabaja, o en dónde estuvo para que aquello le sucediera.

¿Qué es lo que hizo para que dos balas penetrasen su cuerpo? O tal vez estuvo en el lugar y hora equivocada. Pero... él me dijo que de donde venía nadie ayudaba a otros, y es por eso que él creía que yo lo dejaría tirado sin darle ayuda. Eso me hace dudar sobre su inocencia en todo esto. Él tuvo que hacer algo, o no sé, provocar a gente mala.

Mi mente divaga entre más posibilidades, pero sé que será un esfuerzo en vano. No sabré con certeza qué es lo que pasó si él no me lo dice, y dudo que lo haga. Se puso tan borde cuando intenté sacarle información que ahora al recordarlo me dan escalofríos.

Me obligo a dejar de pensar en él durante esta hora que tengo libre hasta que él aparezca en casa, porque sé que ni bien él de un paso dentro, mi cabeza correrá a pensar en él.

No lo voy a poder evitar, es como si todo lo que hago me llevara a pensar en él. Justo al entrar ayer por la puerta de casa cuando volvimos del hospital, las imágenes de todo lo ocurrido pasaron por mi cabeza como una película en blanco y negro, en donde todo se repetía una y otra vez.

*—Ángel... —murmura aquel chico que ahora se puede distinguir entre las sombras de la oscura noche. Entonces, él cae. Su cuerpo se abalanza contra el mío como un peso muerto, con pocas fuerzas. Como acto reflejo, lo agarro lo más rápido que puedo e intento mantenerme en pie. Su peso para mi cuerpo enfermo es como millones de rocas gigantescas intentando tirarme hacia abajo, pero no quiero dejarlo caer.*

*—Oh, Dios mío... —murmuro por el susto, el terror y el asombro, queriéndome paralizar.*

Él deja salir un gemido de dolor y yo lo intento agarrar de otra manera en la que mi cuerpo no estuviese a punto de caer con el peso de este chico. Ahí es cuando me doy cuenta de algo.

*Sangre. Espesa y roja.*

Cierro los ojos con lentitud. Su agonía me mata. Recordar cómo en esos momentos sufrió me destruye de mil maneras. Es raro que esto me pase, pero cuando siento que lo conozco es como si no pudiese evitar sentirme de esta manera con él.

Pero ahora intento con todas mis fuerzas centrarme en otra cosa como... qué haré cuando me recupere de este asqueroso resfriado. Leer, de seguro. Pero también iré a la playa si es que no hace frío para distraerme. Tengo que cambiar un poco mi rutina de leer para no hablar con gente desconocida ni salir. Eso es algo que me propuse al enterarme de que nos mudábamos. Empezar de nuevo. Pero la idea de

mantener una conversación normal con alguien que no sea mi familia me es incómoda y extraña. No sé por qué, debe ser por el miedo a que la gente piense lo que todas las demás piensan de mí. Es horrible sentirse así, querer desaparecer de las miradas por temor a lo que pueden pensar de uno. Pero ya estoy acostumbrada a esa sensación y es por ello por lo que me paso días y noches encerrada en mi cuarto leyendo y haciendo tarea. Miedo.

Tanta gente me hizo pasar estos años con tristeza. Nadie me quería y todos pensaban que era una antisocial con problemas psicológicos, y que aparte de eso era una plaga para todos y traía mala suerte con solo pestañar. Lo digo y lo sigo diciendo, no es lindo que digan cosas así. Sin mencionar que no había nadie que no pensara lo contrario acerca de mí.

Nadie se animó a conocerme a fondo, solo se daban una idea de cómo soy. Todos se equivocan. No tengo problemas mentales, solo soy muy patosa y torpe con todo, en realidad. No es en absoluto mi culpa que ellos estuviesen en el momento equivocado cuando abro mi casillero y les diera sin querer un golpe en la cara con él.

Pero bueno, al parecer así son las cosas en algunas escuelas secundarias. Solo espero que aquí no me pase lo mismo. Por eso decido cambiar, aunque sea algo de mí. Sin embargo, no pretendo en unas semanas cambiar demasiadas cosas, y menos con este maldito resfriado.

Me remuevo en la cama, queriendo al menos poder levantarme y estirarme, pero me duelen tanto los músculos que me obligo a quedarme quieta en mi lugar. Tengo que ir al baño y hacer mis necesidades, bañarme, ante todo. Me siento sucia y asquerosa, olorosa de arriba abajo.

Con lentitud extrema, hago un esfuerzo por incorporarme en la cama y poner los pies en el suelo. La alfombra de piel evita que mis pies se congelen, algo que agradezco enormemente. No hago nada por ponerme las gafas, ya que en el baño no las usaré, por lo que las dejo en donde están en la mesita de luz. La luz de la mañana se cuele por las cortinas, las cuales ondeantes vuelan con el viento, que también se mete en la habitación gracias a las ventanas abiertas. Hace mucho menos frío que ayer, pero para mí sigue estando congelado. Necesito bajar la fiebre, pero sé que si le digo a mi madre sobre bañarme para tranquilizarme me obligará a hacerlo con agua bien fría para que la temperatura me baje, por lo que me niego completamente a decirle algo. No puedo soportar el agua fría con el frío que tengo. No señor.

Pero el destino no quiere eso, ya que mi madre entra justo en ese momento a mi habitación y me ve parada con la intención de ir al baño. Frunce el ceño con preocupación, mirando mis piernas temblorosas y blanquecinas. Se acerca a mí. Quiero retroceder, pero mi cuerpo no obedece, por lo que alarga la mano y me toca la frente.

—¿Ibas a darte un baño? —pregunta, sacando su mano.

—No... —murmuro torpemente, queriéndole mentir, pero ella detecta las mentiras como si yo tuviese un cartel de mentirosa en la frente.

—Haz de cuenta que te creo. Ahora, necesitas urgentemente un baño, cielo. Dúchate con agua fría para que se te baje la fiebre.

—Bien... —refunfuño, desanimada, con la voz saliendo como un susurro ronco y casi sin vida gracias a la poca hidratación. Maldita sea, me moriré congelada con tan solo pisar la ducha.

—Te traeré un poco de té antes de irme al hospital a buscar a Ayden. Por cierto, es muy... agradable y serio a la vez, aunque no habla mucho —comenta.

—¿Por qué puede salir del hospital cuando ni siquiera pasó un día desde que está allí? Que yo sepa tendría que quedarse en observación... —le pregunto con el ceño fruncido, muy confusa. Con el estado en el que lo vi dudo que en horas pudiese irse del hospital. Esta pregunta me rondó la cabeza durante toda la noche.

—Yo lo cuidaré aquí. Jason me dijo todo lo que necesitaba saber y también lo que tenía que darle para los dolores y eso. —Se encoge de hombros—. Él sabe que me tomo muy en serio el trabajo de enfermera y asistente del doctor, por lo que me permitió traerlo porque no tiene familia. Le informaré de todo sobre su salud.

—Está bien.

—Es hora de que entres a bañarte. El olor que llevas no es muy agradable —bromea rodando los ojos y sonriendo. Al parecer tuvo un muy buen despertar, no como yo, que no dormí en toda la noche—. Eres mi madre, tendrías que decirme que huelo espectacular —me quejo como una niña y paso por su lado hacia el otro lado del pasillo en donde se encuentra el baño, y doy un paso dentro.

—Lo siento, hija, tu abuela me enseñó a no mentir. —Luego de un carcajeo, baja las escaleras secándose las lágrimas que se le escaparon de los ojos por reír. Abro el agua fría, me desnudo y, tomando una gran bocanada de aire, me adentro debajo de la lluvia artificial. Reprimo un chillido cuando el agua congelada choca con mi piel caliente y comienzo a temblar con fuerza en ese instante.

Me enjuago con tal rapidez que me sorprende. Lavo mi pelo con champú y acondicionador con esencia de vainilla, algo que me encanta oler sinceramente. Es lo único que le exijo a mi madre. Que todo con lo que me limpie el pelo tiene que tener esencia a vainilla.

Una vez limpia y tiritando, me envuelvo el cuerpo en una toalla antes de salir del baño y sumirme en el frío de mi habitación. Me coloco, ahora sí, las lentes antes de caminar hacia mi armario con las piernas temblorosas. Me pongo otro pijama, esta vez de unos koalas tan lindos, y luego me cubro con un abrigo de tela fina para que mi madre no me rete por cubrirme cuando tengo fiebre.

El pensamiento de volver a la cama me ronda la cabeza, pero las ganas de tomarme un té son muy fuertes y, como no puedo gritarle a nadie con la poca voz que tengo, me decido por bajar a buscarlo por mí misma.

Mi padre se encuentra sentado en la mesa leyendo el periódico, tal y como hace todos los días. Levanta la cabeza cuando sin querer me choco con uno de los banquitos que hay junto a la mesada de mármol, las cuales están allí para Mía, a quien le encanta cocinar con mi madre y lo necesita para alcanzar la mesada.

Hago una mueca de dolor cuando siento un pinchazo en el dedo gordo de mi pie derecho y mi padre se ríe cuando me ve. ¿De qué se ríe? Me estoy muriendo del dolor y él se burla de mi sufrimiento. Qué buen papá tengo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta él, limpiándose una lágrima.

—Sí... —susurro con voz ronca en modo de respuesta. Le pongo mala cara cuando vuelve a reír y luego me dirijo a hacerme un rico y calentito té.

—No te pregunto sobre tus dedos del pie, sino por cómo te sientes por el resfriado. ¿Estás mejor con la ducha que te diste?

—Sí, eso creo. ¿Cómo supiste que me di una ducha? —le pregunto. Nunca le dije que la iba a tomar y no creo que el ruido del agua del baño del segundo piso se escuche hasta aquí. Excepto que él haya pasado por el pasillo frente al baño.

—Tienes el pelo mojado, Mackenzie —dice como si yo fuese una tonta mientras se carcajea incluso más que antes. Gruño como puedo y siento el momento en que un picor se forma en mi garganta, por lo que dejo de gruñir en el instante. Té, té... necesito té.

Coloco el agua a calentar mientras voy arrastrando mis pies al baño más cercano para agarrar una toalla y así poder secarme el pelo con

ella lo mejor posible. Odio secármelo con la secadora porque se me esponja y es horrible cuando eso pasa, por lo que siempre decido mantener mi pelo envuelto en una toalla hasta sentir que ya no escurre agua. Luego lo pongo en un moño improvisado antes de volver a la cocina. Mi padre se encuentra sacando dos tazas del mueble sobre su cabeza y buscando en una lata los sobres de té.

—¿No vas a trabajar hoy? —pregunto sentándome junto al asiento en el que mi padre había estado antes de levantarse, en donde el periódico se encuentra doblado.

—No. Me dieron el día libre de hoy y mañana para terminar de acomodarme y para hacer las compras de Navidad. Cuanto antes las hagamos, mejor será. Ya sabes que a última hora nunca se consigue nada.

—Genial, te felicito... —No termino de decirlo, porque de repente la tos me ataca y me tapo la boca para no contaminar todo el ambiente.

—Ei, toma. —Me tiende una de las dos tazas de té y luego se sienta a mi lado, poniéndose otra vez a leer el diario—. Cuando venga tu madre le diré que te dé alguna pastilla, si quieres.

—Sí, por favor.

—Y también que haga la sopa de pollo que tanto te gusta —susurra como mi cómplice, guiñándome un ojo. Asiento rápidamente, tan feliz como puedo estar. La sopa de pollo es mi debilidad. Para muchas personas puede que sea el helado, las hamburguesas o las papas fritas, pero no la sopa de pollo. Creo que está bastante claro que no soy igual a los demás, así que no tengo problema con ello. Siempre que me quieren sobornar con algo mencionan la sopa de pollo. Mis padres cada vez que me piden cuidar a mi hermanita cuando tenía ya planes de salir al cine sola lo hacen con esa sopa tan exquisita.

Siempre caigo.

—¿Por qué no vas a acostarte? Tienes que descansar. Cuando tu madre venga le diré que haga la sopa y yo te la llevaré. ¿Necesitas algo más que un té? —dice él, pasando página en el diario. Me remuevo en el asiento, no quiero dejar solo a mi padre, aunque esa es la excusa para no volver a tirarme aburrída en la cama, en donde mi única diversión es la vista del techo.

—Sí, en un ratito voy. Es que me aburro mucho —me quejo. No sé cómo mi voz sigue sonando y cómo mi padre sigue escuchándome. Apenas digo todo en susurros.

—¿Y qué diversión buscas encontrar estando con tu anciano padre?

—No lo sé... háblame de algo. —Me encojo de hombros y doy un sorbo a mi calentito té. Delicioso.

—Bien... el Sr. O'Melley es mucho más intimidante en persona de lo que te hace creer el nombre. Pero una vez entablas una conversación con él, te entretienes mucho. Es serio, muy serio, pero es simpático también. Es responsable y tiene una adorable hija de ocho años.

—Qué lindo, pero... ¿Hablamos de otra cosa? Hablar de trabajo me deprime.

—Claro, ¿de qué quieres hablar entonces? —Hace un ademán con la mano, dándome a saber que puedo decirle todo lo que quiera, y se acomoda mejor en la silla para estar de frente a mí.

—Mmm... ¿puedes contarme algo sobre Jason, el doctor? —pregunto con un poco de vergüenza. La verdad es que la curiosidad que tengo desde que vi a mi madre y a él abrazándose en el hospital es muy grande.

—A él siempre le gustó Tessa. Y cuando digo siempre es siempre. Desde que la vio intentó conquistarla, por más que supiera que ella estaba casada conmigo.

—¿Desde cuándo se conocen ellos dos?

—Dos años después de que nos casáramos. Ella fue trasladada del hospital en el que estaba a este en el que Jason estaba. Ella era su enfermera ayudante, por lo que se conocen muy bien, y saben cómo trabaja el otro.

—¿Tuviste dudas sobre mamá alguna vez? —le pregunto en un ataque de valentía. Él frunce el ceño.

—Muchas veces pensé que ella me estaba engañando, pero todo eso se me iba de la cabeza cuando la veía llegar cansada y con ojeras enormes a casa. Ella casi no dormía y... ella no hace eso. Está en contra del engaño. Sabes cómo es tu madre, ella detecta las mentiras porque está en contra de ellas. —Asiento, estando de acuerdo con él—. Y, bueno... luego de años, ella decidió dejar su trabajo de enfermera para dedicarse a la cocina, algo que siempre le gustó, y... —Se detiene y me mira con esos ojos tan característicos de la familia, con algo de miedo en ellos—. ¿Sabes que el sueño de tu madre es abrir un restaurante?

—Sí, ella siempre quiso eso. Dice que se dedicará a ello cuando las ventas de sus pasteles sean mucho mejores. —Mi madre comenzó con una venta de pasteles caseros a domicilio. Ella los hace aquí, tal y como los clientes le piden. La llaman, ella apunta todos los datos que le dan para la torta y luego se encarga de todo lo demás. Y no solo hace

pasteles, sino que prepara comidas en gran cantidad para cenas familiares, tal como lo hacen para las fiestas en donde se contratan a mozos. Nadie se queja cuando prueban su comida. Es más, siempre vuelven a llamar para que trabaje para ellos de nuevo en sus pedidos. Estoy orgullosa—. ¿Por qué lo preguntas?

Se inclina hacia mí, como si me fuera a decir un mega secreto. Volteo un poco la cabeza para escucharlo mejor.

—Pienso regalarle el lugar en el que puede comenzar a hacer el restaurante. —Mis ojos se abren cuando dice aquello a más no poder. Creo que mi padre se volvió loco de remate, pero admito que es muy tierno y romántico hacer eso.

—¿Qué? ¿Cómo pretendes hacerlo, papá? Tienes que pagar cosas pendientes de la otra casa... —susurro, atónita, y me alejo para mirarlo a la cara, queriendo ver si me miente o no. No, no lo hace.

Llevo la taza a mis labios y doy un buen trago. El té caliente quema mi garganta, algo que me alegro de sentir, ya que me hace dar cuenta de que lo que me dice no es un sueño. Mamá se pondrá como loca de felicidad cuando se entere de esto. Obviamente cuando mi padre se lo diga, porque no diré nada. Mi boca se quedará completamente cerrada con este tema.

—Eso no es problema, estoy pagando todo lo que tengo pendiente. Estuve ahorrando desde que ella me dijo su sueño hace varios años. Nunca le dije nada, porque quería primero tener la certeza de que el dinero ahorrado alcanzaría y, cuando lo consulté en mi cuenta bancaria, me di cuenta de que sí alcanzaba. Pretendo ir a ver los lugares que se venden esta semana, ¿quieres venir? —Su estado de ánimo se volvió muy alegre y feliz, solo porque esto haría feliz a mi madre.

—¿No era que tenías que trabajar a partir de pasado mañana? Tendremos que irlos a ver rápido y cuanto antes. Y no sé si voy a estar enferma o no para acompañarte.

—Podemos ir el fin de semana —propone aún con entusiasmo y una sonrisa.

—Está bien, acepto.

—¡Genial! —exclama en un grito victorioso, levantando el pecho con orgullo. No sé por qué con orgullo, pero lo hace. Creo que es la mejor Navidad que mi madre tendrá.

—Bueno... me iré a la cama de nuevo —finalizo luego de unos minutos en los que mi padre me contó sobre todos los detalles que quiere hacer para cuando le diga la noticia a Tessa.



—Que te mejores, cariño —susurra con alegría mientras vuelve su atención al periódico que hace unos minutos quedó descartado. Termino mi humeante taza de té y la llevo al fregadero, dejándola allí para que mi padre la lave luego de terminar la suya.

Camino con pesadez a mi habitación, pasando junto por la puerta entreabierta de mi hermano y escuchando sus ronquidos. Intento no reírme cuando lo escucho hablar en sus sueños sobre un bikini rosa, pero me tapo la boca para no despertarlo con mi risa de foca resfriada.

Me tiro sobre mi cama boca abajo, pensando en dormir un poco más antes de que mi madre venga. Solo estuve un rato con mi padre, algo que no evita que el agotamiento llegara a mi cuerpo con solo tocar el colchón. Es más, me siento sin fuerzas para volver a levantarme. Este cambio de emociones de tristeza por no poder hacer nada estando en este estado enfermizo y luego alegría al saber esto del restaurante para mamá es muy pesado y agotador. La cabeza me palpita cada vez más con cada segundo, tanto que rezo que mi madre venga y me dé alguna pastilla para el dolor.

Maldito resfrío.

Gateo hasta acomodarme bien en la cama, pero no cambio mi posición, me coloco boca abajo y apoyo la cabeza sobre la almohada. No me tapo, me duele moverme, así que no lo hago. Mis ojos pesan y pudo decir que están hinchados. Los mocos comienzan a salir de mi nariz, pero los retengo hasta poder tener algo con que sonármelos. Arrastro con lentitud la mano a mi mesita de noche y agarro uno de los muchos Klennex para sonarme la nariz.

Los suministros que tengo de ellos en mi cuarto no se pueden comparar con nadie ni con nada. Tengo pilas de cajas de Klennex para todos los resfriados. Siempre estoy bien armada.

Me quedo en la misma posición durante lo que parecen horas, pero solo son unos tediosos minutos en los que no puedo dormir. Me limito a ver la ventana durante ese rato hasta que escucho que la puerta principal de casa se abre.

Mi madre llegó.

Y con ella, Ayden.

Miro el reloj y veo que son más de las once. ¿Pero qué... cómo llegan tan tarde si solo tuvo que ir a buscarlo al hospital? No creo que el trayecto dure más de cuarenta minutos de ida y vuelta. ¿Por qué tardó tanto si ella lo fue a buscar antes de las diez?

Decido dejar de pensar en eso, me da igual. Debe haber tránsito o algo parecido.

Creo que mi papá y yo somos los únicos que sabemos que están aquí, ya que Mía y Kyle están profundamente dormidos y uno de ellos sueña con un bikini rosa.

Me tenso cuando pienso otra vez en todo lo ocurrido. ¿Cómo no me voy a preocupar por él al verlo todos los días que esté aquí con nosotros? Cada vez que lo mire volveré a revivir lo que le pasó y cómo me lo encontré.

Respiro hondo para calmarme, y a los minutos escucho algunos pasos que resuenan en las escaleras. No me giro para escuchar con más atención ni me remuevo de mi lugar. Me quedo estática y tensa. ¿Cómo se comportará él cuando me vea?

Mierda, mi cabeza casi explota por el dolor con aquel pensamiento. Me obligo a dejar mi mente en blanco por más difícil que sea. No es bueno pensar en esto, mucho menos si no quiero llegar a confundirme el doble de lo que ya estoy.

Un rato después, escucho cómo la puerta de mi habitación se abre con lentitud. El sonido chirriante de esta resuena en todo el cuarto. Mi madre ríe al verme en la posición en la que estoy; casi muerta en vida, extendida boca abajo, con los brazos y piernas dispersas y temblando del frío por no querer taparme.

—¿Estás viva? —pregunta divertida. Suelto un quejido para darle a saber que es afirmativa la respuesta y ella vuelve a carcajear—. Levántate, así tomas la pastilla que te traje.

Hago lo que me pide con mucha lentitud y pereza. Me siento en la cama con las piernas estiradas frente a mí y con los ojos a medio abrir. Mi postura encorvada debe verse cansada, tal y como me siento en estos momentos.

—Toma. —Me tiende la pequeña pastilla y un vaso con agua fría. No tardo mucho en tomarla, y le tiendo el vaso casi vacío—. En un rato estará la sopa, te la traeré aquí, ¿bien? Tengo que mostrarle la casa a Ayden.

—Pero está adolorido, ma. Déjalo descansar. Eso dijo el doctor Jason. Tiene que alimentarse y descansar —le recuerdo. Ella se encoje de hombros.

—Sí, pero un pequeño recorrido a la casa no le hará mal, Mackenzie. No se levantará hasta que él quiera luego de eso.

—Bien. Pero quiero doble ración de sopa para no decírselo al doctor Jason.

—¿Me amenazas? Qué hija tan dulce tengo —dice con un toque de sarcasmo y rueda los ojos—. Ayden caminó del hospital hasta el auto y del auto hasta la habitación de invitados, solo es un pequeño recorrido lo que le falta y listo. —Hace una pausa—. Y sí, te traeré doble ración de sopa, tranquila. Solo no le digas a nadie, ¿bien? —Se lleva el dedo índice a la boca y me hace callar. Sonrío.

—Gracias —susurro, dejando caer mi espalda contra el cómodo colchón, cerrando los ojos en el proceso. Mi madre me da un beso en la frente y me acaricia la mejilla antes de irse, cerrando la puerta detrás de sí.

Me quedo dormida durante pocos y cortos minutos, despertando a cada ratito gracias al golpeteo repentino de la lluvia contra mi ventana abierta. Me remuevo un poco de mi posición y me tapo con algunas sábanas. Estoy tapándome con una pila de sábanas por el frío que siento. Espero que mi madre cuando me vea no se vuelva loca por eso ni por quedarme dormida con los anteojos puestos.

Unos pasos se escuchan cerca de mi cuarto hasta que se detienen en la puerta. El sonido del picaporte al girar suena y luego la puerta se abre, dejándome ver a mi madre entrar y detrás de ella... a Ayden.

Al verlo, la conciencia me hace darme cuenta de algo. Mi aspecto demacrado y horrible. Instantáneamente, con ese pensamiento agarro el borde de una sábana y me cubro la cara con ella para que no me vean. Debo de estar horrible y, por más que nunca me importara mi aspecto, en esta ocasión, por alguna razón, lo hace. Él estará en mi casa durante un tiempo indefinido y... yo no puedo andar como una vagabunda para que un chico lindo me vea en esas pintas. Qué vergüenza.

—Mackenzie... —dice ella, y siento cómo se aproxima a mí e intenta sacarme la sábana de la cara. Me quejo y doy resistencia para que no lo haga—. Quitate eso, te pondrás peor.

—No —respondo.

—Vamos, Mackenzie. No quiero que te tapes tanto, tendrás más fiebre.

—Solo déjame alguna sábana, ma —le pido casi suplicando y comenzando inevitablemente a temblar y titiritar. No solo para que Ayden no me vea así, sino para taparme del frío que entra de la maldita ventana abierta, por la cual de seguro también entran algunas gotas de lluvia.

—Bien, te dejaré una sola puesta —concluye para mi suerte. Siento como me saca peso de encima y luego se aleja de mí. Bajo la única sábana que me cubre solo para dejar al descubierto mis ojos. Veo cómo mi madre se aproxima de nuevo a la puerta y toma la perilla. Me mira—. Ayden me pidió verte. —Luego de eso, sale del cuarto, cerrando la puerta detrás de sí y dejándonos completamente solos. No lo miro, evito mirarlo porque sé, con certeza, que me ruborizaré ante su penetrante mirada, la cual siento durante desde antes de pelear con mi mare por la sábana. Por lo tanto, dejo que mis ojos recorran el techo, viendo cada detalle e imperfección.

—No es necesario ignorarme, ángel —dice él con su voz tan cautivadora y atrayente, ronca y *sexy*. Tiene un leve acento inglés, pero parece muy perdido.

—Lo siento. —Avergonzada, me obligo a mirarlo. Aún tengo la sábana tapando mi boca, por lo que cuando hablo la sábana se calienta con mi aliento. Algo que me reconforta mucho. Se acerca a mi cama y lleva sus manos a mi sábana, la cual la tengo prisionera contra mis dedos, y me destapa el rostro para dejarla caer en mi cuello. Me ruborizo y tiemblo por el frío, pero al parecer no lo nota. En sus ojos, un brillo se encuentra extendido por todos ellos. Es hermoso. Hace que sean de un color avellana mucho más claro. Cautivantes e hipnotizantes.

—¿Esta es la consecuencia por salvarme la vida? —pregunta, recorriendo con la mirada cada facción de mi rostro demacrado y acariciando mi mejilla con su pulgar. No sé por qué hace esto, y mucho menos por qué yo me lo dejo hacer, pero ahora no le doy importancia. Bloqueo todo pensamiento y me dejo llevar por sus caricias.

—¿Qué?

—Que si es por mi culpa que estás en la cama. Fue por mi culpa, ¿no es cierto?

—¿Por qué lo preguntas? —Confundida, intento mantener mi mente en la conversación que estamos empezando a tener. No sé de lo que habla, no lo entiendo. Yo ya estaba enferma, por lo que no es culpa de él.

—Recuerdo un poco de lo ocurrido ayer. Solo... estaba lloviendo y tuviste que salir por mí a la lluvia y el frío. —Baja la mirada mientras hace una mueca con sus labios.

—No es tu culpa, Ayden. Yo estaba enferma antes de que aparecieras.

—¿Estás segura de que no me lo dices para que me sienta mejor, ángel? —Su mirada triste y suplicante hace que mi respuesta sea instantánea y casi en un grito, un grito muy extraño por la poca voz que tengo.

—¡No! En serio, si no pregúntale a cualquiera de mi familia. Me enfermo muy fácilmente y mucho más con estos días como los que tuvimos en esta extraña semana. —Su postura se relaja y es allí cuando me doy cuenta de que verdaderamente él piensa que fue por su culpa que yo estuviera así. Y que se preocupa de todas maneras—. ¿Cómo te sientes? —Se encuentra medio encorvado, como si el dolor lo obligase a ponerse así para aliviarlo un poco y así no sufrir tanto. Lleva puesta una camiseta negra de manga larga, pegada a su cuerpo, y unos pantalones de gimnasia comunes. En su mano estrecha contra sus dedos una chaqueta de cuero. Se ve espectacular. Un poco pálido, pero aun así muy bien. No sé qué hicieron los médicos, porque perdió mucha sangre, pero al parecer no tanta como para necesitar donaciones. No sé de dónde sacó la ropa, pero estoy muy segura de que es de mi hermano o de mi padre. La remera le queda un poco apretada, ya que es más grande que mi padre y mi hermano de cuerpo y textura, así que tampoco puedo adivinarlo.

—Un poco dolorido y con mucho sueño, pero...

—Le dije a mi madre que no te diera ese recorrido por la casa... —fanfarroneo rodando los ojos—. Pero no entiende que necesitas descansar, como dijo el médico.

—Está bien, con o sin recorrido, sigo sintiéndome igual. —Se encoge de hombros y luego hace una mueca por aquel acto. Abro los ojos a más no poder por ser tan tonta y no notar que necesita estar sentado. Se ve débil mientras suspira.

Con un poco de fuerza de voluntad, me incorporo en la cama y me corro hacia un lado para dejarle espacio para que se siente o se acueste. Ayden me mira sin entender, por lo que palmeo el colchón junto a mí y sonrío levemente cerrando un poco los ojos en el proceso por lo pesados que están. Él lo hace sin decir una palabra y se recuesta junto a mí boca arriba. Lleva sus brazos a la cabeza y los coloca bajo su nuca.

—Tu cuarto es lindo —comenta. Me volteo a verlo y me lo encuentro mirando hacia el techo. Creo que para los dos el techo es muy impresionante, ya que lo vemos tanto. Pero ahora solo me limito a ver su perfil, fino, con un poco de barba creciendo. Tengo que admitir que es hermoso, con o sin algunas de las cicatrices que riegan su cara.

—Gracias.

—Pensé que sería rosa, la verdad me impresionaste. Llegaste a ser la chica que no creía que fueras. —Frunzo el ceño—. Primero pensé que eras sumamente tímida, que tartamudeabas y te sonrojabas por todo,

aunque eso último lo haces, lo cual es muy tierno, pero por lo que logro ver no eres tan así.

—¿Quién lo dice? Puede ser que con este resfriado sea otra persona.

—Lo veo sonreír.

—Mmm... tendré que esperar a verlo. Así que... ¿amas la sopa de pollo? Eso sí que es raro. —Lo miro horrorizada, tanto que puedo decir que casi se me salen los ojos.

—¿Qué? ¡Por Dios, es lo mejor que hay en el mundo aparte de los libros! —exclamo con una voz extraña.

—Oh, no. Mi madre me lo hacía con frecuencia. Nunca me gustó. Es más, odio la sopa de pollo —asegura, ahora sí, mirándome. Entorno los ojos, intentando fulminarlo con la mirada, pero mis ojos, al estar hinchados y al entornarlos, casi hace que se me cierren por completo los párpados.

—Eso porque no probaste la de mi madre... —Y de repente, antes de poder seguir diciendo algo, toso. Una fuerte y estruendosa tos sale de lo profundo de mi garganta. Una y otra vez hasta que por fin puedo respirar. Para mi suerte, logro voltear la cabeza al lado contrario de Ayden a tiempo antes de que todo escapara de mí. Qué vergüenza.

—Bueno... ¿y qué era lo que decías? —dice divertido mientras una leve sonrisa se curva en sus labios. Rápidamente, antes de ponerme a pensar en ellos y en lo suaves que deben ser, aparto la mirada y vuelvo a respirar profundamente.

—Que haré que pruebes la sopa de Tessa. Estoy muy segura de que hará que cambies de opinión sobre las sopas de pollo.

—No comeré ninguna sopa, sea de quien sea. No lo haré. Me traen vergonzosos recuerdos. Unos horribles. Por lo que no, no probaré un bocado.

—Entonces te obligaré. —Sonrío y él rueda los ojos.

—Si tú lo dices... —susurra sonriendo aún.

Es tan extraño hablar tan confortablemente con alguien, más si es del sexo masculino. Y con uno que está muy bueno, cabe destacarlo. Nunca pensé que pasaría de dos palabras antes de dejar de hablar por la vergüenza o el miedo de llegar a hacer o arruinar todo. Pero esta vez no hay ni miedo ni pensamientos sobre lo que hago. Solo disfruto de mi primera vez hablando con alguien amablemente. Bueno, una de las cosas que hace que no cause problemas es el estar en mi cama casi sin moverme. No puedo moverme con él a mi lado. De igual manera, no quiero hacerlo. El calor que desprende, por más que está

completamente fría la habitación, me rodea como una capa protectora. Es inevitable que mi mente no se imagine escenas de mí misma recostada en su pecho mientras sus manos me rodean. Por Dios, es muy difícil no tener ese sueño cuando estoy con él a muy pocos centímetros. Y es verdad, no nos separan más de unos cuantos centímetros de distancia. Aun así, lo siento muy cerca, lo que me alegra un montón. Sin embargo, quiero estarlo mucho más, estar pegada a él.

—¿Sabes? Tu cama es muy cómoda —dice, sacándome de mi trance y embelesamiento. Parpadeo un par de veces para sacar todo de mi cabeza y concentrarme en lo que dijo.

—Gracias.

—Pienso pedirle a tu madre que me cambie de habitación a la tuya.

—¿Qué? —Abro bien grandes los ojos, no pudiéndome creer lo que dice. ¿Pretende dormir aquí conmigo? Oh, Dios, creo que hiperventilo.

—Quiero mudarme a esta habitación. Es linda, cálida y, por lo que veo, muy cómoda. Si se lo pidiera a tu madre, de seguro me la daría, y a ti te pasaría a la de invitados.

Pues no, no pretende dormir conmigo en mi cama. Mi ánimo sorprendido y, extrañamente, alegre, disminuye demasiado con eso que dijo, pero no se lo dejo ver.

—No lo creo. Eres nuestro huésped indefinidamente, por lo que te corresponde el cuarto de huéspedes, como bien dice el nombre. Aparte, estoy enferma, ni siquiera sé por qué te dejó pasar cuando puedo contagiarte.

—No me importaría enfermarme. ¿Serías mi enfermera *sexy*? —Su voz ronca y coqueta comienza a salir a flote en tan solo un segundo. ¿Enfermera *sexy*? Apenas puedo llamarme enfermera, sacándole el *sexy* de atrás.

Justo en ese momento, para mi suerte, mi madre entra por la puerta, evitando así que alguna palabra salga de mi boca por más que no supiera qué decir. Ayden tiene una sonrisa de suficiencia en sus labios y aún sigue mirándome divertido.

—Ayden, creo que ya es hora de irte a descansar, por más que te la estés pasando bien aquí —dice mi madre acercándose a mí, con una olla en las manos y unos trapos en los brazos. Veo cómo Ayden asiente y hace el intento de pararse con rapidez, pero, al no poder, lo hace con lentitud, por el dolor que le causa el movimiento.

—Está bien, nos vemos, ángel. —Se inclina hacia mí y deja un beso lento en mi mejilla. Me sorprendo ante su acto y me ruborizo

fuertemente mientras un ardor se expande por toda mi mejilla y todo mi rostro, calentándolo por completo. Madre mía... ¿Por qué mi corazón comienza a latir con fuerza con su toque?

Me sonrío antes de irse de mi cuarto, y yo miro a mi madre avergonzada y aún roja, por el resfriado y por ese beso tan cálido. Ella no dice nada, pero puedo notar cómo hace el intento de no reírse de la situación, algo que es extraño en ella, ya que no lo miró como si lo quisiese asesinar solo por darme un mísero beso en la mejilla. Se sienta junto a mí en la cama, en el mismo lugar en el que Ayden estuvo, y deja la olla llena de agua fría con cubitos de hielo en la mesita de noche. Comienza a ponerme paños fríos y mojados en la frente para que la fiebre disminuya mientras me dice que en unos minutos papá me traerá la sopa.

Dejo que me cuide, que me baje la fiebre como ella quiera, y le digo que me despierte cuando papá ya me traiga mi comida exquisita mientras cierro los ojos y me sumerjo en un sueño sorprendentemente cálido, en donde unos ojos avellana me miran como siempre.



# CAPÍTULO

## 4

Me despierto una hora y media después, aproximadamente. Hora que más o menos calculo al mirar el reloj. La sábana con la que me estoy tapando se encuentra mojada con mi sudor y enredada entre mis piernas. El calor que siento mientras aparto las asquerosas sábanas de mí es insoportable. Me siento sucia, por más que me haya bañado hace poco, y con mucho olor a transpiración. Estoy más que segura de que mi cuerpo arde por la fiebre, que espero que se vaya dentro de poco, para así poder estar finalmente tranquila y normal. Justo en el momento en el que estoy acomodándome torpe y lentamente en la cama, sintiendo como todos mis músculos se quejan y sienten pesadez, mi padre entra llevando en sus manos un tazón con algo humeante que tiene un olor espectacular, y una cuchara dentro, mientras que en la mano contraria lleva un vaso de agua fría.

Mis ojos medio abiertos lo examinan de pies a cabeza. Lleva puesta la misma ropa que hoy tenía cuando lo encontré en la cocina. Una vestimenta sencilla, de entre casa, muy cómoda al parecer. Obviamente no le faltan las pantuflas de abuelo que siempre usa. Es su manía. Ni bien llega del trabajo y se cambia de ropa para una más cómoda, sea la hora que sea, se coloca las mismas pantuflas descastadas que hace años mi madre le regaló.

Me sonrío, una sonrisa muy paternal y tierna, mientras se acerca a mi lado, tomando un poco de distancia para no contagiarse. Ignoro el hecho de que no tomo distancia cuando nos encontramos en la cocina, y agarro como puedo el tazón de sopa que me tiende con la cuchara dentro. El olor delicioso del pollo se adentra en mis fosas nasales e inhalo, absorbiéndolo y sintiéndolo calentar mi nariz. Se ve y huele rico, como siempre.

—No te quise traer antes la sopa porque tu madre me dijo que estabas durmiendo —dice—, y porque no te quería despertar solo por una sopa. Sería absurdo. Aparte, no dormiste casi nada anoche, por lo que sé.

—Gracias, pero de igual manera, si me hubieses despertado antes para tomar la sopa, con gusto la hubiese recibido. —Sonríe.

—Eso lo sé, pequeña, pero no te quisimos despertar. Tu madre...

—¿Me sacó una foto de nuevo, no es así? —Mi madre tiene ese vicio extraño de sacarnos foto mientras dormimos, estando o no enfermos, demacrados o de cualquier otra manera. Ella saca una foto si le parece que la escena frente a ella es linda. ¿Cómo la imagen de una chica de diecisiete años enferma va a ser linda? Mi madre está loca.

—Así es —responde y yo volteo los ojos.

—Ya me estaba preguntando por qué todavía no lo hacía. Es muy vergonzoso cuando hace eso.

—Tranquila, evitaré que Tessa le muestre ese álbum a Ayden —bromea, pero para mí no fue ninguna broma, sino que me preocupan tanto sus palabras que llego a levantar la cabeza a la velocidad de la luz.

—¿Qué?

—Estoy seguro de que ella se lo quiere mostrar a todo el mundo. Su arte con la cámara, quiero decir. —Rueda los ojos—. Intentaré impedir que se lo muestre al chico.

Deja el vaso de agua en la mesita de noche y luego me guiña un ojo antes de irse. Mi padre es todo lo que mi madre no es. Mi madre es celosa y odia que hagamos algo (sea con un chico o una chica) sin decirselo. No importa si es ir a tomar un helado o tomar aire en el patio delantero. La verdad no entiendo por qué, si es tan celosa, deja que un chico como Ayden sea nuestro huésped cuando es un completo desconocido.

Creo que como nunca le presento nadie nuevo a mi madre, ella dejó de pensar que yo pueda estar con alguien. O que estaría en una relación de amigos o novios con otra persona. Sinceramente, creo que es por eso que no le importa lo más mínimo que Ayden estuviese aquí hablando conmigo. Al contrario, Connor intenta llevarme por el camino de las relaciones con los chicos, o las citas, como quieran decirle. Es extraño ver en casi todas las novelas de televisión o en los libros que el padre siempre es el protector celoso y que la madre es la casamentera de chicos para su hija. En mi caso, es al revés. Todo siempre es al revés. Él piensa que, al incitarme para acompañarlo al supermercado a comprar comida, podría toparme con alguien lindo y por fin tener un amigo o un novio. Nunca lo logra, ya que siempre mi madre tiene una excusa para que yo no lo acompañe. Tessa sabe las jugadas de mi padre, siempre las supo, y siempre las va a echar a perder.

Lo más probable es que en algún momento en el que, por fin, tenga novio, mi madre me meta en un convento de monjas. Es... tan probable como que me llamo Mackenzie.

Me tomo la sopa a poco a poco, disfrutando de su sabor, y a cada rato intercalándolo con un sorbo de agua. Mis manos hacen el camino de arriba abajo para llevar a mi boca la cuchara muy lentamente gracias al cansancio. Con cada sorbo que le doy a la sopa mis pensamientos van, sin poder evitarlo, a Ayden y a lo que mi padre dijo. Es muy obvio que mi padre me quiere juntar con él, pero espero que no lo sea tanto cuando haga una de sus jugadas. Él intentará, por tan difícil que sea, evitar que mi madre se dé cuenta de sus intenciones.

Por más que mi padre haga mucho por unirme a Ayden, dudo que logre hacerlo. Ayden no parece ser el chico que cualquier chica puede tener, al que le da igual si la chica es linda o no, si es simpática o no. Por su actitud y arrogancia, por lo poco que lo conozco —siquiera puedo decir que lo conozco—, ya me doy cuenta de que su estilo es muy... específico. No creo que él sepa qué es lo “natural”. Es más, creo que conoce más las palabras *silicona* y *operaciones* de lo normal. No veo mucho más que eso. Es un mujeriego con todas las letras. Y, ¿quién no querría estar con él? Sinceramente, creo que, si alguien niega que Ayden es un Dios griego, tendría que o estar ciego, o va por ese camino y ve borroso.

Recuerdo lo que me dijo. Eso de ser su enfermera *sexy*. Por Dios, ¿cuántas veces se lo tuvo que decir a las chicas para que estas cayeran a sus pies? Aunque creo que aquellas mujeres estarían en un mejor estado que el que yo estuve; demacrada, roja y enferma.

Me obligo a no pensar más en él, a no pensar en nada relacionado con el tema. Me deprimiré, ya que por más que no sea casamentera, mucho menos de esas chicas que desesperadamente buscan pareja, me duele pensar que no soy para él. Que no estoy a su altura.

Es deprimente pensar que no soy buena en ese aspecto, y en ningún otro, en que no soy de su preferencia. No soy rubia, no tengo casi nada de pecho, pero lo que sí tengo, y es lo que más odio de mí, son caderas. Por Dios, cada vez que doy un paso tras otro siento que voy a golpear a alguien con ellas y los mandaré a la luna. Son inmensas, y las odio. No son de mi madre, porque mi madre no tiene casi nada de eso, probablemente las haya heredado de mi abuela. He visto algunas fotos de ella, y puedo dar por sentado que seré tan caderona como mi abuela, y maldita sea, eso no me gusta.

Termino mi liviano almuerzo y me echo de nuevo en la cama, sintiendo cómo mi interior va calentándose gracias a la sopa. Mi cuerpo se relaja luego de un suspiro y siento cómo la cómoda cama alivia toda tensión. Me acurruco de un lado y veo que la puerta se abre, dejando ver a Mía entrar.

Hace un ademán de saludo mientras suelta un bostezo gracioso. Aprieta con más fuerza el oso de peluche que tiene en la mano contra su pecho y se aproxima a mí. Lleva todavía su pijama adorable de princesas y el pelo despeinado que cae por sus hombros en desordenadas ondas. Me sonrío y se acerca hasta quedarse sentada a los pies de la cama.

—¿Cómo estas, Mía? —le pregunto cuando noto el nerviosismo brotar por todos sus poros. Se mueve inquieta y hace algunas muecas con la boca inconscientemente, algo que casi nunca veo en mi hermanita. Pasa la mirada de su peluche a mi cara y viceversa. No responde durante unos momentos hasta que por fin se decide y encuentra mis ojos. Curiosidad es lo que brilla en ellos.

—Bien... —responde con un poco de duda, y respira hondo antes de seguir hablando—. ¿Ese chico y tú son novios?

Su pregunta me toma desprevenida, tanto que me quedo callada durante unos segundos, asimilando la respuesta que le daré. Mi hermanita se caracteriza por ser muy curiosa, pero siempre que tiene dudas sobre parejas, novios y todo eso, se las hace a mi padre porque nunca me vio con un chico. Y para su corta edad, muy corta en realidad, ella sabe que con mamá no tiene que revelar sus preguntas, mucho menos si son sobre chicos. Tessa tan solo la asustaría diciéndole cosas que no son ciertas y revelaría la verdad una vez Mía fuera mayor. O cuando Tessa considere que es mayor.

—No, Mía. Apenas lo conozco —contesto, calmada, mientras ajusto mis lentes en el puente de la nariz.

—Pero... ¿no lo serán? —Me quedo pensando en qué es lo que pretende, pero nada me viene a la cabeza. Ella podría solo preguntarlo por curiosidad, o por algo que desconozco.

—Mmm... no lo sé. No lo creo.

—¿Te gusta? —¿Qué es esto, un interrogatorio policial o qué?

—Es lindo... —susurro, ahora muerta de vergüenza mientras siento cómo mis mejillas van tornándose más rojizas de lo que estaban antes.

—¿Quieres ser su novia? —Sus ojos se abren con pura inocencia, pero en ellos veo un atisbo de esperanza. No sé qué tipo de esperanza es, porque no tengo idea de lo que pretende lograr con este interrogatorio.

—A todo esto, ¿a dónde quieres llegar, Mía? —Ahora es ella la que se ruboriza y baja la mirada con timidez.

—Es lindo... —murmura, enrojeciéndose aún más—. ¿Puedo quedármelo?

La miro horrorizada, como si me hubiera dicho que está embarazada —lo cual no veo posible con su edad—, con mis ojos abriéndose como platos. Ignoro el hecho de que tomó a Ayden como un objeto que se puede reclamar ni bien se ve, y comienzo a reír como una desquiciada, sin importarme que la garganta se queje.

—¿No es muy grande para ti? —pregunto.

—Solo un poco. —Levanta la mano y hace un gesto de pequeñez con sus deditos. Vuelvo a reír.

—Creo que no es solo un poco, sino que son muchos años de diferencia.

—¿Cómo lo sabes, cuántos años tiene? —Se está poniendo a la defensiva, como si yo estuviese diciéndole que nunca va a poder estar con Ayden. Aunque durante los años en adelante hasta, más o menos, los veinte años, dudo que ella consiga algo con Ayden. Más que nada lo digo por mi madre, quien va a impedirlo a toda costa.

—Bueno, no lo sé, pero estoy más que segura de que te lleva diez años como mínimo. Eso es mucho, Mía.

—Eso no importa —se queja.

—Sí que importa. Un mayor de edad no puede estar con un menor.

—Entonces, ¿cuándo seré mayor de edad? —pregunta un poco más calmada, con la confusión estampada en la cara.

—A los dieciocho, más o menos.

—Entonces tú tampoco puedes estar con él, no tienes dieciocho todavía. —Puedo notar cómo la burla burbujea en su voz, y yo volteo los ojos con un poco de molestia. Puede ser que ella sea una niña perfecta, pero cuando quiere puede ser un grano en el culo.

—Mía... —Su nombre sale en forma de quejido—. Entre ustedes dos hay muchísima diferencia de edades. Yo, por otro lado, debo tener dos o tres años menos, y no más de diez. ¿Entiendes? —Asiente con molestia y enfado, con sus bracitos cruzados en el pecho para dar énfasis a su enojo—. De igual manera puedes hablar con él y ser su amiga.

—Pero...

—Eso es todo lo que pueden ser, Mía. Puede ser que, en más de diez años, si él aún no está casado, puedas tener oportunidad. —Sé que estoy siendo una maldita perra al destruir los sueños de mi hermanita,

pero si los sentimientos crecen, ella se llevará una desilusión enorme cuando se entere de que él tiene pareja, si es que la tiene. Por ahora nadie sabe si él está de novio o no, pero tengo la sensación de que, con esa belleza masculina rebelde y misteriosa, sin mencionar su cuerpo bien esculpido y definido, conseguirá rápidamente a alguien dentro de poco.

—Está bien —dice un poco menos enojada y resignada.

—Mía, encontrarás a alguien lindo de tu edad, por más que crea que eres muy joven para tener novio. Ahora comenzarás de nuevo las clases y verás que habrá muchos chicos lindos que gustarán de ti. —Sus ojos brillan cuando le digo eso, y sé que se está imaginando millones de cosas que podrían pasarle en el nuevo colegio. Que su vida será tal y como la de las Barbies de las películas. Solo que esas Barbies en su imaginación deberán tener siete años, al igual que el protagonista masculino.

—Está bien. —Sonríe, dejando de lado, para mi suerte, el enojo. Se levanta de un salto de la cama, corre hacia la puerta y se va, no antes de saludarme con la mano. Me río sin poder evitarlo. Estas charlas sobre chicos no son mi fuerte, mi padre es mucho mejor en esto. Aunque creo que él le diría lo mismo, solo que de una manera más delicada.

\* \* \*

Me pasé los días así, yendo enferma de aquí para allá. Comiendo sopa, bebiendo agua y tomando pastillas. La fiebre iba disminuyendo. Me despertaba cada vez menos dolorida, con más ánimos y fuerzas. Me mantuve todo este tiempo en la cama, y si no estaba en ella era porque me estaba bañando. Esa era mi rutina. Apenas veía a mi familia y a nuestro huésped. Mi hermanita solo entraba para decirme que se hizo una amiga cuando fue al parque con mi madre; mi hermano solo entraba para matar el aburrimiento; mi padre solo para traerme comida y bebida cuando mi madre no estaba y hacerme por unas horas un poco de compañía. Mi madre estaba aquí bastante tiempo mientras intentaba buscar trabajo. Tuvo que dejar el anterior gracias a la mudanza, pero no le importó. Pienso decirle que le pregunte a Jason si puede ser enfermera en el hospital, aunque sé que ella no querrá eso. Hace años dejó de ser enfermera, y no quiere volver a hacerlo. No la culpo. Ver a personas morir constantemente, sabiendo que eran buenas personas y gente inocente, no es muy lindo.

No vi casi nada a Ayden. Creo que se mantuvo en su cama al igual que yo lo hice en la mía, recuperándose, recuperándome. Sigo teniendo la duda del porqué lo dejaron salir antes del hospital. Por lo que recuerdo, el doctor Jason dijo que, si yo no lo hubiera llevado a tiempo, Ayden habría muerto desangrado. Pero... ¿cómo al otro día de decir eso Ayden ya se pudo ir? Es ilógico. Tendrían que haber pedido una donación de sangre o algo por el estilo. Pero me fuero en no pensar en eso y agradecer que él no se haya muerto.

Es viernes y ya estoy completamente bien. Sin nada de dolor o síntomas de algún otro resfriado cercano. Me siento sana y por fin puedo respirar hondo sin largarme a toser luego. Nada me molesta, mi cuerpo está curado por completo y estoy feliz.

Es el día en el que decido por fin ir a comprar algunos de los regalos para Navidad, ya que mañana no podré porque iré con mi padre a ver todo lo del restaurante para mamá. Connor tuvo que ir a trabajar, ya que no pudo librarse más tiempo de eso, y mi madre se decidió por ir a comprar cosas para llenar la alacena. Ahora no somos cinco, somos seis gracias al nuevo invitado.

Para ser un huésped, se comporta como si fuese el rey de la casa cuando mis padres no están. Sinceramente, las pocas veces que lo veo parado es para buscar un poco de comida y logro ver cuán cómodo se siente. Se comporta como si no fuese un huésped, sino como uno más de la familia, algo que me parece muy loco, ya que si estuviera en su lugar estaría todo el día sin hablar casi nada y estaría comportándose tímidamente cuando me ofrecieran algo.

Me coloco unos pantalones hasta la rodilla, una remera de mi hermano que le robé hace años y que aún me queda gigantesca y mis Vans. Hoy hace calor, un calor sofocante como nunca había experimentado. Es un día perfecto para ir a la playa, pero prefiero sacarme de encima el deber de comprar los regalos de Navidad antes de disfrutar de la playa.

Hago con mi pelo, un poco húmedo gracias al baño que me di, una trenza común y corriente hacia el costado y me coloco los lentes. Mis hermanos decidieron hacer competencia de Play. Por más que mi hermanita tuviese siete años, es muy competitiva a la hora de jugar. Y puedo admitir que es bastante buena en el *Call of Duty*. Por lo que muchas veces Kyle y ella hacen torneos duraderos de varias horas para ver quién es el mejor de los dos.

Me frustran sus gritos, pero me alegra que se entretengan, ya que siempre están a mi alrededor cuando no saben qué hacer. Y me molestan mucho porque pueden ser muy insoportables con frecuencia.

Por lo que ahora, mientras camino por el pasillo del segundo piso hacia las escaleras, sus gritos se escuchan por toda la casa. Mi hermanita puede tener la boca muy sucia cuando se trata de juegos de manzanza. Todo lo aprendió de mi hermano, eso es muy seguro.

Justo cuando doy un paso en los escalones de la escalera para bajar me encuentro con Ayden subiendo. Nos chocamos y nos sonreímos levemente a la misma vez, solo que yo termino por ruborizarme, algo muy extraño porque nunca mis mejillas toman color. El calor inunda mi rostro mientras el nerviosismo me hace parpadear un poco cuando bajo la mirada hacia el suelo.

Sus penetrantes ojos recorren la longitud de mi cuerpo y lo siento pegado a cada parte de mí, analizándome por completo.

—Hola —saluda él.

—Hola.

—¿Qué estás haciendo? —Le da un rápido vistazo al pequeño bolsito que tengo cruzado por el pecho y luego sube la mirada hacia mi rostro con el ceño fruncido por la confusión y la intriga—. ¿Te vas?

—Sí. —Asiento y me aparto para que su gran cuerpo pase por mi lado, pero él no se mueve, sino que me sigue mirando.

—¿A dónde? —Su curiosidad me confunde.

—Voy a comprar todos los regalos para Navidad. Es el único día que puedo hacerlo.

—¿No prefieres ir a la playa? —Por un momento, siento su mirada recorrerme nuevamente de arriba abajo, pero descarto esa idea porque es imposible que lo haga más de una vez. La primera debería haberle bastado para asquearse. Si hubo una segunda, quizá fue para cerciorarse de que soy realmente uno.

—Sí, pero primero quiero ir a comprarlo todo.

—¿Puedo ir contigo? —consulta, subiendo solo un escalón para estar más cerca de mí. Su cuerpo ocupa gran parte de la escalera. Es mucho más grande de cerca. Pareciera que tuvo mucho tiempo entrenando por su gran musculatura.

—¿En serio quieres venir? No creo que sea muy divertido.

—Lo será más que estar encerrado aquí sin poder hacer nada. —Se ríe y señala hacia el salón—. Prefiero pasar las horas recorriendo y visitando lugares que estar sentado viendo jugar a tus hermanos.



—Mmm... no sé. Tienes que descansar. Se supone que no debes estar levantado...

—Tranquila, ya no me duele mucho el cuerpo. Y puedo caminar con normalidad ahora. Si me llego a marear o algo, te avisaré para que volvamos.

—Entonces no le digas a mi madre, ella se enojará mucho si se entera de que te llevé conmigo cuando hace unos pocos días estabas fatal. —Le advierto mirándolo con seriedad, algo que le hace sacar una sonrisa. Aproxima su mano hacia mi mejilla derecha y la acaricia con un dedo.

—Eres adorable cuando te pones seria. —Me sorprendo al sentir que deja un beso rápido en mi nariz antes de seguir subiendo las escaleras. Me ruborizo aún más y sonrío sin poder evitarlo. ¿Qué me está haciendo? Hace pocos días me besó en la mejilla, hoy en la nariz y... ¿luego en dónde será? En mi interior rezo porque algún día sea en los labios, pero otra parte de mí me dice que solo tendré besos inocentes y que ninguno será en los labios—. Me cambiaré y luego podremos irnos —informa antes de desaparecer de mi vista.

Con un suspiro, bajo todos los escalones que me faltan y busco dinero mientras lo espero, sin ánimos y con el corazón deprimido por la poca confianza que tengo de que algo pase entre Ayden y yo gracias a todas mis emociones revueltas.

Cuando él baja, yo estoy nerviosa. Nunca salí con un chico. Y no estoy hablando de salir como si fuera a una cita. Pues no. Sin embargo, ninguna de las dos cosas me pasó a mí. Jamás salí, en ningún aspecto, con un chico.

Su postura es relajada, confiada y arrogante, pero puedo notar que no se siente del todo bien como me dijo. Vislumbro cómo a veces, al dar algunos pasos, se encoje para que no le duela tanto, pero sé que intenta hacer como si no sintiera nada para que yo no me dé cuenta. Para su mala suerte, sí lo noto.

Decidimos caminar hasta el centro comercial y las tiendas. El día está espectacular como para ir en auto. De igual manera mi padre se lo llevó al trabajo, por lo que nuestra única forma de llegar es caminando o tomando un taxi, pero no puedo gastar de más porque no sé si me va a alcanzar para todo lo que debo comprar.

Si el auto de mi padre estuviese en casa y él no se lo hubiese llevado, no lo hubiera usado tampoco. Sé que el recuerdo de Ayden sangrando dentro de él me haría desconcentrar, entristecer y deprimir. Y no quiero eso. No puedo soportar ver la sangre de nuevo. Por más que lo haya

hecho cuando tuve que hacerlo, verla ahora es lo que menos quiero. Hice que mis padres limpiaran toda la sangre que había en la alfombra de entrada de nuestra casa porque tampoco la quería ver, mucho menos limpiar. Y espero que también mi padre haya limpiado el interior de su auto.

Mi madre me hizo un pequeño mapa en un papel, obviamente resumido, para llegar al centro comercial. Ella ya lo conoce porque tuvo que ir un par de veces para comprar algunas cosas mientras yo estaba enferma, por lo que ayer le pedí que me hiciera un mapa para así saber cómo llegar. Por suerte, puedo entender y descifrar su letra y dibujo.

Logramos encontrar a la perfección el centro comercial. Está atestado de personas yendo y viniendo. Ayden se mantiene cerca de mí, muy cerca de lo que ningún otro lo había estado. Y eso me pone nerviosa, muy nerviosa. No sé cómo actuar ni cómo comportarme con él.

Por su parte, Ayden se encuentra tranquilo, mirando el cielo, a las personas y todo lo que hacen estas. Calculador y atento. No sé por qué se comporta de esta manera tan extraña. ¿Quién está constantemente viendo cauteloso hacia los lados como si pudiera pasar algo malo en cualquier momento?

A pesar de eso, su postura es tranquila; con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y sus pasos largos pero lentos. Disfrutando en parte de todo lo que lo rodea. Quisiera ser así, despreocupada como él, pero no lo soy. Solo intento cuidarme de no hacer nada tonto por lo patosa que soy. No quiero hacer el ridículo aquí, mucho menos con Ayden a mi lado.

Logro llegar a comprar cosas para mi hermana y mi hermano en alrededor de una hora. El calor hace que todo el camino sea pesado, pero lo disfruto al máximo. Agradezco por fin alejarme un poco del frío invierno de Canadá. Pero lo extrañaré. El invierno en Miami es caluroso, todo lo contrario que en mi país natal, y sé que, si no viajo a un lugar en donde el invierno sea muy frío, no volveré a ver la nieve. Espero volver a verla algún día en algún viaje que pueda hacer, porque me gusta mucho la nieve.

Ayden se mantiene sin decir nada y me sigue a todos lados, pero no compra nada. Algo que no es muy extraño, ya que no tiene dinero. Él había llegado sin nada a mi casa aquella noche fatal. Veré qué puedo hacer para que consiga dinero. De igual manera, por más que él no pueda comprar regalos, estoy más que segura de que toda nuestra familia le dará algo. Yo me incluyo también en ese grupo.

A mi hermano le compré un juego para la Play Station 3, uno que él tanto quería y que no podía comprar porque no tenía dinero ahorrado. El dinero se lo gasta ni bien lo toca, por lo que nunca tiene. Y a mi hermanita pude comprarle una Barbie con muchos vestidos de color rosa, todos los tonos de rosa que se pueda imaginar. Ahora, mis padres son mucho más fáciles. Mientras seguimos caminando, veo varios vestidos preciosos, normales y simples, sin ser ostentosos. Perfectos para un día corriente, por lo que le compro uno color negro con algunas flores, ya que mi madre ama las flores. No tiene mucho escote ni es muy corto. Lo mejor de todo es que el lazo que tiene hace resaltar la cintura, una cintura que mi madre tiene muy definida.

Ayden se mantuvo ensimismado en sus pensamientos, diciéndome lo que piensa de cada cosa que veo y me gusta. Me es sincero con lo que toco, si le parece feo o muy grotesco. Me gusta eso. No quiero que me mienta.

Me ayuda a buscar un regalo perfecto para mi padre, pero no se nos ocurre nada, y todo lo que vemos no nos termina de convencer. Él es divertido y tengo que admitir que un poco tímido de alguna manera. Sí, lo noto. Sé que quiere hacer parecer como si fuese la persona más confiada del planeta, pero yo, una persona que se encoje cuando está entre una multitud desconocida, reconozco cuando la gente intenta ser alguien que no es del todo. Como Ayden.

Pasamos por una tienda, de la que no me fijo en nada, pero Ayden al parecer sí. Él me llama la atención y me señala hacia la vidriera con un dedo. Un reloj negro que parece ser de una marca buena, de aquellas que valen bastante, se encuentra expuesto en el centro del escaparate. En comparación con el reloj, todos los otros objetos no captan mi atención. Es hermoso, e ignorando el hecho de que se excede un poco del dinero que tengo planeado gastar, entro a la tienda con Ayden pisándome los talones. Mi padre cambia de relojes como de ropa interior, por lo que este reloj le va a gustar. Más le vale que le guste, porque con el dinero que gasto en este regalo sería un desperdicio que no sea así.

Se lo compro sin importarme nada. Me gusta hacer feliz a mi padre, y pienso que este reloj lo hará, así no me importa gastar un poco más que lo previsto.

Ahora solo me faltaba el de Ayden. Y no sé cómo hacerlo con él a mi lado. Tampoco sé que comprarle. Me pongo mucho más nerviosa mientras salimos del local.

—Mmm... cuando lleguemos de nuevo a casa... ¿podrías cocinar? —pregunta él mirándome a los ojos. Asiento, medio confundida por lo que dijo. Mencionó *casa* como si fuera de él también e insinuó que no es nuestro huésped. No lo corrijo de igual manera porque admito que me encanta cómo suena eso en sus labios.

—Claro.

—Gracias. Es que con estos días viviendo en tu casa me di cuenta de que tu hermano no sirve para preparar comida, y como ni tu padre ni tu madre están, eres la única que queda. —Sonríe, y yo me derrieto internamente. Sus ojos se achinan un poco y unos hoyuelos aparecen en sus mejillas. Qué linda sonrisa, madre mía.

—Está bien, no tengo problema. Creo que también les tengo que cocinar algo a ellos. —Agarro bien las bolsas llenas de mis compras cuando una mujer pasa como un *flash* por mi lado y casi me hace caer de culo al suelo. Le frunzo el ceño a su espalda, pero ella ni se percata porque va tan apurada que no ve ni su propio camino. Esta vez no pueden decir soy yo la patosa, sino ella—. ¿Quieres, antes de irnos, tomar un helado? —Le pregunto por fin, tímidamente. Él me mira divertido.

—¿Un helado antes de almorzar? —Se ríe y se encoje de hombros, restándole importancia—. Claro.

Y allí es cuando se me viene una idea genial para apartarlo de mí durante unos minutos que me darán tiempo para comprarle algo.

—¿Por qué no vas yendo a buscar una mesa en la que sentarnos y así tomar el helado con tranquilidad? Compraremos el helado cuando yo vuelva, pero tienes que apartar una mesa porque a esta hora deben estar ocupadas. —Propongo intentando que él no me pille. Para mi suerte, él asiente lo más normal.

—Está bien, nos vemos luego. —Y se aleja con su típica postura de romper corazones.

Sin perder tiempo, corro hacia alguno de los locales que están más escondidos que otros, de esos a los que frecuentan en mayor magnitud los hombres y mujeres tatuados, o motociclistas, o patinadores. Hay vendedores de todo; *Skater*, de tintura para el cabello, cosas luminosas y con diseños de lo más complicado, tatuadores y de otras cosas que no logro distinguir.

Esta zona, por más que haya personas pululando, no está tan llena como otros lugares del centro comercial, así como los de joyas o vestuario fino y delicado.

No sé qué se me da para entrar en este lugar, pero hay algo en Ayden que me hace pensar en esto. En problemas, tatuajes, tintura, *piercings* y demás. Todas las personas a mi alrededor están vestidas de negro, con tatuajes o perforaciones. Me siento extraña entre este gentío, como si no encajara aquí. Pero me armo de valor y sigo. Las miradas que algunos me lanzan me dan temblores y escalofríos. Parece como si quisieran comerme. Algunos fruncen el ceño con molestia y otros me fulminan con la mirada como si fuera una intrusa en territorio desconocido. Creo que no puedo confiar en ellos, mucho menos en un hombre que está mirándome fijamente desde un costado de un local mientras fuma un cigarrillo. Acelero mis pasos, pero me detengo casi al final de un pasillo lleno de grafitis y dibujos en las paredes azules. El escaparate de la tienda muestra un maniquí vestido con una remera negra con algún logo extraño, un pantalón negro con un cinturón muy lindo y una campera de cuero abierta. El conjunto es espectacular, y de repente me estoy imaginando cómo se le vería a Ayden ese conjunto. Sonrío. Se ve hermoso en mi mente. Todo un malhechor *sexy* y arrogante, poderoso. Grrr.

Sin arrepentimientos, compro ese conjunto. Obviamente intentando acertar mentalmente la talla que debería usar Ayden. Creo que compré lo más grande que la dependiente tenía, o lo que yo creí que le quedaría perfecto.

Salgo con el manajo de bolsas, intentando guardar mi billetera en la cartera con mucha dificultad gracias a todas las malditas bolsas de regalo, pero en un momento ya no la tengo en la mano y ni siquiera había logrado guardarla en el pequeño bolso.

Me la robaron.

Levanto la cabeza para dejar salir un grito, pero no es necesario porque a lo lejos puedo distinguir la silueta de alguien robusto y esculpido que está pegándole a un hombre.

Entonces me doy cuenta de que es Ayden el que lo hace.

Está destrozando al chico que fumaba un cigarrillo y me miraba fijamente. Se encuentra golpeándolo con fuerza, sin ninguna señal de arrepentimiento ni preocupación visible en su rostro. Parece un monstruo feroz y temible. Su postura delata todo lo que siente mientras lo golpea una y otra vez con una fuerza tan inigualable que no sé de dónde la saca; tenso, enojado y molesto al extremo.

Al parecer tardé mucho en darme cuenta de que me habían robado, ya que el ladrón y Ayden están a varios metros lejos de mí.

Cuando me doy cuenta de que Ayden no piensa dejar de propinarle puñetazos al hombre corro hacia él y le tomo el brazo mientras tiro para que se aleje del desconocido.

—¡Ayden, ya déjalo, lo matarás! —grito, desesperada al ver cuánta sangre escurre la cara del hombre. Me asusto cuando Ayden no para y doy otro tirón a su brazo—. ¡Para ya!

En ese momento, cuando mi voz resuena en el pasillo mal iluminado, él se detiene de a poco y suelta de un tirón al extraño, el cual cae al suelo exhausto. La sangre que sale de su nariz y de la cortadura de ceja gigante que le causaron los golpes de Ayden resbala por toda su cara hasta caer y ensuciar el suelo.

Lo miro horrorizada. Su cara está medio deformada, con algunos rasguños e hinchazones. Siento cómo lentamente Ayden se da la vuelta hacia mí y se agacha para agarrar mi billetera. Me la da sin mirarme a los ojos y me toma de la mano antes de hacerme caminar con rapidez para salir de ese lugar.

Intento seguir su ritmo. Sus piernas largas parecen dar zancadas en comparación con las mías. Acelero el paso y lo alcanzo ni bien salimos del centro comercial. Ahora sí puedo respirar con tranquilidad.

Tomo una respiración profunda para luego darme la vuelta y ver directamente a los ojos a Ayden. Los suyos desprenden mucho menos enojo, pero hay algo nuevo allí: vergüenza.

—No digas nada, no quiero hablar de ello —dice con voz ronca y en un susurro bajo.

—Podrías haberlo matado —digo sin prestar atención a sus palabras. Recuerdo cómo le propinaba puñetazos con facilidad, como si lo hubiese hecho antes. Cuando me acerqué me pareció notar que él no se quejaba por los movimientos bruscos que daba a pesar de que está lastimado y siente dolor por las heridas de bala.

—Pero no lo hice, alégrate —gruñe mientras da varios pasos hacia la calle y se aleja de mí. Nunca lo había escuchado gruñir por el enojo, pero ahora sé cómo suena y se ve cuando lo hace. Me estremezco. Lo persigo con la intención de seguir hablando de lo que pasó.

—Se suponía que irías por la mesa.

—No te dejaría vagar sola por un centro comercial atestado, ángel. Menos mal que no lo hice.

—Sí, pero ahora sabes qué es lo que te compré —me quejo mientras me paro en medio de la acera con los brazos cruzados, dándole a saber cuán molesta estoy. Él se voltea y me mira con el ceño fruncido, confundido.

—¿De qué hablas? No vi nada. Estaba a una buena distancia lejos de ti, así que no vi ni... ¿compraste algo para mí? —Atónito, abre los ojos a más no poder, prácticamente sin poder creer lo que salió de mi boca.

Genial, lo arruiné.

—Mmm... —Dudo si decirle la verdad o no. Sin embargo, ya se lo dije recién—. Sí.

—No era necesario, ángel. Yo no te puedo comprar nada. —Se aproxima más a mí y comienza a acariciarme la mejilla con el pulgar, dejando atrás todo el enojo y la frustración. Sonríe levemente.

—Es obvio que te iba a comprar algo, Ayden. No podría comprarle algo para Navidad a todos menos a uno. Eso estaría mal por mi parte —digo casi en un susurro mientras me sumerjo en el calor que su mano desprende—. No es necesario comprarme nada.

—Sí lo es. Lo mínimo que podría hacer es regalarles algo a toda tu familia. Me dejaron quedarme en tu casa y tú me salvaste la vida, ángel.

—Bueno, entonces imagínate que es solo un favor y que luego me lo devolverás. Acepta el regalo en Navidad y algún otro día me lo podrás pagar con cualquier cosa —pido suavemente mientras él se acerca un poco más. Los nervios explotan en mi interior, y hago todo lo posible para que él no lo note.

—Mmm... eso me parece bien. —Su boca queda muy cerca de la mía. Puedo sentir cómo su aliento choca con el mío y mi corazón late con fuerza mientras pienso que me besaré. Pero no, se limita a subir sus labios a mi frente y besarme allí.

Directo al ego que no tengo.

Me reprocho a mí misma por pensar que algo así, que él me besara en los labios, pasaría. Aparte, apenas lo conozco como para que ya nos besemos. Bueno, prácticamente no lo conozco casi nada.

Pero me empeñaré en conocerlo a fondo, la esperanza de algún día gustarle de cualquier manera sigue intacta en lo más profundo de mi ser.

Prácticamente enterrada.







## CAPÍTULO 5

Concediendo mi pedido de tomar un helado, Ayden, con una mano sobre la mía, me lleva hacia la heladería, que con este calor está atestada.

Su mano es cálida y aprieta la mía como si nunca quisiera dejarla ir. Su cuerpo parece zumbiar con alegría. Desde que dejamos de lado la discusión por el hecho de que él me siguió y casi mató a un hombre, se encuentra mucho más alegre. La idea de tomar un helado le sentó muy bien. Nunca vi a alguien alegrarse tanto por escuchar que iremos a tomar un helado. Él casi brincó por la sobrecarga de alegría.

Me río internamente al recordar eso. Su rostro se desfiguró cuando una sonrisa inmensa apareció. Sus ojos se achinaron y los pequeños hoyuelos que antes vi en mi casa y en el hospital aparecieron en sus mejillas.

Ahora, mientras me aproximo a la mesa que él está reservando con su inmenso cuerpo, sonrío para mis adentros al reconocer que por primera vez estoy saliendo con un chico. No es una cita, eso es obvio, pero en mí todo está vivo al notar que él no me ve como una tonta, sino que le agrada mi compañía. Y si no fuera así... ¿Por qué estaría conmigo entonces?

Llevo en mis manos el pote de un kilo de helado. Ayden me sonrío mientras me siento frente a él en nuestra mesa apartada de todos los demás fuera del local. Por más que me guste estar con él en público, no me gustan aquellas miraditas femeninas que se quedan en el cuerpo de Ayden. Me hacen sentir incómoda y, una vez más, fuera de lugar. Como si no pudiera estar con un chico como él en ninguna parte.

Él toma con una cucharita de plástico un poco de helado de chocolate y se lo lleva a la boca. Lo degusta como si hubiera pasado mucho tiempo que no lo comiera. Me quedo inconscientemente embobada viendo el movimiento leve de sus labios y el recorrido que hace su lengua al pasarla por los labios. Son perfectos y parecen apetitosos, pero me fuerzo

a apartar la vista para no parecer una loca desesperada. Nunca alguien me había llamado tanto la atención como lo hace él. Jamás me había quedado viendo los labios de un chico mientras pienso que son realmente lindos. Mucho menos preguntarme si serán tan dulces como se ven.

Maldita sea... ¿Qué me está pasando?

—Ángel, ¿no comerás? —La voz de Ayden me saca de mis pensamientos. Sacudo la cabeza, quitando las imágenes de sus perfectos labios de la mente para centrarme en el aquí y el ahora.

—Uhm... sí —contesto, medio aturdida, mientras tomo con manos temblorosas la cuchara que tengo a mi lado en la mesa. Siento su mirada pegada a mi piel y eso me pone completamente nerviosa. Antes de poder llevarme la cuchara llena de helado de Banana Split, su voz llega hasta mis oídos.

—Cuando comience a trabajar, te invitaré un helado y lo pagaré todo. —Mis ojos se vuelven hacia los suyos y me sonrojo por lo serio que él habla y me mira.

—No es necesario...

—Sí lo es —me corta como si fuese una orden.

—¿Por qué es necesario? —pregunto temerosa, por fin llevándome la cuchara con el helado hacia la boca.

—Porque ya has hecho mucho por mí. Invitarte a tomar un helado es lo mínimo que puedo hacer. Odio que tengas que pagar tanto por mí, tu familia y tú.

—No me importa pagar —me defiendo. Eso que dijo es un poco tierno de su parte, sorprendentemente. Y triste, muy triste, porque me recuerda la forma en la que llegó.

—Lo sé, además me gusta pagar a mí cuando estoy con chicas. Aunque sea la mayoría de las veces. —No sé qué responder, por lo que me quedo callada y sigo comiendo el helado.

Luego de unos minutos de no decir nada, de quedarnos callados incómodamente sin saber qué tema sacar a colación, comienzo a pensar en lo que pasó hace algunos minutos dentro del centro comercial. Es allí cuando el recuerdo de él casi sin dolor mientras le pegaba sin esfuerzo al hombre que me quiso robar me viene a la mente. Él parecía no reparar en los dolores que notoriamente sentía. Hasta yo notaba que el cuerpo le dolía cuando caminaba. Pero en el momento en el que tuvo que pegarle al hombre él no se percató de ningún dolor. Es como si ya estuviese acostumbrado a ello. No veía ninguna duda en su rostro, ni mucho menos pena.

Como si ya lo hubiese hecho antes.

—¿Te duele? —pregunto apuntando hacia sus puños, levemente ensangrentados. Al parecer él no se dio cuenta de que la sangre que tiene pegada allí se le secó hace rato.

—No —contesta, negando con la cabeza.

—¿Cómo... es que pudiste pegarle al hombre de esa brutal manera si ni siquiera te curaste de los balazos?

—Estoy acostumbrado a sentir dolor cuando peleo —responde con simpleza, sin mirarme y tomando otro bocado de helado. Como si fuera suficiente información para satisfacer mi curiosidad.

—¿Cómo? —pregunto atónica, sin poder creer lo que me está diciendo. ¿Sentir dolor cuando pelea? ¿Y eso qué significa?

—Ángel, ¿cómo crees que pude llegar a quedar así de destrozado cuando llegué a tu puerta? ¿Crees que me vieron caminando por ahí y me balearon porque les parecía divertido? —Su postura se vuelve tensa, y puedo notar la incomodidad de sus palabras por más que intente disimularla.

—Eh...

—No, ángel. Estuve metido en muchos problemas y conflictos. De suerte pude salir de aquel lugar. Sentir el dolor de las balas es solo un poquito más de lo que yo sufría constantemente.

—No entiendo de qué hablas, Ayden. ¿Te metías mucho en peleas? —Es lo único que me viene a la cabeza al escucharlo decir todo aquello. Sus palabras me dan escalofríos y mi mente se niega a imaginarse cosas más allá de lo normal.

—Me obligaban a hacerlo. No era decisión mía. —El apetito por el helado se me fue desde que la conversación se hizo mucho más seria de lo que me imaginaba. La cuchara está apoyada junto al pote de helado que yo casi ni probé.

—¿Quién lo hacía? —pregunto susurrando. No puedo pensar en nadie obligando a Ayden a pelear. Con su cuerpo voluptuoso y grande no creo que alguien pueda tener más poder y fuerza que él.

—Gente mala que me amenazaba si no hacía lo que ellos me pedían. —Noto que él me da detalles de todo lo que le pasó, pero eso aún me confunde más. No entiendo casi nada de lo que me habla.

—Podrías explicármelo mejor. La verdad es que me tienes intrigada y con lo poco que me dices no puedo sacar conclusiones de nada.

—Te deprimiría mucho si te lo digo. No es algo de lo que me enorgullezco. Mucho menos. Quiero olvidarme de todo. Es algo que una chica

como tú no aguantaría escuchar. —Eso completamente me ofende. Creo que pasé bastante en mi antiguo instituto como para no soportar alguna que otra verdad. Sufrí empujones, burlas, jalones y puñetazos. Pues creo que eso ya es mucho en mi vida como para que él menosprecie mi sufrimiento.

—Ei, que yo pasé mucho en mi antiguo instituto. Mi vida no era color de rosas como piensas —me quejo cruzándome de brazos mientras mi ceño se frunce con molestia.

—¿Por qué no es color de rosa? Tendría que ser así —gruñe con el ceño fruncido, como si mi respuesta no le gustara—. Toda chica se lo merece. ¿Qué te hicieron? —Una cucharada tras otra mi mente se pierde en parte de la conversación. Pero logro centrarme un poco para entender la pregunta. Parece tan calmado al decir todo, que me sorprende, porque hace unos momentos estaba enfurecido golpeando a un hombre. Sin mencionar que no se molestó siquiera en limpiarse los nudillos manchados de sangre seca.

—Mmm... me hicieron la vida imposible en el instituto de secundaria al que iba. —Aparto la mirada, reteniendo los recuerdos. Una faceta de mí que no quiero recordar. Las cosas que hice en esos tiempos para no tener que pensar en aquello y no sentirme culpable me avergüenzan ahora.

—¿Como qué cosa? —pregunta, al parecer muy interesado.

—Burlas, gritos, jalones de cabello, zancadillas, bromas... —Me encojo de hombros con vergüenza.

—¿Y tú que hacías al respecto? —El cambio radical de actitud me toma desprevenida. Ahora está completamente serio, con la frente fruncida con molestia.

—Nada. Los dejaba hacerme lo que querían.

—Pero, ¿por qué? ¿Nadie te ayudaba o defendía? —Niego con la cabeza. Por más que alguien me ayudara, no lograría nada porque siempre volverían al ataque contra mí.

—No. Soy tonta, siempre lo fui. Arruino todo lo que toco y es por eso que me odiaban.

—Todos siempre arruinamos algo, ángel. No tendrían que agarrárselas contigo por hacer algunas cosas mal.

—Pero no eran algunas cosas. Era constantemente. Herí, golpeé con un casillero las caras de muchos chicos y casi dejo parálítico al capitán del equipo de fútbol americano. Quemé el pelo de una porrista casi del todo y estuve a punto de herir a uno de mis profesores con una

tijera —admito alguna de las muchas cosas que causo con solo mi presencia. Él abre los ojos a más no poder con sorpresa. Era obvio que iba a estar sorprendido con semejantes cosas que digo.

—Admito que eso sí es mucho, pero no es tanto como para que te burlen y todo eso. Que te maltraten por ser un poco...

—Torpe y estúpida —contesto por él—. Sabes, no importa. Dejemos esto de lado y hablemos de otra cosa. —Me animo con la leve esperanza de que él acepte. La verdad es que no quiero seguir hablando de esto y deprimirme.

—¿Entonces de qué? —Se lleva la cuchara a la boca con una gran parte de helado.

—Mmm... —Pienso, y es allí cuando me vine a la cabeza la conversación con Mía en mi cuarto—. ¿Cuántos años tienes?

—Casi veinte años —responde sonriendo—. ¿Y tú?

—Diecisiete. —Me río—. Creo que me llevas un par de años.

—Así parece. Aunque admito que te ves menor de lo que eres. —Siempre me lo dicen. Parezco de menos edad hasta que ven mis voluptuosas caderas y dicen que puede que no parezca muy menor. Es horrible cuando pasa.

—Qué simpático, tú eres un viejo decrepito, entonces. —«Que se ve fantástico y comestible». Ajusto mis lentes y vuelvo a tomar la cuchara para seguir comiendo antes de que el glotón de Ayden se coma todo el helado.

—Gracias, es un halago. Al menos sigo siendo mayor que tú, por lo que me tienes que hacer caso, nenita —ríe.

—Bueno, ¿y qué estudias o estudiabas, si es que entraste a la universidad?

—No terminé la secundaria. —Creo que esto le está resultando algo incómodo, porque hace una mueca que me hace pensar eso.

—¿Por qué?

—Me obligaron —contesta cortante, casi en un gruñido para que no hable más del tema, pero la intriga me insta a seguir haciendo preguntas. Antes de poder abrir la boca, él me corta, un poco más tranquilo que antes—. Por cierto, ¿de dónde eres? —Qué buen cambio de tema.

—Canadá. ¿Y tú?

—Inglaterra.

—Con razón. Tu acento se hace evidente. Pero se nota que pasaste mucho tiempo en los Estados Unidos, ya que se disimula muy bien.

—¿Gracias?

—No hay de qué —sonríó y nos terminamos el pote de helado unos minutos después.

En la vuelta a casa me sorprende ante el hecho de que pude hablar tranquilamente —ignorando que estuve prácticamente saltando de la emoción por dentro— con un chico como Ayden. Recuerdo lo que me contó, y que casi no entendí por completo. La seriedad con la que lo dijo me hace dar cuenta de que él no juega con esos temas. No quiere hablar de ello, de su pasado. La idea de que él haya pasado por cosas horribles es lo primero que quiero evitar pensar. Sin embargo, en lo que me concentro durante todo el corto camino a casa es en lo que dijo también sobre mí. Que una chica no se merece que la traten como me trataban a mí, que toda chica se merece un mundo de color rosa. Por más que lo haya dicho en un sentido que abarca a muchas chicas, me sentí bien al pensar que me lo decía específicamente a mí.

Mientras doy un paso tras otro, con las manos llenas de todas las bolsas de los regalos, noto cómo Ayden mete lentamente las manos en los bolsillos de sus pantalones. Pienso que le tengo que pedir a mamá de ir a comprarle ropa a Ayden, ya que él no tiene y lleva usando la ropa de mi hermano y de mi papá todo el tiempo. Y hasta que él no consiga un trabajo y comience a ganar dinero no creo que pueda comprarse nada.

Antes de poder seguir pensando en eso, su voz me interrumpe.

—Y... ¿Por qué se mudaron aquí?

—Ascendieron a mi padre y tuvo que trasladarse aquí. Por lo que, bueno, todos vinimos con él.

—Genial.

—Él trabajó mucho por esta oportunidad y es obvio que no la iba a rechazar.

—¿Ninguno se quiso quedar en Canadá?

—No. Bueno, mi hermano sí quería. Hizo todo un berrinche que no sirvió para nada, porque logré convencerlo de que mudarnos era lo mejor.

—Lo mejor para ti, querrás decir —interrumpe. Y me paro en el lugar para verlo de frente con el ceño fruncido, con sus palabras hiriéndome en lo más profundo.

—No. No solo por mí. Él estaba pensando en sí mismo antes que en la familia. Yo solo ayudé a que dejara de comportarse como un bebé—. ¿Y por qué es eso?

—Yo pensé en mi padre. En sus noches de cero descansos, en su trabajo tortuoso y cansador. Pensé que sería lo mejor para todos. Mi

hermano no se quería ir solo porque no quería dejar a sus amigos, así que decidió revelarse y hacer un berrinche. ¿Necesitas más explicaciones para que dejes de hacerme ver como una egoísta? —le espeto. Algo extraño en mí. Pero en serio él me hirió con su comentario. Puede que esta mudanza me haya alegrado mucho, pero principalmente pensé en mi padre antes que en mí. Creo que también lo hizo mi madre, ya que no dudó mucho en aceptar.

Él se acerca a mí, con la intención de tocarme, pero me aparto. Algo que tanto a él como a mí nos sorprende. Ayden levanta sus manos en forma de paz.

—Ei, no era para que te enojés. Solo decía...

—Bien, pero no saques conclusiones sin saber. Sí, me quise mudar, pero no acepté solo por mí.

—Está bien, comprendo —replica, algo que me hace soltar un suspiro de cansancio. Al igual que siempre me pasó, pelear no es mi fuerte. Me harta pelearme con las personas.

No hablamos en las pocas cuerdas que nos quedan. Por suerte, ya que no quiero seguir haciéndolo con él. Sus comentarios estuvieron de más. No era necesario decirme aquello que me enojó. Me hizo parecer una total egoísta que solo piensa en su bien. No soy así. Pensé mucho más en mi familia que en mí. De igual manera, él no tenía que entrometerse, así como así, y decir cualquier cosa. Apenas me conoce de hace pocos días y ya piensa que sabe todo de mí.

Pues no es así.

Dejo todas las compras ocultas en mi armario una vez que llego a mi habitación. Mi madre ya está en casa, por lo que guardo rápidamente todo y bajo a almorzar. Tengo bastante hambre. Ignoro el hecho de que hace poco comí helado, teniendo la excusa perfecta de que Ayden se comió casi todo el pote entero. Aunque eso es muy cierto, admito que también comí una buena parte.

Mi madre cocinó una muy apetitosa pasta. Al verla cocinar, me pregunto cómo se tomará el regalo de mi padre. Ese restaurante que ella siempre ansió. No sé si ella decidirá ser parte de la cocina, ya que ama cocinar, o se encargará de todo lo demás en el restaurante. Si no se encarga de la cocina, espero que contrate a alguien que llegue a cocinar tan bien como ella, porque si no tendré que obligarla a cocinar. Amarán su comida y serán adictos a ella todos los clientes. Obviamente más a su sopa de pollo.

Mmm... será lo más caro que habrá en el menú.

◉

Mi madre nos cuenta todo lo que hizo y compró en el supermercado. Cuenta sobre algo que le dijo una anciana cuando mi madre pasó por su lado. Dice que comenzó a hablarle de sus nietos, que son completamente lindos, ya que les mostró unas fotos, y luego nos dijo que la vieja y sus nietos viven a unas pocas casas de la nuestra. Para mi suerte, ella se mantiene charlatana todo el almuerzo y no deja que nadie abra la boca para interrumpirla —algo que me alegra mucho, porque no tenía pensado decir nada—. Todavía tengo en la cabeza la conversación con Ayden. Mierda, no me gusta pelearme con la gente, pero él no tenía derecho a juzgarme en nada.

En toda la comida no le dirijo ni una mirada. Es lo mínimo que puedo hacer para que se dé cuenta de que me hirió. No suelo estar enojada por mucho tiempo, las pocas veces que lo hago. Pero lo que siento ahora es mucho más dolor que enojo. Sinceramente no sé por qué pensé que él no me haría nada malo, pero si sigue diciéndome cosas como las que me dijo hoy no nos llevaremos muy bien.

Kyle, Ayden y yo arreglamos la cocina cuando terminamos de comer mientras mamá y Mía van a ver los dibujitos que mi hermana quiere. Mi hermano tararea una canción de rap que desconozco, mientras que yo lavo los platos en un profundo silencio. Cuando mi hermano comienza a cantar una que conozco y que me encanta, me uno a él, olvidándome de la presencia de nuestro huésped.

Muevo las caderas muy levemente mientras sigo lavando los platos. La canción en sí es movida, pero también es muy romántica. La escuché varias veces en la radio antes de descargarla a mi celular. Desde allí me volví adicta a ella y comencé a escucharla una y otra vez; hasta mi hermano se la sabe de memoria.

Nuestro pequeño concierto casero termina con un par de risas al final. El sonido de la tele llena el lugar mientras subo a mi habitación. Todo el peso acumulado en el día cae sobre mis hombros y comienzo a sentirme sumamente cansada. Todo lo que pasó en el centro comercial y mis emociones confusas me tienen hasta el tope. Necesito un descanso al menos de unas pocas horas.

Ni bien doy un paso dentro de mi cuarto, me encamino a la cama y me tiro sobre ella. Caigo boca abajo, por lo que los anteojos me lastiman un poco el puente de la nariz. Me los quito y los dejo junto a mi cuerpo casi inerte. El cansancio abarca gran parte de mi cuerpo, pero cuando cierro los ojos no puedo conciliar el sueño. Evito pensar en todo lo que hoy pasó, y lo consigo luego de varios intentos.



En el momento en el que estoy a punto de perderme en un mar de sueño muy profundo siento que la puerta se abre. Me incorporo por el susto instantáneamente cuando el sonido de la puerta al cerrarse se escucha en toda la habitación. Refriego los ojos y parpadeo un poco para intentar ver algo sin los anteojos, pero lo único que distingo es una silueta distorsionada y voluptuosa. Me ruborizo y busco a tientas las lentes en el colchón.

Maldita sea... ¿dónde los dejé? Palpo la colcha que cubre mi cama en busca de los anteojos, pero no hay rastro de ellos. No sé cómo no están si yo hace un par de minutos los puse junto a mí.

¿Es que me moví y los tiré al suelo?

«Seré estúpida», me regaño internamente. Y decido buscarlos en el suelo. Pero antes de poder levantarme de la cama, unas manos ya están deslizando los lentes por el puente de mi nariz. Mi visión se va ajustando de a poco hasta que puedo ver a Ayden frente a mí, muy cerca, para mi sorpresa. Sus manos ya limpias y sin sangre seca se separan lentamente de mi cara hasta colocarse en sus costados.

—Hola —dice nervioso. Algo que es muy gracioso de ver, ya que su gran cuerpo se encoje con vergüenza y su mirada refleja pura timidez. No estoy segura de si eso que aparece en sus mejillas es rubor, pero evito reírme. Es mucho más lindo de esta manera.

—Hola —susurro. Porque por más que me dé gracia que él se esté comportando así, me siento igual de incómoda como él lo está. Creo que dentro de poco estaré sonrojada también.

—Venía... a disculparme por mis comentarios de hoy. No debí hacerlos. Apenas te conozco.

—Cierto, pero está bien. Me siento más herida que enojada. —Mal digo mi sinceridad y bajo la cabeza para que no vea el rubor que comienza a expandirse por mi cara, aunque no creo que sea demasiado rojizo, ya que nunca llego a tener la cara roja como cuando estoy resfriada.

—Lo siento. No fue mi intención hacerlo.

—Lo sé, está bien. Pero, por favor, no los vuelvas a hacer. Porque no es cierto lo que dices —replico, calmada, y él asiente, de acuerdo conmigo.

—Está bien —me sonrío—. Por cierto, cantas lindo —comenta.

—No es cierto, estoy segura de que lo dices para que no siga molesta contigo. —Me ruborizo aún más. Sus comentarios siempre son inesperados, por lo que nunca tengo una buena respuesta para ellos.

—Lo digo de verdad, tu voz es linda. ¿Haces algo más que cantar bien? ¿Algún instrumento o algo?

—Uhm... sé tocar el bajo —digo con lentitud. Y es cierto, de chiquita mi abuelo, que en paz descansa, me enseñó muchas cosas sobre el bajo, por lo que puedo tocarlo a la perfección. A él le encantó enseñarme, y siempre se sintió orgulloso de mí. Él fue quien me regaló mi primer bajo. Desde su muerte lo tengo guardado como si fuese mi posesión más preciada. Hace un par de años que no toco, y eso me deprime. Quiero tocarlo, pero a la vez no.

—Vaya, nunca lo hubiese pensado. Te veo más como de esas que tocan el violín, pero nunca me imaginé que tocabas un bajo.

—¿Por qué siempre piensas de mí como alguien perfecta, delicada y aburrida? En el hospital, cuando fui a visitarte, también dijiste algo que creías que yo era, pero no es así.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Cada vez me sorprendes más. —Se sienta en la cama junto a mí, a unos pocos centímetros de tocarme. Yo me pongo nerviosa, cómo no, y lo miro de reojo.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Muy bueno —responde con voz ronca, baja y... mierda, sí que es súper sexy. Es sorprendente cuánto de rápido cambia de actitud. Pero me gusta, en parte, que sea así.

Se acerca más a mí y no sé cómo eso es posible. La electricidad que comienzo a sentir cuando su rostro queda a centímetros del mío es impresionante, atrayente. Magnética. Algo que nunca sentí y que es sorprendentemente espectacular, que definitivamente quiero seguir sintiendo. No sé qué me pasa, es como si me tuviese embobada con solo mirar sus ojos avellana. No puedo hacer nada cuando sus labios casi tocan los míos, y es en ese momento en el que rezo por sentir al fin el tacto de su boca. Se ven dulces y mi interior anhela con desesperación sentir cómo son en realidad. Mi piel cosquillea con anticipación. No sé qué hacer ahora. Nunca besé a ningún chico, por lo que no sé qué paso dar. Me da vergüenza hacer esto cuando no tengo ningún tipo de experiencia, así que me quedo estática en mi lugar, a la espera de que él se decida si hacerlo o no. Sé que es muy apresurado, porque lo es, pero... deseo sentirlo, probarlo de una vez.

No lo conozco. ¡Por Dios, es todo un desconocido! Pero como ya dije, nunca alguien me hizo sentir así. Nadie tuvo una reacción en mí que sea como la que tengo con él. Es sorprendente y patético.

El leve toque de sus labios al rozar los míos hace que una corriente eléctrica recorra todo mi cuerpo. Mi sistema se calienta, mis venas pierden fuego con un simple contacto. Se mueven con lentitud, pero sigo sin reaccionar. Me quedo embobada en su calor y en las caricias leves, seductoras que me da. Siento cómo una de sus manos toma mi mejilla, pero antes de poder siquiera profundizar mínimamente el beso unos toques en la puerta nos interrumpen y hace que la nube que nos envuelve se vaya dispersando hasta desaparecer. Nos separamos con lentitud, y me ruborizo de pies a cabeza ante su mirada. Evito mirarlo a los ojos. Me besó y... y yo no hice nada más que quedarme quieta en el lugar sin saber qué hacer.

Dios, qué vergüenza.

Se separa un poco de mí y vuelve a la misma posición en la que estaba antes de intentar besarme. Instantáneamente siento frío, un frío inesperado y extraño, ya que el día está completamente caluroso, y me envuelvo con mis brazos para mantener al menos algo de él en mí.

—Pa... pase —tartamudeo como puedo. La puerta se abre y Mía aparece en mi habitación con una sonrisita.

—Mamá dice que bajen a limpiar un poco la casa. Ella dice que hay mucho polvo que necesita ser barrido. —Sé que no es así y que no nos necesita para barrer ningún polvo. Es solo una excusa.

Mamá protectora finalmente salió a la luz.





## CAPÍTULO 6

Más que polvo, había restos de comida de todo tipo esparcidos por todo el salón. Pedacitos de frituras, migajas de vaya a saber qué cosa, paquetes abiertos de comida, algunas galletitas de chocolates tiradas por ahí... esto no está bien.

Es extraño ver la sala completamente... desordenada, ya que mi madre siempre mantiene todo ordenado y limpio. Pero ahora es como si viviésemos en un nido de ratas. Me quedo estática en mi lugar, pestañando ante tal desorden frente a mí y maldiciendo a mi madre. Sus celos. Malditos celos de madre protectora.

Nunca tuvo que hacer algo para alejarme de un chico, pero por primera vez en mi vida quisiera que ese lado protector no estuviera. Aunque, en parte, un lado de mí se alegra de que ella haya hecho eso. Es muy apresurado que esto pase entre Ayden y yo porque apenas nos conocemos. No sé nada de él, solo que es de Inglaterra y que no la pasó muy bien durante un largo período de tiempo. Aunque eso también lo asumí yo cuando recaudé varias de las cosas que me dijo en el hospital y me ha dicho luego.

Él está relacionado con la pelea. Eso ya es muy obvio, no solo porque él nunca lo negó cuando le pregunté, sino también porque ver cómo le pegaba al hombre que me quiso robar me da la certeza de que sabe bastante sobre lucha.

Mi madre me obliga a limpiar todo mientras ella y mi hermanita van a prepararse algo de comer. Me quejo internamente. Con toda esta comida aquí regada siendo prueba de su hambre atroz, y la gran mayoría del contenido ya en sus estómagos, solo una pregunta aparece en mi mente: ¿cómo ellas quieren seguir comiendo?

Ayden me ayuda con pocas cosas, pero la mayoría del tiempo se mantiene parado mirándome como si nada. No sé por qué lo hace, pero me frustra de alguna manera y me incomoda a la vez. No dice nada, se mantiene con el pico cerrado por más de media hora en la

que yo estoy yendo y viniendo por el salón recogiendo todas las cosas. De reojo veo cómo mi madre sube las escaleras con Mía agarrada a su mano derecha. Ella me mira cautelosa, esperando a que algo pase entre Ayden y yo para poder intervenir. Pero, lamento desilusionarla, no pasará nada. Ella ya arruinó el momento del casi beso.

Luego de unos intensos minutos en los que siento la mirada de Tessa penetrarme la piel, ella decide irse por fin, dejándonos a Ayden y a mí solos. Nervios es lo que comienzo a sentir, burbujeando desde lo profundo de mí cuando paso por su lado y voy a la cocina. ¿Qué me dirá ahora? ¿Querrá hablar de lo sucedido hace un rato?

En realidad, no quiero ni imaginarme lo que me dirá. No sé si está enojado o no, pero se mantiene sin emoción alguna. No puedo descifrar su mirada ni tampoco su postura mínimamente encorvada. No sé si es por el dolor o la incomodidad del momento. Pero no quiero encontrarle una respuesta.

Tiro todo en el tacho de basura que hay en la cocina. Comienzo a lavar y a secar lo que mi madre y Mía utilizaron para hacerse de comer y que no limpiaron. Noto la presencia masculina de Ayden cerca. ¿Y cómo no notarlo? Él tiene un calor y un olor únicos que abarcan todo por donde camina. Es como si él dejara su huella con solo caminar. Lo noto desde que está en esta casa. En todos lados lo siento, de alguna extraña forma que no sé explicar. Es lo mismo que me pasa con mis sueños. Son inexplicables y sigo sin entender el cómo y el porqué de su aparición en ellos. Aun así —y esto lo digo con mucha certeza y seguridad—, son los mejores sueños que nunca pude tener.

Me aproximo a la gaveta que hay en la pared de arriba de la mesada de mármol, en donde se guardan los platos, y la abro para guardar justamente eso. Pero me detengo antes de cerrarla de nuevo cuando algo llama mi atención. En el estante superior, en donde algunas cajitas de cereal y dulces, veo varios recipientes cerrados con tapa. Me da curiosidad, ya que mi madre, al ser muy ordenada en la cocina —ignorando el hecho de que hace unos minutos la dejó hecha un lío solo por preparar comida para ella y para mi hermanita—, evita dejar sobras en recipientes. Mejor dicho, odia las sobras, porque piensa que somos muy suertudos al poder tener comida cuando muchos otros no la tienen. Ella piensa que dejar sobras es una falta de respeto al que no tiene. Es por eso que hace que nos comamos la comida preparada o abierta.

Así que, con cuidado, tomo uno de esos recipientes y abro la tapa, solo para encontrarme frituras dentro. Con el ceño fruncido, las de

en la encimera y abro otro recipiente. Esta vez no son frituras, sino galletitas de chocolate.

Esto... no lo entiendo. Se supone que comieron todo esto, pero... ¡Maldita sea, mamá! ¡Lo hiciste a propósito!

Así que este fue su plan para alejarme de Ayden por unos momentos. Sospecho que posiblemente intuía que algo pasaba, por lo que hizo este plan de desordenar el salón y así tener una excusa para que yo lo ordene. Y también para alejarme de Ayden.

Mierda y más mierda.

Lo guardo todo en donde estaba, aún con el ceño fruncido, y me doy la vuelta, lista para ir a buscarla, pero el cuerpo de Ayden me lo impide. Había olvidado que él estaba aquí conmigo mientras mi mente solo pensaba en el enojo que comenzó a bullir dentro de mí. Nunca mi madre me hizo esto —nunca le di señales de estar con ningún chico— y ahora sé cómo se siente: nada lindo.

Miro hacia arriba, hacia ese mar de avellanas tan precioso que tengo ante mí, y me doy cuenta de lo serio que se encuentra. Sus ojos son los que, de un momento a otro, muestran una emoción que no espero encontrar allí. Deseo y ganas de hacer algo travieso. Algo que tampoco espero que suceda, pero que sorprendentemente pasa.

Me besa, fuerte y arrasador, como si nunca quisiera alejarse. Mi pulso se dispara a velocidades inimaginables mientras me obligo internamente a seguirle el beso. Con torpeza, muevo como puedo los labios para seguir su insistente beso. Sus labios se mueven expertos, sin un ápice de arrepentimiento. Sé que luego pensaré en esto, pero ahora me dejo llevar por él y lo que causa en mí su contacto. Esas mariposas que siempre leo en los libros aparecen en el momento en el que su lengua se abre paso entre mis labios y comienza a jugar con la mía en un dulce baile. Pinchazos de electricidad me recorren la piel, disparándose a velocidades inigualables que hacen ruborizar y encender mi cuerpo. Mi sangre se calienta, y mi corazón corre tan deprisa que por un instante siento que se me saldrá del pecho. Mi respiración se corta.

Siento cómo todo mi cuerpo tiembla con emoción. Su cálida boca es el magnífico cielo, así como también el endemoniado infierno. El toque que siento en mi cintura cuando su mano se posa allí no se compara con el toque que sus dientes me dan al mordirme levemente el labio. Un pinchazo que arde y que segundos después se transforma en una plácida calidez. No sé cómo puedo seguirle el beso, pero se siente fabuloso. Si bien no entiendo este juego de labios danzantes, me limito

a mover la boca como puedo. Sus labios son perfectos, al igual que sus movimientos. Yo, al contrario, soy torpe en hacer... lo que hago.

Con su gran mano me acerca a su cuerpo y me estrecha mucho más contra su torso. Me siento bien. Mi mente está nublada de una manera placentera. Desearía que estuviese así durante la eternidad. No puedo pensar en nada.

Una parte de mí siente como si esto no debiese pasar y me ruega que pare, pero la otra parte —la más fuerte de las dos— me alienta a seguir por más. En mí siento que esto es muy apresurado, pero... Oh, mierda, ¿cómo no seguirle y perderme en el beso cuando sus labios son tan tentadores y expertos en lo que hacen?

Ignoro esas vocecitas y me armo de valor para que el beso crezca y sea así mucho más apasionado. Si es que eso se puede. No sé cómo hago para seguirle el ritmo. Pero me siento orgullosa por notar cómo se tensa por un minuto, asimilando mi cambio radical y arrasador en el beso. Pero luego se relaja y disfruta. O eso es lo que espero. Me pongo de puntas de pie para así estar más cerca de su altura y profundizarlo. Quiero sentir todo lo que pueda de él, no importa el qué. Mi cuerpo necesita aquel contacto.

Me olvido de todo a mi alrededor y me olvido de que en algún momento alguien podría entrar a la cocina y vernos en esta situación muy comprometida. Mi madre se pondría como una loca si nos ve.

Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y dejo que haga lo que quiera conmigo, porque efectivamente estoy prácticamente rendida a sus pies, mareada, debilitada. Mi primer beso, y es con Ayden, mi huésped.

Siento cómo mi respiración agitada se mezcla con la suya y mi pecho sube y baja en busca de más aire. Pero, por desgracia, o para mi suerte —no lo sé muy bien—, el beso termina por la falta de aire de parte de los dos. Nos separamos con lentitud. Yo aún no abro los ojos. Quiero seguir con esas sensaciones en mí, porque si los abro y veo lo que es la realidad, se esfumarán. Me sentiré mal conmigo misma. Me sentiré sucia porque nunca besé a alguien que apenas conozco. Bueno, nunca di un beso en realidad, pero sé que me sentiré así de igual manera. Me conozco lo suficiente para saberlo.

Un jadeo de su parte hace que abra los ojos, muy a mi pesar. Verlo jadear para llenar sus pulmones de oxígeno es una imagen que querré recordar por siempre. Sus ojos brillan, pero no gracias a la maldita luz que cuelga del techo, sino que son completamente pertenecientes



a esos ojos avellana tan magníficos. Son propios de él, incluso se ven más brillantes que antes.

Contemplantarlo es lo que hago mientras mi pecho sube y baja con lentitud. Aún no sé qué decir, nada viene a mi cabeza, y tampoco pretendo pensar mucho en ello. No quiero abrir mi bocota por miedo a arruinar el momento.

Me sonrojo.

Siento los labios hinchados gracias a los pequeños y fuertes mordiscos que me dio, y también por lo fuerte que me devoró la boca. Puedo testificar que justo en este momento se encuentran rojos e hinchados. Y, por más que tenga un poco de duda, con los sentimientos revueltos por toda esta situación sorpresiva, me gusta sentirme así.

Intenta hablar, pero unos pasos en las escaleras lo interrumpen. Nos alejamos más, casi hasta quedar cada uno en una punta diferente de la cocina. Mi madre entra, ahora cambiada con unos *jeans* y una remera. Nos mira a los dos cautelosa, con dudas y preguntas que de seguro le rondan en la cabeza. Puedo escuchar los engranajes de su cabeza funcionar a toda velocidad. Y bueno, de seguro sus celos estarán buscando alguna excusa para mantenerme ocupada por un buen rato para así no estar con Ayden todo el tiempo.

—Llevaré a Mía al parque un rato —avisa pasando la mirada entre Ayden y yo. Luego la deja pegada en Ayden—. Es mejor que dejes de hacer que tu cuerpo se mueva. Tienes que descansar. —Ahora, me mira a mí—. Y tú, Mackenzie, ¿podrías cocinar algo? Quiero que tengamos una cena para felicitar a Connor por el buen trabajo que está haciendo y también por el buen camino que nos está llevando. Compraré helado cuando vuelva.

—Mmm... Tessa, ¿podrías comprarme un bloc de hojas y un par de lápices? Te pagaré cuando consiga trabajo y tenga dinero —pide Ayden con un poco de vergüenza. Baja la cabeza ante la confusión de mi madre, pero de igual manera esta asiente feliz.

—Claro, cariño —contesta ella sonriendo y tomando a Mía en brazos—. Ya nos vamos. ¡Adiós!

Nos quedamos en un incómodo silencio en el que rezo porque cumpla con lo que mi madre le dijo. No quiero hablar del beso ahora, ya estoy bastante aturdida al recordar el sabor de sus labios. Prefiero dejar la charla para luego en vez de enfrentarla ahora.

Pero, al parecer, hacer caso a mi madre e ir a su habitación para descansar no está en sus planes.

—¿Qué cocinarás? —pregunta luego de unos minutos en silencio, en los que yo me limito a buscar por toda la cocina los ingredientes de la comida que haré.

—Creo que serán papas a la crema y pollo relleno. Es la comida preferida de papá —contesto, buscando las papas necesarias para la receta. Por suerte, hace un par de años en los que lo único que yo hacía era leer y mirar la tele, ya que obviamente la idea de salir no estaba en ninguno de mis planes, y me dediqué a mirar esos programas culinarios en donde te enseñaban cualquier tipo de receta. Aunque es obvio que mi comida no se compara con la de mi madre. Ella es la que cocina todos los días. Yo solo lo hago cuando ella me dice que no lo puede hacer y es necesaria mi ayuda. Tessa prefiere dedicarse a la cocina.

—Qué rico.

—Lo es. —Se queda mirando mientras me muevo por toda la cocina. No sé por qué se queda conmigo cuando puede directamente irse sin decirme nada. Se lo permito. No lo forzaré a hablarme. Por más que no conozca a los chicos, tengo varias series adolescentes y libros que me ayudan a entender que, si las chicas presionan con cosas como los primeros besos, y quieren que al menos los hombres sientan algo y se lo digan a las mujeres, los enoja y hace que quieran salir corriendo. Es por eso que se me hace extraño que él no se haya ido cuando tuvo la oportunidad. Sé que quiere hablar de eso, pero ahora soy yo la que no tiene ganas. Sé que me dirá algo parecido a «Besas mal, no quiero nada contigo si no es un polvo. Prefiero no saber lo que piensa antes de que eso salga de sus labios. Por lo que, cuando noto que toma una respiración honda, me apresuro a cambiar de tema.

—¿Para qué necesitas un bloc de hojas? ¿Dibujas? —pregunto sin mirarlo. Sé que, si lo hago, me perderé en sus ojos avellana que tanto me cautivan y volveré a pensar en todo lo que me hizo sentir con ese beso.

—Sí. Me encanta dibujar.

—¿Por qué? —pregunto de la nada. Nunca pude dibujar siquiera un perrito. Es un palo con cuatro palitos llamados patas. Ese es mi perro. Soy todo lo contrario a una artista. Se me da pésimo, pero siempre quise saber cómo se siente alguien que dibuja bien.

—No lo sé. Es lo único que en mis tiempos libres hacía.

—¿En tus tiempos libres? ¿Entonces qué hacías cuando no tenías tiempo libre? —Sé que estoy siendo pesada y muy preguntona, pero si él decide quedarse haré todo mi esfuerzo para que no saque a colación el beso.

—Cosas —responde dudoso, transformando su actitud con tal rapidez que me sorprende. No me volteo, porque al parecer sus cambios de humor al preguntarle cosas son constantes. No sé qué decir porque no sé cómo se lo va a tomar. Eso me confunde mucho, y lo odio. Pero intento no tomármelo a mal, y hace como si no me hubiese dado cuenta de su cambio de ánimo.

—Bien. —Me encojo de hombros.

—¿Y tú qué haces en tus tiempos libres? —Siento cómo sus pasos se acercan, pero no tanto como para sentir su calor tan de cerca.

—Leo, estudio, veo la tele... lo sé, soy aburrida.

—Bueno, yo preferiría hacer lo que haces tú en los tiempos libres —replica.

—Creo que eres el único que conozco que quiere eso.

—Entonces me gusta ser el primero.

Me encojo de hombros.

—Si tú lo dices...

—Y entonces... ¿Qué tienes pensado hacer mañana? —pregunta un poco incómodo. Lo noté mucho más cerca de lo que yo creía que estaba. Me tensó, pero luego me obligó a relajarme. Sigo sin acostumbrarme a su cercanía.

Por un momento pienso en decirle sobre mi salida con mi padre, pero luego lo pienso mejor y decido no hacerlo. Es algo de mi padre y yo. Ayden no tiene que saber nada antes de que la gran sorpresa sea presentada. Aparte, puede que Ayden no sea de esos chicos que son buenos ocultando cosas, y no quiero arriesgarme a que le salga la noticia frente a mi madre.

—Solo saldré con mi padre. ¿Y tú? —me limito a responder.

—Nada —se ríe—, supongo que tu madre me obligará a descansar.

—Cierto —conuerdo asintiendo mientras pelo las últimas papas. Me imagino que todos comerán mucho, por lo que comienzo a cortar bastantes papas para la comida que quiero hacer.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias. ¿Puedes fijarte si mi hermano está vivo? Es raro que no dé señales de vida.

—Claro.

Y, con eso, se aleja con una postura relajada.

Suspiro. Es impresionante lo rápido que mi cuerpo reacciona cuando él está cerca y cómo se relaja notoriamente cuando él se aleja. No sé explicarlo con exactitud, pero yo lo noto y no lo puedo ignorar.

No digo que no quisiera sentir lo que siento con su cercanía, porque sinceramente me gusta lo que causa en mí. Es algo que nadie logró nunca. Sensaciones desconocidas que salen a la luz cuando él aparece. Me gusta sentir lo que siento, pero a la vez hay cosas que no. Como, por ejemplo, avergonzarme una y otra vez frente a él. Mierda, parezco una inútil al hacerlo, pero mi cuerpo se comporta así. Es como si él fuese el jefe de mí y lo controlase todo.

Me asusta lo rápido que esto está pasando. Me besó y hace pocos días que lo conozco. Se me está yendo de las manos, y en parte no me gusta. Es muy apresurado, los pequeños sentimientos que comienzan a florecer son muy rápidos. Siento que todo esto tiene que pasar más lento. No debió besarme cuando apenas me conoce, pero no puedo no pensar en lo deliciosos que son sus labios y en lo bien que me sentí cuando su lengua encontró la mía.

Me ruborizo al recordarlo.

Mi piel hormiguea al acordarse de su tacto y su calor. Admito que quiero volver a sentirlo, pero no puedo por ahora. Quiero llevármelo con calma, pensar que solo fue un mísero y simple beso. Pero era mi primer beso, no puedo ignorar al chico que me lo dio. Que me lo robó, mejor dicho. No sé si él me lo dio porque lo quería o por otra cosa. Por jugar conmigo. No quiero eso, no quiero ser un juego para él. No lo veo como esa clase de chico, pero como ya dije, no lo conozco de nada.

Me obligo a no pensar en eso para no deprimirme. Creo que mi humor disminuyó cuando mi cabeza comenzó a funcionar y al pensar en todo lo ocurrido.

—Tu hermano se quedó dormido con los auriculares puestos en su habitación —dice Ayden entrando de nuevo a la cocina, haciendo que los pensamientos se esfumen de mi mente en un segundo. Gracias a Dios.

—Está bien, gracias.

—No hay de qué.

Una vez con todas las papas peladas, comienzo a cortarlas en rodajas finas para hacer la comida. Mientras, me dirijo a Ayden con la voz tranquila:

—¿Podrías sacar la crema de la heladera?

—Claro.

Y sin decir más, sigo con la preparación de la cena.

Los minutos pasan rápido, o eso pienso yo, ya que con la música que pongo para no aburrirme se me pasa volando. Ayden me informa

después de un rato de que se va a dormir, por lo que pongo la música baja. No quiero despertar ni al huésped ni a mi hermano.

Me alegro en parte de que se hubiese ido sin decir nada más que un «nos vemos luego». No quiero hablar, mis ánimos siguen por el suelo, así que no tengo ganas de nada.

Para cuando mi madre y Mía llegan, las papas a la crema ya están listas y muy calientes a la espera de ser atacadas, y el pollo ya en el horno. Admito que se ven espectaculares, creo que, por el olor y la apariencia, van a estar deliciosas. Espero, obviamente, que a mi padre le guste la comida.

Tessa mete el helado que compró en el congelador mientras Mía corre escaleras arriba con rapidez. A la vez que mi madre guarda las pocas compras que hizo aparte de los helados en cada estante correspondiente, me pregunta si quiero un poco de ayuda.

Niego con la cabeza y me siento en una silla a la espera de que el temporizador haga ruido para avisarme sobre el pollo.

—Iré a darle el bloc de hojas y los lápices a Ayden. Luego me daré una ducha —avisa mientras la veo salir de la cocina con una pequeña bolsa de plástico donde creo que lleva el pedido de Ayden.

Recuerdo la voz avergonzada que puso al pedirle esas cosas a mi madre. Y, sinceramente, lo entiendo. Pedirle a alguien que te deja quedarte en su casa algo que no puedes pagar hace que te sientas mal. Bueno, yo también estaría como él al pedirle eso a una persona que me deja quedarme en su propiedad.

El pollo tarda en cocinarse, y en todo ese tiempo me limito a preparar la mesa y hacer un poco de ensalada mientras escucho la música que sale de los pequeños parlantes conectados a mi celular. Esos parlantes los uso más que Kyle, que es su dueño. Él prefiere mucho más usar auriculares que parlantes, todo lo contrario a mí. Hay veces que me molesta usar aparatos para escuchar música y que me hace doler los oídos cuando los uso. Los auriculares no son lo mejor para mí.

Para mi suerte, termina de cocinarse diez minutos antes de que mi padre entre por la puerta. Lleva una sonrisa grande y brillante, la cual crece más al ver toda la mesa preparada y lista.

Ahora, por suerte, ya está todo calentito y en la mesa. Mi madre va a despertar a mi hermano y a Ayden mientras que mi padre, Mía y yo nos sentamos en la mesa.

Cuando todos estamos ya ubicados en nuestros respectivos asientos, cada uno se sirve lo que quiere. Menos mal que condimenté la

ensalada antes de sentarnos a comer, ya que mi madre odia condimentarla en su plato. Siempre se pasa con los condimentos, es por eso que me deja el trabajo a mí. Es sorprendente que se pase en los condimentos siendo una gran cocinera. Pero lo más extraño es que solo se pasa con ellos al hacer ensaladas. Condimentar las ensaladas no es su fuerte.

Cenamos escuchando cómo fue el trabajo de mi padre. Al contárnoslo todo se escucha el notable entusiasmo en su voz. Se ve alegre y feliz con lo que hace y le tocó. Es extraño ver que un exsoldado puede ser así de apasionado, cariñoso y tierno, pero bueno, me alegro de que sea así. Hay muchos que son todo lo contrario, por lo que estoy aún más feliz del padre que me toco.

Todos escuchamos sus relatos y chistes que pudo hacer en sus tiempos libres con un hombre que conoció en la hora del almuerzo. Al parecer se llevaron bien porque hicieron planes de ir la semana que viene a almorzar juntos a una pizzería a unas cuadras del edificio donde trabajan.

Me alegro por él. Al fin lo veo descansado y sin ojeras.

Para mi suerte, la comida está deliciosa. Mucho más de lo que me esperaba. ¡Hasta mi madre me felicitó por mi buen trabajo!

Al terminar, todos ayudamos con la limpieza de todo lo que usamos. Recogemos la mesa todos a la vez y le toca esta vez lavar a Kyle, ya que yo cociné. Dejo los últimos tenedores en la mesada junto a Kyle, así puede lavarlos, y me despido de todos diciendo que me iré a dormir.

En estos momentos es lo único que quiero hacer. Mi cuerpo se siente cansado a tal grado que puedo caerme dormida en las escaleras. Mi padre aprovecha ese momento en el que estoy subiendo lentamente las escaleras para hablarme en un tono bajo.

—Acuérdate de que mañana iremos a ver los lugares para el restaurante de Tessa. —Se ve emocionado por esto, pero intenta ocultar tanta alegría por si alguien lo ve.

—Sí, tranquilo. ¿A qué hora iremos más o menos?

—Al mediodía. Tu madre me dijo que iría a la casa de la vecina de aquí cerca. Al parecer es viejita y necesita ayuda con algunas cosas de la casa. Sus nietos no están mañana para ayudarla y le pidió a Tessa ayuda.

—Bien, me despertaré tipo once, ¿está bien? —Él asiente y coloca sus manos en mis hombros con una sonrisa.

—Está bien, gracias por acompañarme, Mackenzie. —Me besa rápidamente en la cabeza antes de subir por completo las escaleras y desaparecer de mi vista.

Sinceramente, no me molesta para nada ir con mi padre. Ocupo mis horas libres con lo mismo siempre: la lectura. Nunca hago más que eso cuando estoy en casa sin hacer nada. Así que ahora puedo hacer algo más que lo habitual. Tengo que conseguir más libros porque al paso con que los devoro no me quedarán más dentro de una semana. Mañana compraré algunos. Creo que serán mi regalo de Navidad. Me autoregalo cosas siempre que puedo y encuentro excusas para ello.

Termino de subir las escaleras y me dirijo a mi habitación. Me tiro agotada en la cama, como siempre hago, y siento como una parte de los lentes se me clava en la piel de la nariz. Duele, y mucho. Rápidamente me los saco y los dejo sobre mi mesita de noche antes de caer de nuevo en la cama. Me fuerzo a acomodarme bien, ya que si no dormiré incómoda, lo cual no quiero, y me tapo con una sábana.

Cierro los ojos y me dejo caer en los brazos de Morfeo. El peso de todo que cargué en el día va desapareciendo a medida que me quedo dormida.

No sé cuánto tiempo me duermo, pero un estornudo repentino hace que me vaya despertando de a poco, abriendo lentamente los ojos y viendo hacia la penumbra de mi cuarto. No sé si fui yo la que estornudó, pero lo dudo mucho. Me hubiera dado cuenta, ¿no?

Y es allí cuando me percató de una luz prendida. Es la de mi mesita, la cual estoy segura de que dejé apagada antes de irme a dormir. Casi nunca la prendo si no me despierto a media noche para ir al baño. Yo había dejado mis lentes junto a la lámpara en mi mesita de noche y la luz no estaba prendida cuando lo hice. Me incorporo lentamente y me refriego los ojos para adaptarme bien. Estiro la mano y tomo las lentes para así dejar de verlo todo borroso. Siento cómo mi corazón corre en mis venas al pensar que alguien se coló en mi habitación. Por Dios, no quiero ser atacada.

Con el corazón en la palma de mi mano, me volteo hacia la derecha y me llevo la sorpresa más grande mi vida. Eso sí, no me salvo del susto que me llevo al verlo. Ayden está sentado cómodamente en un pequeño sillón, mientras tiene la mirada fija en su bloc de hojas. Él levanta la cabeza rápidamente cuando un ruidito de susto sale de mis labios. Estoy respirando agitadamente por el terror que tenía hace

unos segundos al pensar lo peor. Pero al verlo mi pulso no disminuye, sino que aumenta la rapidez con la que palpita.

No sé por qué lo hace, pero es así. Siento cómo mis manos sudan al preguntarme el motivo por el que está aquí, pero no abro la boca para preguntarle. Él me sonrío para luego bajar de nuevo la vista y seguir con lo suyo, como si no hubiera estado a punto de darme un infarto. Es entonces cuando me doy cuenta de los lápices que sostiene en una mano mientras que en la otra solo tiene uno, el cual se mueve con lentitud haciendo trazos en el papel.

¿Me... me está dibujando?



## CAPÍTULO

## 7

Tallo mis ojos otra vez y me acomodo en una mejor posición. Ya van dos veces que me remuevo y sigo sin conseguir estar cómoda para verlo dibujar.

Está serio, pero veo desde aquí que intenta no sonreír ante mi atenta mirada. Estoy confundida. ¿Por qué está aquí y por qué está dibujándome? Si es que está haciéndolo verdaderamente.

Aparte... ¿Qué hora es? ¿No es bastante tarde como para que él estuviese en mi cuarto dibujándome? Intento no fruncir el ceño ante las preguntas que me hago internamente, cuando de la nada su voz hace eco en mis oídos.

—No frunzas el ceño. Te ves mucho mejor sin él. —No sé a qué se refiere con que me veo mucho mejor sin él, pero no tengo ganas de pensar en eso. No quiero pensar que le parezco más fea con el ceño fruncido que sin él. Porque eso es lo que quiso decir, ¿no?

—Está bien —respondo susurrando mientras miro embelesada cómo su mano viene y va sobre el papel y dibuja con un lápiz lo que sea que esté dibujando—. ¿Qué dibujas?

—A ti.

—¿Por qué? —Estoy sorprendida por más que ya haya tenido en cuenta esa opción. Vamos... si no, ¿por qué estaría aquí dibujando si no soy yo a quien dibuja? Sería estúpido, él tiene su propia habitación para dibujar otra cosa.

—Porque sí. Eres perfecta para ser retratada y dibujada. —Lo dice con tal naturalidad que hace que en mi pecho algo crezca.

No sé qué es, pero verlo así, tranquilo, en pijama, dibujándome, hace que me sienta más feliz que un niño en Navidad.

—No es cierto...

—Sí lo es. ¿Por qué crees que no eres linda? —Esta vez, cuando hace la pregunta, levanta la cabeza y se mantiene serio. Su mano deja de

hacer trazos sobre el papel mientras me ruborizo al escucharlo decir la palabra *linda*.

—Porque... porque... —tartamudeo bajando la mirada, sin saber qué contestar. No tengo respuesta, sinceramente siempre pensé eso de mí. Tengo ojos y también un espejo. No soy linda, el reflejo que veo en los espejos es feo, todo en mí lo es.

—¿Por qué?

—Porque no soy linda. Simplemente... no lo soy, Ayden.

—Para mí eres todo lo contrario. ¿Eso está mal? —Está calmado, muy calmado, para ser verdad, y eso pone mis pelos de punta.

—Yo... no lo sé.

—Entonces no intentes convencerme de que no eres linda. Tu retrato no dice lo mismo. —Y en ese momento da la vuelta a su bloc de hojas y me muestra su dibujo. Mejor dicho, es EL dibujo. Es... es... no hay palabras para describirlo. Simplemente es hermoso. Está pintado, pero no terminado. Se ve perfectamente mi figura tirada en la cama, acurrucada en una posición fetal. Me veo tan pacífica que me sorprende. Las sombras que pintó en los lugares correctos hacen que te metas mejor y entiendas más el dibujo. Las sábanas están alrededor de mis piernas, desordenadas y revueltas. Las dibujó con todos sus detalles y pliegues. Perfecto. Es un dibujo totalmente perfecto. Y aún no está terminado, o eso pienso yo, ya que no tengo ni idea sobre el arte y todo lo que tenga que ver—. Es muy... hermoso.

—Así de hermosa como tú, ángel. —Enrojezco mucho más, pero no lo miro. Estoy incómoda, sin saber qué responder. Me halaga que él crea eso, que me dibuje para demostrármelo. Me hace sentir preciosa, lo tengo que admitir. Nunca me lo habían dicho. Él es el único que junta las palabras *linda* o *hermosa* con Mackenzie. Bueno, mejor dicho, ángel.

No sé qué responder. Y no sé tampoco el motivo por el que estoy avergonzada. ¿Será por el hecho de que este Adonis me haya dibujado y me haya dicho linda? Tal vez, pero jamás estuve más avergonzada como ahora frente a él.

Ayden vuelve a dar la vuelta al bloc y sigue pintando. Sigo preguntándome por qué me eligió a mí para dibujar, pero luego de unos minutos mirándolo en silencio me limito a dejar ese pensamiento de lado. No tiene que haber razón alguna para dibujar a una persona, ¿no?

—¿Por qué no quieres hablar sobre el beso, ángel? —Unos minutos después, Ayden pregunta, levantando la vista unos segundos para hacerme la pregunta. Bajo la mirada y me ruborizo, otra vez.

—N-no lo sé...

—Sí lo sabes —dice. Veo cómo deja el bloc a un lado en el pequeño sillón y se para, da lentos pasos hasta sentarse junto a mí en la cama mientras su semblante se mantiene serio. La poca luz apenas me deja verlo—. ¿No te gustó y es por eso por lo que no sacas el tema? O quizás sea porque preferiste no besarme a mí. Quizás te gusta otro y yo fui el idiota que te besó por más que a ti no te guste. O puede...

—No, no es nada de eso —lo interrumpo, negando con la cabeza mientras mi voz sale en un susurro tímido.

—¿Entonces qué es?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, en serio.

—Entonces, si no hay motivo, no te molestará hablarlo ahora. ¿O sí? —Dirijo por un segundo mi mirada a la suya y veo que habla completamente en serio.

—¿Por qué quieres hablar de ello? Los adolescentes varones normales evitan hablar sobre besos con las chicas.

—No soy normal, entonces. Quiero hablar sobre él, ¿a ti te molesta?

—Mmm...

—Dime la verdad, ángel. ¿Cuál es el motivo? ¿Cuál fue la última vez que besaste a alguien? —Me quedo muda, sonrojada y sin saber qué decir. ¿Cómo le digo que nunca en mis diecisiete años besé a alguien y que él fue el primero? Me encojo de hombros, haciendo como si no me acordara cuando fue la última vez que besé—. Responde, ángel. —Cuando miro sus ojos siento que muy a mi pesar le diré la verdad. Es imposible mirarlo a los ojos y mentirle. Son unos imanes que te fuerzan a desafiarlos, que nunca te dejan hacer nada que no quieran. Por lo que las palabras salen de mi boca sin mi consentimiento.

—Nunca lo hice —susurro. Mi voz es casi inaudible.

—¿Qué? —Se acerca más a mí, su cara queda a centímetros de la mía. Y es allí cuando me pongo mucho más nerviosa. ¿Por qué se acerca tanto? Sé que me escuchó, la sonrisa a punto de aparecer de sus labios me lo confirma.

—Tú fuiste el primero.

—¿En serio? —Está sorprendido. Sus cejas se encuentran levemente levantadas con asombro, un asombro que no entiendo para nada. No sé por qué se sorprende. Es obvio que nunca besé a nadie y que él fue el primero. ¿Es que no escuchó cuando dije que soy fea? ¿No lo notó cuando fui torpe en mis movimientos justo en el momento en que nos besábamos?

—Sí.

—¿Sabes? Esa noticia es la mejor que me podrías haber dado. —Lo miro confundida.

—¿Por qué? Es lo más vergonzoso que podría haber dicho...

—Porque soy yo el único que probó tus deliciosos labios.

¿Deliciosos?

Me quedo sin habla. Se está comportando muy... galán. Y Dios, le queda espectacular esa faceta. Con cada palabra, sus labios se mueven lentamente, invitándome a verlos por horas. Se va acercando mucho más hasta estar pegados y mi respiración se acelera tanto que parece que me dará un ataque. Veo esos apetitosos labios y relamo los míos. Se ven... dulces, tentadores. Maldita sea. Quiero tenerlos con los míos, pero una parte de mí me dice, mejor dicho, me obliga, a apartarme. Esto va muy rápido, por Dios.

—E-esto va muy rápido, Ayden... —digo sin apartar la mirada de su boca. Él sonríe levemente.

—¿Y?

—Que apenas nos conocemos de hace menos de una semana. Yo no...

—Podríamos conocernos de a poco, pero Dios, ángel, necesito besarte. —Parece desesperado y yo no entiendo por qué. Me confunde tanto su actitud a la vez que me encanta.

—¿Por qué?

Es lo único que puedo decir antes de que su boca comience a devorar la mía. Sus labios se mueven contra los míos en un delicioso y perfecto vals. Es embriagadora la sensación que me hace experimentar con tan solo tocarme, por no hablar de lo que me causa él al estar cerca. Nuestras respiraciones se agitan con cada movimiento y siento que mi corazón corre como si estuviese en una maratón. Su sabor a menta hace que todo él sea aún más perfecto. Su aroma me envuelve y dudo querer salir nunca de este manto tan espectacular.

Siento cómo sus manos recorren mi cadera hasta posarse en mi cintura. Sus movimientos son lentos, nada comparado con sus labios devoradores. Su tacto es delicado y siento como si estuviese en las nubes cuando me toca.

De repente, en un movimiento brusco, me levanta de mi lugar y me sienta arriba de sus piernas, acorralándome con sus brazos contra su pecho. Sin quitar mis labios de los suyos, poso mis manos en su nuca y me dejo llevar por el beso, olvidándome de que esto es súper

apresurado. Saboreo su cavidad bucal con ganas y escucho su ronco y bajo gruñido. Nunca había besado así, pero ahora parece como si estuviera poseída. No sé besar, pero hago todo lo que puedo moviendo mis labios para seguir el compás de los suyos.

Enredo los dedos entre los pelos de su nuca e intento intensificar el beso, pero a los segundos, cuando mis pulmones me piden aire, me fuerzo a separarme de él, aunque sea unos centímetros.

No abro los ojos. No quiero hacerlo. Quiero olvidarme de que dentro de poco mi cabeza se pondrá en marcha y comenzará a repasar todo esto. Me convenceré de nuevo de que esto es muy rápido. Pero, por primera vez, no quiero pensar, ni ahora ni después. Todo el maldito tiempo mi cabeza se llena, buscando soluciones a las cosas o solo repasando lo vivido. Calculándolo todo, algo que profundamente odio de mí.

Respiro una vez más su aroma mientras siento cómo su frente se posa contra la mía. Nuestras respiraciones agitadas se mezclan y su usual aliento a menta hace que mi piel se erice con rapidez.

—Ángel...

—Mhm...

—Ángel.

—¿Sí?

—Eres adictiva —ríe, a pesar de su falta de aire, y yo me sonrojo con fuerza.

—¿Gracias?

—De nada.

—¿Sabes que esto es muy apresurado, no es cierto? —pregunto luego de unos minutos. Abro los ojos y me enfrento a los suyos.

—Sí, pero, ¿qué tiene? No es que te fuera a pedir matrimonio, ni siquiera somos novios. —Se detiene y luego murmura—. Por ahora.

—Entonces... ¿Por qué nos besamos?

—Porque quiero besarte. ¿Tú no?

—Yo... siento que nos apresuramos mucho, Ayden. Nunca estuve en una relación, nunca besé a nadie. Y esto se nos va a ir de las manos.

—Quieres ir más lento, ¿no? —Asiento—. Bueno, entonces iremos lento.

—Gracias.

—Y... ¿Qué significa para ti ir lento? —pregunta, cauteloso, separándose un poco más de mí, pero sin sacarme de su regazo.

—Mmm... no lo sé.

—¿Citas, cenas y películas? ¿Conocernos mejor? ¿Hablar? —Me encojo de hombros y asiento sonriendo levemente—. Bien, puedo hacer eso, solo tienes que esperar hasta que consiga trabajo. —Concuerdo con gusto y él me da un beso fugaz antes de sonreírme de vuelta—. Pero... tienes que hacer algo por mí.

—¿Qué cosa?

—Podré besarte cuando me dé la gana, y no quiero que pienses que vamos muy rápido porque intentaremos ir lento. Solo que los besos no pararán por eso.

—Está bien —coincido. Por más que quiera hacer parecer como si no quisiera esos besos porque iremos muy rápido, sé que los anhele mucho más de lo que admito.

—Bien, ahora acuéstate, tengo que terminar el dibujo.

Hago lo que él dice. Intento hacer la misma postura que él dibujó: en posición fetal y con las piernas levantadas. Él se levanta de la cama y vuelve al pequeño sillón en el que estaba antes. No cierro los ojos como en el dibujo, los mantengo abiertos para verlo bien. Sé que no le importa que lo mire, es más, siento que aumenta el ego que sé que tiene muy grande por más que todavía yo no lo haya visto. Se ve relajado, concentrado y muy cómodo. Sensualidad pura.

Me siento feliz por acordar esto con Ayden. Esto es nuevo para mí y quiero llevarlo con calma. Me alegra mucho que él haya concordado conmigo, ya que si no este acuerdo no habría funcionado. En parte me sorprende que él quiera hablar del beso, pero a la vez no. Él no es igual a todos los idiotas de mi edad. Eso se nota. Pero como ya dije, no lo conozco casi nada.

—¿Por qué estás a esta hora aquí, dibujándome? ¿Por qué no mañana? —pregunto.

—Mañana dijiste que no ibas a estar.

—¿Esa es la única razón? —pregunto confundida. Podría dibujarme pasado mañana.

—Tuve una pesadilla y lo único que se me ocurre para pasar el rato es dibujar. Y qué mejor que tú.

—¿Una pesadilla? ¿Quieres hablar de ella? —cuestiono preocupada. De repente, su semblante cambia radicalmente. Se pone serio cuando hablo de la pesadilla.

—Nah, casi siempre las tengo, así que no es nada. —Dudo en decir algo más, pero luego me decido por callarme—. ¿Podemos hablar de nuestro beso?

—¿De qué quieres hablar del beso? —Creo que ya estoy perdida. ¿No habíamos solucionado nada? ¿Qué cosa tenemos que hablar del beso?

—Bueno... La verdad que para ser tu primer beso estuvo bastante bien, ángel. —Me ruborizo. ¿Por qué siempre me hace ruborizar? Me aclaro la garganta antes de hablar.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cuándo fue... tu primer beso?

—Bueno, fue hace muchísimo, ángel.

—¿A qué edad? —Estoy muy interesada, mucho más si él no aclara mis dudas en solo una respuesta.

—Tipo... a los ¿diez? Creo que a los diez —responde no muy seguro.

—Mmm... ¿Y luego? ¿Lo hiciste con otras?

—Bueno... ¿Qué cosa, besos o sexo? —Abro mucho los ojos por la sorpresa y enrojezco mucho más. Esta vez creo que estoy más roja que cuando estoy resfriada. Algo que casi es imposible que suceda. ¿Me está tomando el pelo? Es obvio que solo hablo de besos. ¿Por qué metió el... sexo? ¿Es que él... tuvo eso? O sea... es obvio que sí, tan solo me doy cuenta con mirarlo, pero... ¿Muchas veces? ¿Con cuántas? Dios, estoy soñando como esas mujeres celosas y posesivas...—. Tu silencio me hace pensar que quieres que responda las dos cosas, ángel. ¿Quieres saber las dos cosas? Una de ellas no creo que te guste... —murmura eso último y yo lo miro tímidamente, avergonzada por el tema de nuestra conversación.

—Y-yo...

—Bueno, te responderé si tanto insistes —concluye mientras sonríe—. Como todo adolescente, mis hormonas hace años estaban muy locas y alborotadas, por lo que siempre estaba con todo lo que se me pasaba por el frente. Los besos eran fáciles de conseguir y ninguna chica tuvo problema. Es más, querían mucho más que besos. Por lo que sí, tuve sexo con bastantes mujeres. —Lo dice tan simple como si fuese fácil conseguir a alguien con quien hacerlo. Hace que mi sangre hierva dentro de mí por algún motivo que desconozco. Escuchar que lo hizo con bastantes mujeres me enfurece, pero reprimo el impulso de hacer una mueca—. Luego... dejé de besarme y acostarme con mujeres por un tiempo largo. —Ahora parece nostálgico, recordando algo que yo obviamente no sé, pero que quiero saber. Su voz es triste, y no sé si es la tristeza de no acostarse con chicas por un buen tiempo o por otra cosa.

—¿Y eso por qué? —Sé que estoy siendo entrometida, pero es él el que me deja con las dudas.

—No importa, la cosa es que luego de eso logré volver a acostarme de a poco con las... mujeres.

—No estoy entendiendo nada. ¿Puedes explicarte mejor? —La forma en que lo dice hace que tenga dudas sobre todo esto. Pues bien, él primero estuvo con muchas, luego dejó de estarlo durante un buen tiempo, y luego volvió a acostarse con ellas. ¿Por qué dejó de acostarse con ellas antes y por qué cuando mencionó eso su voz se volvió completamente triste?

—Sinceramente, no entiendo por qué saqué este tema... —gruñe para sí mismo, pero aun así logro escucharlo, aunque no le hago preguntas—. Entonces, ángel... ¿pondríamos cambiar de tema?

—¿Algún día me contarás qué te pasó? —pregunto en un susurro avergonzado. Algo dentro de mí dice que esto que le pasó con el sexo y esas cosas tiene que ver con su pasado. Ese que tanto quiero saber y ese que él oculta muy dentro de su ser.

—Ese día no será hoy.

Los minutos siguientes son eternos. Nos sumimos en un silencio incómodo, aunque cada uno se limita a prestar atención a sus pensamientos.

Quiero saber qué es lo que tiene en la cabeza. Es que no lo comprendo, ni lo que piensa y dice ni cómo es él. Recuerdo cuando le pegó al ladrón en el centro comercial. Allí fue una persona diferente a la que es ahora, a la que es conmigo y con mi familia. No es frío, sino todo lo contrario. ¿Será porque yo lo salvé de la muerte? La verdad es que es lo único que se me ocurre para explicar eso.

Fue muy extraña nuestra conversación. Primero estuvo bien y luego se volvió incómoda hasta el punto de quedarnos así de mudos. No sé qué decir. No puedo obligarlo a contarme algo de su pasado. Es su elección. Realmente me halaga que él no quiera decirme nada ahora porque piensa que no es información que yo pueda soportar —ya que eso me dijo personalmente él—, pero aun así él no es quién para decirme qué puedo soportar y qué no.

Me muevo incómoda en mi lugar y vuelvo a cerrar los ojos, dejando que él siga terminando el dibujo. Estoy a punto de sonreír por lo bien que me siento al saber que él quiere dibujarme, pero rápidamente cambio el semblante al preguntarme a cuántas más dibujó. Mierda, ¿es que mi mente siempre quiere joderme o qué?



No sé cuánto tiempo pasa hasta que comienzo a sentir los párpados pesados. Levantarme en la madrugada, a una hora que no quiero levantarme porque es muy temprano, sinceramente no es bueno para mí, ya que siempre termino durmiendo el doble de horas de lo que tenía planeado. Y esto tampoco es favorable por el hecho de que me tengo que despertar antes para irme con mi padre a ver el restaurante para Tessa.

Justo cuando comienzo a caer en los brazos del Dios del sueño escucho un pequeño ruido, luego unas pisadas, y por último la cama hundiéndose a mi lado. Cuando pienso que estoy soñando, un brazo me rodea de la cintura y me aprieta contra algo duro y esculpido. Sinceramente, sé lo que es, y rezo por poder despertar para verlo con mis propios ojos, pero el sueño me juega una mala pasada y termino por dormirme enseguida, no antes de sentir que un beso se deposita en mi cabeza.

